

AÑO 25.

NUM. 298.

LA  
ESPAÑA MODERNA

---

**Director: JOSÉ LÁZARO**

—  
**OCTUBRE 1913**  
—

**CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»**  
**Calle López Hoyos, 6**  
**MADRID**

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

---

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

# CRÓNICAS DEL TIEMPO DE ISABEL II

---

(Continuación.)

## TEATRO DEL CIRCO

En aquel tiempo, no todas las empresas se preocupaban del buen decorado y de la ornamentación del teatro que tomaban a su cargo, y debido a esto, el *Circo* había experimentado pocas reformas, apareciendo, al comenzar este período, un tanto destartado, sin más condición favorable que la de su buena capacidad. Aquí estaban D. José Valero y Teodora Lamadrid, haciendo su repertorio con alguna que otra novedad, no en abundancia. A principio de año estrenaron *El mal apóstol y el buen ladrón*, drama de Hartzenbusch. La obra, de carácter bíblico, fue muy aplaudida, y algunos trozos de la versificación se hicieron populares entre los estudiantes; pero, según cierto crítico descontentadizo, ni Teodora ni el mismo Valero estuvieron en todo el drama a la altura que éste reclamaba. Algo habría, por cuanto Valero, inmediatamente después del drama de Hartzenbusch, hizo *Luis Onceno*, que era una de sus obras favoritas, y donde tantos aplausos recogía.

La Ristori había representado *Adriana*, y Teodora, que tenía conciencia de su superioridad, por lo que se refiere a esta obra, en cuanto se marchó la trágica italiana, puso en escena el drama, cosa que muchos la censuraron, aunque otros lo aplaudieron, porque lo cierto es que en *Adriana de Lecouvreur* nuestra compatriota no ha tenido rival.

En Setiembre de 1860 vino al *Circo* una compañía de zarzuela, en que figuraban la Santa María y la Di-Franco, y representaron *Campanone*, adaptada al castellano por Frontaura y Luis Rivera. Gustó mucho. Se defendían con *El grumete*, *Peluquero y marqués* y *Lo que de Dios está...*

Tronó la empresa al terminar el mes de Enero de 1861, y tomó el teatro otra, que contrató a la Amalia Ramírez, y puso en escena *El castillo maldito*, en tres actos, con éxito regular, por la Santa María, la Lecea, Soler, Crescj, Becerra y Eugenio Fernández.

Anunció que iba a representar el pasillo cómico fúnebre, de Serra, *Nadie se muere hasta que Dios quiere*, y el autor se opuso; pero como había vendido la obra al editor Gullón, que era el propietario legal de ella, no le quedó otro remedio que el de conformarse, sirviendo el asunto de tema de conversación en los cafés durante algunos días.

Marzo.—*Llamada y tropa*, de García Gutiérrez y Arrieta.

Abril.—*El hombre feliz* (de Frontaura y Arrieta), *monólogo agridulce*, desempeñado por Eugenio Fernández.

Mayo.—*La cruz de los humeros*, en un acto, del género andaluz, letra de Ricardo Mosquera, música de Manuel Crescj.

*El corneta*, de Frontaura y Luis Cepeda.

En Junio hizo su salida, con *El Juramento*, la tiple María Albini, discípula y parienta de la Marieta famosa.

Setiembre.—Nueva compañía de zarzuela, con la Ramos, la Mora, Onofre Muñoz, Vidarte, Becerra, Grau, Font y Eugenio Fernández. No estrenaron nada notable.

Noviembre.—*La mina de oro*, que no fue mina para la empresa.

1862.—Dió un concierto la simpática pianista Eloisa D'Herwil, y se presentó la tan renombrada bailarina Manuela Perea, haciendo el baile nuevo titulado *Celos y calía*, compuesto y dirigido por Ricardo Moragas. Todo pasa. Aquel furor de 1850, y del que fue testigo el teatro del *Circo*, se convirtió casi

en indiferencia, y la *Nena* hubo de resignarse a oír algunos aplausos que, por galantería más bien, se la dedicaron.

Para la temporada de verano se formó una compañía numerosa que hacía comedias y zarzuelas, daba conciertos con el cuerpo de coros del *Teatro Real*, presentaba bailes de espectáculo, con más o menos aparato, y juegos de prestidigitación por un tal Limiñana.

1863.—Con un triste acontecimiento comenzó este año. Cayó enferma la simpática tiple Trinidad Ramos, y habiéndose trasladado a Carabanchel buscando alivio a su dolencia, falleció el 3 de Enero. Al sufragio que, por el descanso de su alma, se celebró en la iglesia parroquial del pueblo, acudió toda la compañía del *Circo* y además muchos artistas de los demás teatros.

*Aventuras de un joven honesto*, de Pina y Fernández Caballero, por la Hueto, la Cárdenas, Bigones y Rojas, y los señores Crecj y Santa Coloma. Gustó, merced a la bondad de la música, y a que tenía un coro de señoritas vestidas de estudiantes.

*Un trono y un desengaño*, letra de Pina y música de Inzenza, Reparaz y Arrieta.

*Si yo fuera rey*, en tres actos, arreglo de Pina y Pastorfido, con música de Inzenza. En esta obra trabajaba la Montañés.

En Febrero cesó la compañía de zarzuela, y vino la de declamación que actuaba en *Lope de Vega*, estrenando *Estudios del natural*, en tres actos y en verso, de Larra, por Teodora y la Boldún, con Arjona, Manuel Osorio y Calvo (padre).

Durante la primavera, para dar variedad a las funciones, contrató la empresa a Haslam, niño de once años que hacía la competencia a Mr. Leotard, en el ejercicio de *los tres trapecios*.

Mayo.—*El nuevo Don Juan*, de Ayala, en tres actos, por Teodora, la Bagá, la Balbina Valverde, Arjona, Osorio, Bennetti y Ricardo Calvo. Regular.

En Setiembre hizo su primera salida Emilia Moreno, con

la comedia en un acto *¡Quién vive!*, obteniendo muchos aplausos, y una ovación en unas evoluciones militares que ejecutó con un fusil de reglamento.

Después hicieron *La pata de cabra*, por la Pepita Hijosa y José Miguel, gracioso, que venía de Valencia precedido de justa y honrosa fama. Era notable haciendo *Manolito Gázquez*.

*Lances de honor*, en tres actos, de D. Manuel Tamayo, oculto bajo el pseudónimo de Joaquín Estévanez, por Teodora, la Hijosa, los Arjonas, Osorio, Benetti y Ramón Mariscal.

Diciembre.—*Me conviene esta mujer*, en un acto, de Eduardo Zamora y Caballero, y *Pobres mujeres*, de Enrique Gaspar.

1864. Enero.—En este teatro le dieron otro golpe a *La almoneda del diablo*, refundida por su autor, con decoraciones nuevas de Luis Muriel y vestuario de Aquilino Pérez. El gracioso José Miguel bailaba el paso del *Cucuyé*, y le acompañaron los bailarines Carmen Chavarría y José Carrión. No les dió mal resultado.

Febrero.—*El matrimonio de conciencia*, de José María Díaz, por Teodora y Arjona.

En Abril volvió a sonar la *La campana de Almudaina*, y acudió gente.

*La fuente milagrosa*, apropósito en un acto para exhibir un juego de agua natural, que tomaba diversos colores.

En Mayo dió un concierto el guitarrista D. Juan Valencia. Tocó: Fantasía sobre la *La fiancée*, de Auber; el bolero titulado *Es la chachí*; otra fantasía sobre un tema de Huerta (guitarrista notable), y unas variaciones sobre la *Rondeña*. A pesar de que había pasado la moda de aquel instrumento, Valencia fue muy aplaudido.

Setiembre.—Compañía de zarzuela, que comenzó con *Cadenas de oro*, de Larra y Navarrete, música de Arrieta, por la Uzal, la Toda y el tenor Sanz. El libreto valía poco; la música agradó.

*El toque de ánimas*, de Darío Céspedes y Arrieta. Buen éxito, por la Uzal, Obregón, Allú y Becerra.

1865.—En Enero se estrenó una revista cómico-lírica titulada *1864-1865*, letra de Gutiérrez de Alba y música de los discípulos de la clase que D. Emilio Arrieta desempeñaba en el Conservatorio. Entre ellos figuraban los hermanos Fernández Grajal profesores actualmente en aquel centro.

*La paloma azul*, comedia de magia, de Rafael Marín Liern.

Abril.—*La resurrección de los muertos*, juegos de física recreativa, ilusionismo, prestidigitación y escamoteo, por monsieur Velle de Pest.

Después se presentó en este teatro el prestidigitador monsieur Laroche Lambert, conocido por *Hume*, que hacía pruebas de la transmisión del pensamiento.

Catalina se refugió en el Circo con su hermano Juan, Oltira, Mario, Casañer, Matilde, la Sanz, la Zapatero y la Dansaut. Inauguraron la temporada (Octubre de 1865) con *El desdén* (1), de Moreto; hicieron algunas comedias de repertorio, y, aprovechando las decoraciones que el teatro tenía, pusieron en escena *La almoneda del diablo*.

Con motivo de la epidemia colérica se suspendieron las representaciones durante unos días, y a fines de año estrenaron: *Otro gallo le cantara*, de Enrique Zumel, y *Física experimental*, de Rodríguez Rubí.

Matilde, la Zapatero y Mario eran los que llevaban gente al teatro.

1866. Enero.—*El abogado de pobres*, comedia en tres actos por D. Manuel Bretón de los Herreros. Decía de ella Gustavo Adolfo Bécquer en una revista:

«El pensamiento de la obra es altamente filosófico, mere-

(1) Decía el periódico *Gil Blas*:

«—¡Huyo!

—¿Qué has visto?

—Un belén

que merece una pavana...

¡*El desdén con el desdén*

por Catalina y Pastrana!

—¡Cielos! ¡Yo me voy también!»

ciendo, desde luego, nuestro aplauso el fin moral que se propone su autor, combatiendo con todo género de armas la creciente ambición y el inmoderado afán de lucro y de goces que atormenta a la sociedad moderna como una sed febril e insaciable. Desenvuelto el plan por medio de escenas naturales y perfectamente encadenadas, sin exagerados contrastes, sin efectos de relumbrón ni situaciones falsas, va el espectador hasta el fin de la obra movido de un agradable interés que jamás se debilita; el diálogo suelto, cómico, chispeante, ayudado de esa fácil y maravillosa versificación que es la dote que más distingue a Bretón de los Herreros.»

Febrero.—*Dulces cadenas*, ensayo dramático en tres actos, del joven Sr. San Juan, para beneficio de Adelaida Alvarez. Gustó, haciendo concebir el autor grandes esperanzas. La beneficiada, que tenía un hermoso rostro y una arrogante figura, murió en aquel año.

Se formó en Setiembre una compañía de zarzuela para actuar en este teatro, en la que figuraban: Antonia Uzal, María Domínguez, Amalia Brieva y Antonia Fuentes; Manuel Soler, José Castro, Víctor Loitia, Antonio Faria, Eugenio Fernández y Francisco Calvet. No hicieron nada notable, valiéndose del repertorio zarzuelero.

Tronó la compañía de zarzuela, y vino a este teatro una de declamación, con la Pepita Hijosa, la Valverde, la María Rodríguez, Ricardo Morales y Mariano Fernández. Hicieron *La pata de cabra* y *Mateo o la hija del Españolito*, cuyo principal papel, cómico, estaba a cargo del popular Mariano.

Diciembre.—Concierto de treinta y cinco profesores guitarristas y bandurristas, dirigido por Manuel Más. Salió bien.

Terminó el año representando *Ruede la bola*, comedia de Mozo de Rosales, y una *Revista*, de Gutiérrez de Alba.

La Pepita Hijosa cayó enferma y estuvo mucho tiempo sin poder salir a escena.

1867.—*El marqués de Villemer*, traducción de uno *que deseaba guardar el incógnito*.



Marzo.—Conciertos sacros, dirigidos por D. Antonio Llanos, en que tomaban parte las triples Sras. Mora y Trillo, el señor Oliveres y el bajo Reguer, con el *Orfeón Artístico Matritense*.

Para la temporada de primavera se formó una compañía de zarzuela, en que estaban la Uzal y la Checa, Manuel Soler, Maximino Fernández, Joaquín Miró y Nicolás Rodríguez. Director de orquesta, José Jiménez. Hicieron obras de repertorio, entre ellas *Marina*, que era el recurso de las empresas que no podían preparar estrenos.

Conceptuando Arderius que el teatro de *Varietades*, donde estaba, era ya reducido para sus aspiraciones, se vino a éste en Setiembre, cambiándole también el nombre por el de *Bufos Madrileños*. Formó compañía con la Rosario Hueto, Carmen Alvarez, Emilia Ruiz, Sofía Alverá, Emilia Bardán, Celsa Montfrede, Concha Sampelayo, Cubero, Gabriel Sánchez Castilla, José Alverá, Orejón y Luis Carceller. Director de orquesta, José Rogel.

«La empresa de los *Bufos* (decía el cartel), única en su clase, tiene una historia breve, pero interesante; sencilla, pero conmovedora. Cuenta un año de existencia; en el año no ha perdonado medio de hacer olvidar al público, durante la noche, las desazones que haya podido tener durante el día.»

Aquí estrenaron: *Los órganos de Móstoles*, en tres actos, de Larra y Rogel, con éxito regular; *Pablo y Virginia*, de Blasco y el citado compositor, con éxito superior; y *Los infiernos de Madrid*, de Larra también y de Rogel, que era el compositor obligado en aquella temporada. La música de Rogel valía poco; nunca resultaba enteramente nueva, pero distraía. La obra dió buenas entradas.

1868.—A principios de año se exhibió en la calle de la Montera, casi frente a la iglesia de San Luis, un espectáculo muy curioso. Se titulaba *La cabeza parlante*, y consistía en presentar la cabeza de un hombre vivo, en una fuente, colocada sobre una mesa que, a la vista, no tenía nada debajo, pues me-

diante una ingeniosa combinación de espejos desaparecía el cuerpo de la persona, que se hallaba cómodamente sentada en aquel sitio, contestando a las preguntas que los concurrentes le hacían. La mesa era un trípode, las luces se hallaban en la parte alta de la habitación, y toda ésta, lo mismo que el piso, estaba cubierta de paños negros. El efecto era sorprendente. Arderius averiguó la trampa, y lo hizo en su teatro con el título de *La cabeza de Arderius*. Varios actores, distribuidos en distintas localidades, le dirigían preguntas, a las que contestaba con su natural desenfado, entreteniendo agradablemente a los espectadores. Una de las bromas consistía en improvisar redondillas, para lo cual pedía un verso octosílabo que le sirviera de pie forzado, como por ejemplo:

Arderius tiene gracia.

Y él decía luego, en el tono que emplean los chicos de la escuela para dar de memoria la lección:

Los acabados en *acia*,  
 todos tienen consonante;  
 por eso digo al instante:  
*Arderius tiene gracia.*

Repitiendo el estribillo con cuantos pies forzados se le presentaban.

Febrero.—*A la humanidad doliente*, revista del año 1867, letra de Blasco y música de Arrieta.

Marzo.—Gran concierto a 16 pianos y cuatro órganos expresivos. Tocaron la sinfonía de *Guillermo*, la de *La estrella del Norte*, de Meyerbeer, y la galop de Quidant.

Arderius se marchó a provincias en Abril de 1868, y vino al *Circo* una compañía de declamación, compuesta de la Mercedes Burón, Emilia Sanz, Concha Sampelayo, José Fidel, Pepe García y Donato Jiménez, con la bailarina Carolina Herranz. Hicieron *La almoneda del diablo* y *La vida del hombre malo*, comedia en tres actos, primera producción de Pedro Escamilla. Gustó.

Los *Bufos* estaban en todo su apogeo; y lo decimos sin hacer alusión, ni remotamente, a la conmoción política de aquellos días. Abrió Arderius el teatro con la compañía del año anterior, reformada en parte, pues había contratado a la Rivas, a la Cabezas, a Caltañazor y a Pla. Estrenaron *Los misterios del Parnaso*, de Narciso Serra y Fernández Caballero, y se preparaban a poner en escena otras novedades, cuando el levantamiento de Setiembre les obligó a cerrar el teatro por unos días. Muchos y grandes éxitos consiguió tener Arderius en aquella temporada; pero nos está vedado hablar de ellos, porque acaecieron fuera del período en que se dan por terminadas estas *Crónicas*.

#### TEATRO DE VARIEDADES

Comenzó el año 1860, trabajando aquí la Ristori; dió seis representaciones. Véase lo que decimos de esta trágica italiana en el capítulo *Teatro Real*.

Después de la Ristori vino una compañía de *artistas cómico-líricos zuavos*, fundadores del teatro *Inkerman*, de Crimea. Trabajaban en francés, y hacían indistintamente papeles de hombre y de mujer, porque no figuraban *señoras* en la compañía. Representaron *Militaire et pensionnaire*, *Pas de fumée sans feu*, *La corde sensible* y otras obras. Poca atracción. 20 rs. butaca.

Los zuavos dejaron el teatro libre a una compañía francesa, en que figuraban Mlles. Potel y Menneray. Inauguraron la temporada con *Les millions de la mansarde*, *Mlle. mon frère*, *Le bougeoir*, y la opereta *L'île de Calipso*. En Marzo hicieron *Les deux merles blancs*, traducida luego por Catalina para el teatro del Príncipe; y en Abril, *Le roman d'un jeune homme pauvre*, de Feuillet, también arreglada después al teatro español con el título de *La novela de la vida*.

Se habían aclimatado en este teatro de tal manera las compañías francesas, que durante mucho tiempo se anunciaba como *Theatre français*.

1861.—Los espectáculos que se ofrecían en este teatro justificaban el título de *Variedades*. Una compañía dramática española, que actuó durante corto tiempo, estrenó *La paloma torcaz*, primera producción de Martínez Pedrosa.

Mr. Alfred Caston dió algunas sesiones de *ilusionismo*, *dirección de fluidos simpáticos*, *mnemotecnia*, etc., etc. Vendados los ojos con un triple velo, leía lemas o pensamientos escritos por los espectadores.

Luego vino un prestidigitador llamado Manicordi.

Arjona, que había tomado el teatro, puso en escena *La aldea de San Lorenzo*, drama arreglado del francés por José María García, con algún número de música escrito por Mollberg. Es un melodrama muy interesante, que representaba admirablemente Joaquín Arjona. Dió juego.

En Febrero vino otra compañía francesa, y Arjona se marchó con la suya a *Novedades*. Entre los artistas franceses figuraban Louise Periga, Marie Blinville, Alice Brunel, Corine Treneix, Celine Gayot, y los *monsieurs* Jules Dorval, Stanislas, Bremens, Renaud y Delessart.

«Mme. Periga —decía un gacetillero— es una actriz de excelente figura y distinguidas maneras; recita con limpieza, intención y claridad, y declama con verdadera inteligencia y talento.» Se presentó con *Adriana de Lecouvreur*; fue muy aplaudida y llamada varias veces al palco escénico.

En Abril hizo *La dame aux camelias*, de Dumas (hijo), y gustó mucho.

Setiembre.—Se estableció Romea en este teatro con una compañía modestita, pero que interpretó maravillosamente algunas comedias, merced a las especiales condiciones del director. Componían el cuadro la Carmencita Berrobiano, delgadita y de poca figura, pero dotada por la naturaleza de un gran talento artístico; la Adelaida Zapatero guapa y de mucha gracia picaresca; la Javiera Espejo, también guapa, y la Orgaz, especial para las características. Florencio Romea, aunque muy inferior a su hermano, sacaba bien los papeles de vie-

jo, de galán cómico y de paleta; Perico Sobrado y Capo, éste especial en lo cómico; Pardiñas y Oltra, estudiosos, y Mario, joven de grandes esperanzas.

Romea echó mano de su repertorio, y con algún estreno de más o menos importancia, defendía la temporada contando con la simpatía del público.

La suerte le favoreció, y tuvo un exitazo el 28 de Noviembre de 1851 con *La cruz del matrimonio*, comedia en tres actos y en verso, de Luis Eguílaz, desempeñada por la Berrobiano, la Muñoz, la Orgaz y los dos Romeas. La Prensa tributó elogios unánimes a esta comedia. Decía Eduardo Bustillo en el *Museo Universal*: «Esa obra, que, literariamente considerada, es una joya del teatro moderno, socialmente es una maestra en acción, que enseña con dulzura, sin gritar a sus discípulos; y moralmente, es un libro abierto que ningún siglo cerrará, porque en él hay páginas que, como las del Evangelio, son de todos los siglos.»

Los versos de la comedia decaen a veces y hasta resultan un poco así como ramploncillos; pero tuvo suerte Eguílaz, y uno de los más débiles trozos de la comedia, le proporcionó una satisfacción de carácter esencialmente práctico, con motivo de haber citado una sociedad de crédito que se titulaba *La Tutelar*, y que se puso de moda en aquel tiempo.

Decía la Berrobiano en el acto tercero:

«Hay un Banco o cosa así,  
que llaman *La Tutelar*;  
poniendo en él a interés  
dinero, de un niño en nombre,  
cuando el niño llega a hombre,  
rico, o poco menos, es.»

Y después de copiar estos versos, añadía un periódico: «Esta mención de *La Tutelar* ha bastado para que estos días muchas madres de familia acudan a las oficinas de aquella sociedad a asegurar el porvenir de sus hijos. El Sr. Uhagón, compren-

diendo el gran beneficio que indeliberadamente ha hecho el señor Eguílaz a *La Tutelar*, ha dirigido al poeta una delicadísima carta, rogándole que admita una suscripción por diez mil reales.»

El 12 de Diciembre fue recibido Romea por la Reina que la ofreció un tomito de poesías de que era autor, y de camino la rogó que fuese a ver la obra de Eguílaz, a lo que accedió gustosa Isabel II, asistiendo el día 13.

Romea, que era un poco celoso, deseando obscurecer la fama de su compañero Arjona, considerado hasta entonces como el mejor intérprete del teatro de Moratín, anunció que iba a dar una serie de representaciones de las obras de este insigne escritor dramático, en un espacio de tiempo que titulaba la *semana de Moratín*, poniendo en escena *El barón*, *La comedia nueva o el café*, *El viejo y la niña*, *La mojigata* y *El sí de las niñas*.

Don Julián, con buen sentido literario, eligió para final de cada una de estas funciones, sainetes de D. Ramón de la Cruz, porque, en efecto, Moratín y Cruz, marchando por diferente camino, iban persiguiendo el mismo resultado, y les animaba igual propósito de presentar en escena la vida real y las costumbres de su época; pero discrepando del procedimiento elegido para conseguir el objeto, resultaron dos enemigos irreconciliables, de suerte que si Moratín hubiera levantado la cabeza, y desde su sepulcro hubiese visto que, en cierto modo, le equiparaban con D. Ramón de la Cruz, habría sufrido la más cruel de las decepciones. Por supuesto, que en nuestro modo de pensar, el trabajo de Cruz fue más beneficioso para el teatro que el de Moratín, sin que los críticos de entonces se dieran cuenta de ello. La llamada *semana de Moratín* comenzó el sábado 1.º de Febrero de 1862 y terminó el domingo 16 del propio mes, porque cada función se repitió dos o tres veces. Romea rebasó el nivel artístico de Arjona en este linaje de obras, y sobre todo en *El café* (que nosotros le vimos representar) se reconoció la supremacía de aquel actor sobre to-

dos los que han interpretado la comedia. Ni podía haber más arte ni más naturalidad.

Marzo.—*La última pincelada*, drama en tres actos, por Carrasco de Molina, inspirado en un cuadro de Esquivel.

*La hermana de leche*, comedia en tres actos, de Bretón de los Herreros. Sin ser una obra modelo, está escrita con gracia, espontaneidad y frescura impropias de un hombre que había cumplido sesenta y seis años.

Abril.—*Dios sobre todo*, de Luis Mariano de Larra. El fondo de la idea parece inspirado en *El hombre de mundo*.

Diciembre.—*La corte de los milagros*, comedia en tres actos de José Picón.

1863. Enero.—*Flor trasplantada*, drama en tres actos, de Moreno Gil, en que tomó parte la niña Matilde Franco.

Febrero.—*A Roma por todo*, comedia en tres actos, de Manuel Juan Diana, el amigo íntimo del insigne hispanófilo alemán D. Juan Fastenrath.

Marzo.—*El hombre más feo de Francia*, comedia ya conocida, que le valió un triunfo a Emilio Mario.

*Los crepúsculos*, en un acto, de Luis Eguílaz, comedia estrenada por Fernando Osorio en Valencia, y representada aquí por Mario, que hacía dos distintos personajes, uno de noventa años y otro de quince. Le acompañó Pepita Hijosa.

Mayo.—Alentado Romea por el buen éxito que *La almoneada del diablo* había tenido en Novedades, echó mano de la magia, y puso en escena *Los encantos de Briján*, en tres actos, prosa y verso, original de D. Gonzalo Meneses de Padilla, pseudónimo de un escritor cuyo nombre no pudimos averiguar. La obra salió bien porque tomaron parte en su desempeño Pepita Hijosa y Emilio Mario; pero las transformaciones no complacieron a todos, por efecto de la escasa amplitud del escenario.

Noviembre.—Puso Romea en escena el interesante drama *El testamento*, con que había hecho su salida al teatro. Nosotros tuvimos la satisfacción de verle y admirar sus excelentes dotes de buen actor, sobre todo, en la lectura del testamento.

E. M.—Octubre 1913.

También representó *La oración de la tarde*, drama de Larra (hijo), una de sus obras favoritas.

Para esta temporada había reformado Romea la compañía; estaba compuesta de Carmencita Berrobiano, Manuela Ramos, Javiera Espejo, Felipa Orgaz, Florencio Romea, Francisco Oltra, José Calvo, Jorge Pardiñas, Ricardo Morales, Emilio Mario y Antonio Vico. En Octubre se presentó en *El hombre de mundo* la Felipa Díaz, una actriz nada más que aceptable, pero de extraordinaria belleza.

En Setiembre de 1864 se marchó Mario a la *Zarzuela*, y vino en sustitución Tomás Infante, gracioso de la escuela antigua y muy sensato, aunque con poco nombre. Como la Carmen Berrobiano era delgadita y de poca estatura, trajo Romea, para hacer papeles de dama a la Josefá Palma, esposa de Florencio, y para alternar con la Berrobiano, a la Carmen Genovés. Durante el verano de este año de 1864 estuvo Romea a las puertas de la muerte, a causa de una grave enfermedad, y como había logrado conquistar simpatías personales entre el público, cuando reapareció en Variedades, el 19 de Noviembre de 1864, se le tributó un cariñoso recibimiento que llegó a conmoverle haciendo que las lágrimas saltasen a sus ojos. Aquella noche representó *El hombre de mundo*. Contrató de bailarina a la *Nena*, que, como se ha dicho, ya había perdido su preponderancia, y para que la acompañase, a Isidro Delgado Vilches. Director de orquesta, Cristóbal Oudrid. La butaca, 14 reales. El teatro era pequeño, estaba decorado modestamente; la compañía no tenía pretensiones, pero todos cumplían bien; las obras estaban magistralmente ensayadas, y cuidaba la dirección de no poner en escena dramas superiores a las fuerzas de los actores y actrices encargados de ejecutarlos; así es que el público no dejaba de concurrir, y Romea se defendió tres años en Variedades, sin subvenciones, ni comisarios regios, ni reglamentos de Real orden.

1865.—*El corazón en la mano*, comedia en tres actos, de Enrique Pérez Escrich.



Marzo.—*Sullivan*. Ovación a Romea.

Cesó la compañía en Abril, y vino la actriz italiana Carolina Civili, haciendo dramas y tragedias, que el público aplaudió con buena voluntad. La Civili era guapa, tenía arrogante figura y declamaba bien, aunque sin poder substraerse a la exageración de la escuela italiana. Inauguró la campaña con *La dama de las camelias*, y después hizo, entre otras, *Adriana*, *María Juana*, *Los dos sargentos franceses* y *La loca de Tolón*. Tenía cierta facilidad para pronunciar el castellano, y en Mayo se determinó a representar en nuestro idioma una pieza titulada *La casa de campo*, con extraordinario éxito. En Julio se despidió del público recitando, también en castellano, una poesía titulada *¡Adiós!*, en medio de grandes aplausos.

Animada la Civili para adoptar esta lengua, formó en Setiembre una compañía española que alternase con la italiana en las representaciones; pero, a causa de la epidemia colérica, tuvo que cerrar el teatro, hasta que se cantó el *Tedeum*, y entonces reanudó sus tareas, haciendo con su tía, la Adelaida Santoni, que se hallaba de paso en Madrid, *María Stuardo*, y luego, en castellano, con Benito Pardiñas, que era el primer actor de la compañía española, *La hija del Almogávar*, drama en tres actos, de Enrique Zumel. La Civili pronunciaba bien el español; aunque no podía desechar cierto deje especial, parecido al de los valencianos o mallorquines; así es que el público no se puso enteramente de su parte.

En Febrero de 1866 hizo *Doña Leonor Pimentel*, en castellano, de Valcárcel.

La Civili estuvo bien; los demás, detestables.

En Abril vino a dar una serie de sesiones Benita Anguinet, a quien el público apreciaba mucho.

La aceptación que tuvo en la zarzuela *Los dioses del Olimpo* sugirió, sin duda, a Arderíus la idea de trasplantar en Madrid el género *bufo*, que tanto furor estaba haciendo en la capital de Francia, y habiéndole producido buena impresión la prueba que hizo en aquel teatro, en Marzo y Abril, se decidió a poner

en práctica el negocio, tomando por su cuenta el teatro de *Varietades*, que bautizó con el nombre de *Bufos Madrileños*. Abrió la temporada en Setiembre con una obra en dos actos, de Eusebio Blasco y el Maestro Rogel, titulada *El joven Telémaco*, que en honor de la verdad, tuvo un éxito completamente satisfactorio y proporcionó al empresario buenas entradas. De esta zarzuela salió la denominación de *suripantas* a las coristas, por un coro de mujeres que imitando la eufonía griega con palabras desatinadas, cantaban de esta manera:

Suripanta la suripanta  
macatrunqui de somatén,  
sunfáriben sunfaridon,  
melitónimen sonpén.

Con Arderíus estaban la Ruiz, Escríu, Orejón y Cubero, la Sampelayo y la Gómez, la Bardán, la Rey, la Celsa Fontfrede y la Hueto.

Luego hicieron: *Cubiertos a cuatro reales*, de Ossorio y Bernard, con música de Inzenga, y *Tanto corre como vuela*, loa para celebrar el aniversario del nacimiento de Arderíus, por Manuel del Palacio, Eusebio Blasco y Eduardo Saco. Aparecía en escena, sobre un pedestal, el busto de Arderíus, con tal propiedad y una inmovilidad tan absoluta, que el público no pudo reconocer al actor en la aparente escultura, hasta que le vió salir del pedestal y bajar al proscenio para saludar a los espectadores.

*El conjuro*, entremés de Calderón de la Barca, refundido por Ayala, con música de Arrieta.

*El pavo de Navidad*, apropósito de circunstancias, de Ricardo Puente y Brañas y Barbieri.

*Un sarao y una soirée*, 1801 y 1866. Caricatura en dos láminas, de Ramos Carrión y Lustonó, con música de Arrieta. Gustó mucho.

1867. Enero.—Gran concierto clásico bufo, parodia de los de Barbieri, por Arderíus, Escríu, Cubero y Orejón.

*Francifredo, Dux de Venecia*, zarzuela en dos actos, de Mariano Pina, con música de Rogel.

Febrero.—*La trompa de Eustaquio*, en un acto, arreglo de Juan Catalina, con música de García Vilamala.

Marzo.—*Bazar de novias*, en un acto, de Pina y Oudrid, con tres bailables. En esta obra, que tuvo mucha aceptación, se distinguió la Celsa Fontfrede.

Exhibición del prestiguidador Luis Ari.

*La suegra del diablo*, de Blasco y Arrieta.

Octubre.—Compañía de declamación, dirigida por José Mata, que era un buen autor, en la que figuraban Enriqueta Lirón, María Ruiz, Julia Cirera, Mercedes Aznar, Pizarroso, Boldún, Juan Mela, Ricardo Calvo, Eduardo Maza y Antonio Riquelme. Director de orquesta, Lázaro Núñez Robres; doce reales butaca. En Noviembre hicieron un *Tenorio*, muy aceptable, Mata y la Lirón.

*Hernán Cortés*, drama en un acto, primera producción del joven Carlos Jimenez Placer. Gustó.

1868. Febrero.—Compañía francesa de operetas y vaudevilles. Nos dieron a conocer *Mr. Chofleuri restera chez lui le...* que luego se tradujo con el título de *La soirée de Cachupín*. El director era Mr. Prioleau. Estuvo el teatro muy favorecido. Hicieron *Orphée aux enfers* y *La vie parisienne*, ambas de Offenbach. Aunque de apellido alemán, Offenbach era francés, y escribía música ligerita y agradable, que consiguió vulgarizarse aquí, en poco tiempo, tanto como la de Barbieri.

En Setiembre se formó una compañía de declamación, compuesta de María Rodríguez y la Navarro; Pedro Delgado, Ibarra, Zamacois, Pepe García y M del, teniendo de apuntador a nuestro amigo Enrique Rodríguez Solís. Les sorprendió la Revolución sin haber realizado ningun estreno.

#### TEATRO NOVEDADES

Este coliseo adquirió desde los primeros momentos un carácter esencialmente popular, poniendo en escena espectáculos

adecuados al público que habitaba en aquellos contornos. Así entró en el año 1860 con un drama emocionante, titulado *Candelas*, donde figuraba como protagonista aquel famoso bandido, acompañado de Balseiro, el Cuco y Paco el sastre. Aunque la obra tenía su moraleja final, resultaba que los espectadores se habían encariñado durante tres actos con una serie de hechos poco edificantes, y por lo tanto, la autoridad mandó suspender el drama a la cuarta representación, sin dar oídos a las quejas de la empresa, que hizo presente los perjuicios que la suspensión le irrogaba. El autor de la obra había ocultado su nombre.

Para compensar el contratiempo hicieron el sainete titulado *El alcalde toreador*, en que salía a escena un novillo sujeto por una cuerda, que se rompió cierta noche, saltando el animal a la orquesta, donde fue detenido por los músicos, no sin producir entre los espectadores de las butacas el susto consiguiente.

Estrenaron luego *El padre de los pobres*, de Luis Eguílaz, en que aparecía San Juan de Dios. Argumento inverosímil.

*Madrid en 1818*, de Ortiz de Pinedo. Exito regular.

Octubre.—*Los perros del monte de San Bernardo* (antigua), en cuyo desempeño, según un revistero, los que mejor estuvieron fueron los perros.

1861.—Nueva compañía, dirigida por Pizarroso, teniendo de primera actriz a Elisa Andrés. Hicieron *Pruebas humanas*; un drama bíblico titulado *Corbonan o el tesoro del templo*, y *Luz divina*, en las que la Andrés pudo lucirse.

*El canapé*, pasillo cómico-lírico de Roque Barcia, con música de Rafael Taboada.

*Una hija de Despeñaperros*, escena escrita para la Zamacois, que dió en este teatro algunas representaciones, y cantó *La naranjera*, de Stcockdopole.

Octubre.—Otra compañía en que figuraban María Rodríguez, Juan Alba, Antonio Bermonet, Eduardo Iroba y José Mesejo. Hicieron *Cervantes*, drama en tres actos, de Joaquín

Tomeo y Benedicto; y *La batalla de Lepanto*, en seis actos, de Antonio Mallí, con decoraciones de Miguel Reyes y trajes de Detrell.

El 6 de Noviembre asistió a este teatro la embajada marroquí, presidida por Muley-el-Abbas; y teniendo en cuenta las condiciones de los personajes en cuyo honor se hacía la fiesta, se representó el sainete *El tonto alcalde discreto*; ejecutó a la guitarra Antonio Alba una fantasía de aires españoles y árabes, de su composición; Mollberg, que era el director de orquesta del teatro, tocó (no podía faltar), el *Xilocordeon*, y se amenizó la función con tres cuadros de baile convenientemente distribuidos.

*El Corpus de sangre*, drama en seis cuadros, escrito sobre una obra de Teodoro Barrier, por D. Juan Belza. Cada cuadro tenía su título particular: 1.º *El robo de la litera*.—2.º *Una aparición al toque de ánimas*.—3.º *La calumnia*.—4.º *La batalla*.—5.º *La cisterna de los lobos*, y 6.º *Abajo la Inquisición*. Acudió a verla el vecindario de aquella barriada.

Bailaron por entonces en este teatro la Alvarez y Garcerán, la Ramona Ruiz y la Carlota Picazo, que con un tal Antonio Guzmán ejecutaron lanceros, polkas burlescas y la gran galop infernal.

1862. Febrero.—Compañía gimnástica anglo-americana, dirigida por Mr. Rochete. Hicieron, entre otros ejercicios, *la gran carrera de los tres trapecios*, por Fisher, que también era competidor de Mr. Leotard.

Abril.—Compañía árabe marroquí, dirigida por Sidi-el-Asj-Omar, y en la que figuraban Mahomet, Manem y Muley. El director daba un salto mortal por encima de bayonetas, con fuego nutrido en el momento de la elevación.

Mayo.—Aparición del prestidigitador Mr. Robert Bouriques, quien además presentó una colección de *perros sabios*.

Para la temporada de 1862 a 1863 se había formado una compañía de poco precio, que conseguía tener regulares entradas con obras como *La huérfana de Bruselas*, *El jorobado*, *Los*

*piratas mejicanos* y otras por el estilo. Pusieron en escena *La almoneda del diablo*, comedia de magia de Rafael María Liern, con tan extraordinario éxito, que se llenaba de gente todas las noches el teatro. El papel de *Mariblanca* estuvo a cargo de Pepita Rizo, una antigua tiple de zarzuela, que había estrenado la titulada *Tramoya*, de Barbieri.

El autor ocultó su nombre bajo el pseudónimo de Altadill, y decían que la comedia estaba tomada del francés. Se había estrenado anteriormente en Valencia.

El 3 de Noviembre de este año hicieron *Don Juan Tenorio*, y a los pocos días *Don Juan de Serrallonga o los bandidos de las Guillerías*, de D. Víctor Balaguer, que tuvo buen éxito.

1864. Enero.—Ponían en escena dramas del género terrífico, como *Herodes* y *Cuarenta años de desgracias o la máscara de hierro*.

En Abril se dió una representación de *El orgullo castigado*, original del niño Jesús Rodríguez Cao, por la compañía infantil que actuaba en el teatro de la calle de la Flor Baja, número 1. Asistió la Reina Isabel, y el autor obtuvo una ovación.

Jesús Rodríguez Cao fue un niño precoz que murió a los quince años, dejando escritos cuatro tomos de poesías, obras dramáticas y novelas que, aparte de las incorrecciones propias a la edad del autor, revelaban en él una inteligencia privilegiada. Quizá aquel trabajo impropio de la niñez contribuyese en parte a la temprana muerte del poeta.

*Los habitantes de la luna*, comedia de magia, escrita por Rada y Delgado, Bedmar y Entrala. No era un desatino, pero tenía poca gracia y pasó merced al buen desempeño de María Rodríguez.

En Setiembre se estrenó *La payesa de Sarriá*, de Luis Eguílaz, por la Dardalla, Antonio Zamora y Pardiñas. Buen éxito. La obra se había ya representado en Barcelona.

El 2 de Noviembre, *Don Juan Tenorio*. Luego hicieron *Urganda la desconocida*, comedia de magia.

1865.—Representaban *El terremoto de la Martinica*, *Los hi-*

*jos de los bosques o el incendio del castillo rojo* y otros melodramas por el estilo.

1866.—En Noviembre actuaba una compañía, cuyo director era Mariano Fernández. Hicieron *El diablo predicador*, *Los misterios de la calle de Toledo*, drama de Ricardo Morales, en que éste tomaba también parte como actor, y *Juana la hechicera*, comedia de magia. Figuraban también en los carteles la María Rodríguez, Antonio Capo y José Mata, que hizo *Jorge el armador*.

1867. Febrero.—*La espada de Satanás*, comedia de magia en cuatro actos, de Rafael María Liern, por la Dardalla, Zamora, Pepe García y Ramón Mariscal.

Decoraciones de Ferri y de Busato; música de Oudrid. Fue recibida con frialdad.

Marzo.—*El sitio de Zaragoza*, drama en tres actos que había dejado escrito D. Juan Lombía. La Cándida Dardalla hizo el papel de *Agustina*.

Ya hemos dicho que en este teatro alternó desde Setiembre la compañía doble de la *Zarzuela*, por ser Gaztambide empresario de ambos coliseos. En 1.º de Noviembre hizo Casañer, con premeditación y alevosía, *Don Juan Tenorio*, acompañándole la Romeral, Alisedo (*Ciutti*) y Zamacois (*Butarelli*).

Lo más notable fue la representación de *La Virgen de la Paloma*, drama en cinco actos, de dos escritores que se ocultaron bajo el pseudónimo de Alvaro Omil y Juan de Madrid.

Lo desempeñaron la Romeral, la Genovés, Morales, Mario, Zamacois, Iroba y otros muchos. Gustó extraordinariamente, como no podía menos, pues había en la obra un gran baile, una marcha de guitarras y bandurrias y una procesión.

Marzo de 1868.—*El fantasma del pasado*, drama en cinco actos, de Valcárcel y de Bedmar.

Al ocurrir la Revolución de Setiembre de 1868 estaba dando buenas entradas una comedia fantástica de Liern, titulada *El laurel de plata*, exornada con bailes, coros y decoraciones nuevas, y esperaban realizar una buena campaña Rosa Tenorio,

la Antonia Scapa, la Julia Cirera, José Ortiz, Asensio Mora, Donato Jiménez, Ramón Benedi, Ricardo Guerra y nuestro querido amigo Enrique Sánchez de León, hoy profesor del Conservatorio.

#### TEATRO DE LOPE DE VEGA

Aparte del mérito artístico, la simpatía personal de un actor es aliciente poderoso para llevar espectadores a un teatro; y en éste consiguió Romea tener buenas entradas, más por el afecto que inspiraba, que por bondad de las obras puestas en escena.

Aquí comenzó la campaña con tan buena suerte seguida luego en *Variedades*.

1860.—17 Enero.—Se celebró el aniversario del natalicio de Calderón, representando *Fuego de Dios en el querer bien*, refundida por Bretón, y la mojiganga *La muerte*, ambas de aquel gran dramaturgo.

Tomaron parte en el desempeño Romea, la Carrasco y la Berrobianco.

Cuando se marchó Romea se convirtió el teatro en *café lírico*. En el salón podían los concurrentes tomar los artículos que se sirven en este género de establecimientos, escuchando, a la par las piezas del concierto que tenía lugar en el escenario. Solía concurrir a este local gente de genio alegre, que, a veces, no guardaba la corrección que debe exigirse en la buena sociedad, y a causa de esto, el 2 de Mayo de 1861, se reprodujo, en pequeño, la memorable jornada del año 1808, entre los mozos del café y el público.

Sobre si la *Signorina Giuntini* había o no de repetir un aria, se armó un gran escándalo, que los camareros quisieron terminar *autoritate qua fungor*; pero puesto enfrente de ellos el respetable público, anduvieron por el aire botellas, vasos, platos, cucharillas y bandejas, no apaciguándose el alboroto sino con la presencia de la policía.



Los mozos echaban la culpa al director de orquesta, Paco García Vilamala; pero todo el público protestó de la ingerencia de los camareros, de quienes partió la agresión.

Por Enero de 1861 se fundó en este teatro una sociedad dramática, bajo la presidencia del duque de Abrantes, para dar funciones a beneficio de los establecimientos piadosos, poniendo en escena comedias desempeñadas gratuitamente por jóvenes aficionados. Representaron *Don Tomás*, *El castillo de Balsain* y otras que resultaban bien interpretadas, según el parecer de las personas cuyos juicios escuchábamos en los entreactos.

En Octubre de 1862 vino a trabajar en este teatro una compañía de verso, dirigida por Arjona, y en Diciembre estrenaron *Lo positivo*, de Manuel Tamayo, con gran éxito.

En aquella época esta comedia constituía el desiderátum del arte dramático, y se dijo que era la mejor comedia del teatro moderno. Teodora estuvo superior a todo elogio.

1863. Enero.—*Deudas de la honra*, de Núñez de Arce.

En Febrero trasladó Arjona su compañía al Circo, pues se pensó en derribar este teatro, habiendo comprado el edificio en 4.000.000 de reales una sociedad titulada *La Peninsular*; pero la venta o la demolición se retardaba, y vino a ocupar el teatro una compañía de niños, titulada *La infantil*, que tuvo bastante aceptación. Hacían obras escritas expresamente para aquellos actores.

Merece mención la titulada *Seis señoritas sin miriñaque*, letra de D. José de Araujo y música de D. José García.

Al año siguiente se derribó el teatro.

#### CIRCOS DE PRICE Y DEL PRÍNCIPE ALFONSO

1860.—El Signor Gaetano Ciniselli quiso hacer la competencia a Price, y trajo una compañía ecuestre y gimnástica italiana al antiguo y clásico *Circo de Paul*, de la calle del Barquillo, en la cual compañía figuraban la Mina Tampé, la

Buislay, la Emma Ciniselli, Franck Pastor, el español Wiling, el indio Djalma, los hermanos Mariani, los clowns Buislay y Amoroso, y Verrek, competidor del célebre Leotard, inventor del difícil ejercicio conocido con el nombre de *Los tres trapecios*. Además, había cincuenta caballos.

Price, en su circo, no se quedó atrás, porque trajo a Hubert Meers, que también se decía competidor de Leotard; a Mr. Perelli, sobresaliente montando caballos a la *alta escuela*; el diablillo Julio Pérez, español, con sus notables y arriesgados ejercicios a caballo, en pelo; y los clowns Whittoyne, Secchi y Alfán, que consiguieron ser el ídolo de la gente menuda. A nuestro amigo Molberg le salió un competidor con Whittoyne, porque también tocaba el *xilocordeon*. Un español, Sebastián Martínez, ejecutó por primera vez *Los anillos volantes*, y Whittoyne entusiasmó a los aficionados imitando a Cúchares en *A parodia d'una tourada portuoueza*.

El príncipe Muley-el-Abbas, que vino a Madrid con una embajada marroquí después de terminada la guerra que sostuvimos en Ceuta, asistió en Octubre al *Circo de Price*, para presenciar el beneficio de los hermanos Rizarelli, y salió muy complacido, habiéndole visto los concurrentes aplaudir con frecuencia. En el intermedio se le dió de refrescar.

1862.—En Junio trajo Price la novedad del enano irlandés Jonathan Jack, que trabajaba sobre un caballo, y además hacía ejercicios de clown. Fue célebre en Madrid.

1863.—Temiendo, y con razón, Mr. Price, la competencia, construyó un escenario para ejecutar pantomimas y dar más variedad a las funciones.

Como en Madrid, durante el verano, se carecía de espectáculos, pues los teatros estaban acondicionados para invierno, los circos ecuestres consiguieron atraer espectadores, más que por la índole de la diversión, por la agradable temperatura de que se disfrutaba en ellos. Así es que, primero Mr. Paul Lari-beau en la plaza del Rey, más adelante en la calle del Barquillo, y luego Mr. Price en la calle de Recoletos, en un local

formado de tablas y cubierto de lona embreada, consiguieron atraer al público y ganar dinero. Esto sirvió de aliciente a D. Simón Rivas para construir un circo en el paseo de Recoletos, entre las calles de Doña Bárbara de Braganza y de Génova, poniendo en cuidado a Mr. Price, que, como sucesor de Paul, había monopolizado hasta entonces la explotación de este espectáculo. En Marzo de 1863 estaba casi terminado el edificio, y el día 31 fue a Palacio el propietario para rogar a la Reina que le permitiera dar al nuevo circo el nombre de alguno de los hijos de S. M. Accedió a ello muy gustosa doña Isabel, y hasta le indicó que el título de *Príncipe Alfonso* era el que le parecía mejor; así es que el nuevo circo se inauguró el 7 de Abril, con el nombre que la Reina había designado.

Los primeros artistas que figuraron en el *Circo del Príncipe Alfonso* fueron Getano Ciniselli, director; Constanza Chiari ni, amazona; Rosa Massotta, artista ecuestre, muy bella y de mucho mérito; el gimnasta Howard, la familia Rusell, el saltarín y equilibrista español Amoroso, y los clowns Buislay, Blondeau y Blaquet, con 50 caballos de diferentes razas.

He aquí el programa de la primera función: Maniobras ecuestres de amazonas, ejercicios *graciosos* a caballo por la señora Renz; Arabini, caballo en libertad, presentado por Ciniselli; intermedio por los clowns Amoroso y Buislay; paso estirio a caballo por la Srta. Clotilde y Wiling (español); ejercicios por Aniceto (español); Victoria, yegua montada a la alta escuela por Ciniselli; equilibrios en el trapecio por Howard. Descanso de quince minutos. Saltos, por Gunerius. Juegos icarios por la familia Russell. Rosa Massotta, ejercicios sobre un caballo en pelo. Robroy, caballo montado a la alta escuela por la Srta. Charini, y gran batuda para final. Como se ve por este programa, el público era poco exigente.

Mucho gustó Rosa Massotta; pero en Junio vino a eclipsar la preponderancia que había adquirido, una nueva artista ecuestre, Mlle. Louise Louisset, que fue en adelante la predilecta del público.

Llamó poderosamente la atención el ejercicio de los tres trapecios, ejecutado por el famoso Mr. Leotard. «Sus saltos—decía un periódico—llevan el sello de la limpieza y la elegancia. La circunstancia de ser poco a propósito este circo para colocar a debida distancia los tres trapecios, impidiendo al gimnasta tomar el impulso necesario para el más difícil de sus saltos, desluce, en parte, el gran efecto de este brillante ejercicio; pero Leotard, venciendo estas dificultades, sabe arrancar a la concurrencia frenéticos aplausos todas las noches. Su esbelta figura le hace doblemente simpático.»

Durante la ejecución del ejercicio de *los tres trapecios*, tocaba la orquesta una tanda de valeses de Walteufield, titulados *Aglae*, que se hicieron del dominio de las orquestas, bandas militares y ciegos guitarristas.

Después de Leotard se exhibió en este circo otra novedad, que durante cuatro días produjo excelente impresión en el público, y la hubiera causado durante más tiempo si un incidente imprevisto no hubiese obligado al *soi disant* artista a tomar las de Villadiego. Mr. Tolmaque se sentaba en medio de la pista, en una silla, a la cual le ataban de pies y manos los espectadores, de la manera que lo tenían por conveniente; se cubría después al sujeto con un velo por espacio de dos minutos, pasados los cuales aparecía completamente suelto con las cuerdas a sus pies sin haber sido cortadas. A la cuarta noche no se pudo desatar, y le dieron una grito que se oía en los jardines de Recoletos.

Luego vino un toro americano, domesticado, llamado *Don Juan*. Saltaba por aros empapelados, unos, y cubiertos de llamas, otros. La suerte que produjo más efecto fue la de levantar al toro en unas andas, habiéndole hecho poner las cuatro patas en un pedestal reducido, y pasearle alrededor de la pista sostenido por 20 mozos.

También obtuvieron buena acogida los clowns ingleses, Lawrence y Stolver, excéntricos musicales.

En Setiembre cayó del caballo, perdiendo el conocimiento,

Rosa Massotta; pero repuesta al poco rato, salió a saludar al público, que la dió un nutrido y cariñoso aplauso.

Para despedida de la temporada presentó D. Simón Rivas a la familia Sawyer, compuesta de varios individuos, hombres y mujeres, que tocaban piezas de música con 100 campanillas de diferentes tamaños.

Mr. Price no se retrasó en ofrecer novedades. Abrió el Circo en 9 de Mayo de 1863, y presentó dos elefantes amaestrados, *Delhi* y *Zara*, que atraieron mucho público; y contrató a Mr. Blondin en 10.000 reales por función, según aseguraban los que se decían bien enterados.

Vea el lector lo que decimos de Blondin en el capítulo *Varietades*.

Sabiendo que Rivas había contratado a Leotard, trajo a Emilio Balaguer, *el mallorquín*, para hacer el ejercicio de los *tres trapecios*, que lo realizó siete días antes que el otro artista, y aunque nuestro compatriota salió airoso de su empeño, no consiguió eclipsar la fama del francés, no sólo por la seguridad de su trabajo, sino, como se ha dicho, por la elegancia de la ejecución.

En Agosto se estrenó el escenario con la pantomima *El bandido de las montañas de Calabria*, en dos actos y tres cuadros, en que había bailes, marchas, juegos de armas, y combates de infantería y caballería, terminando con el terrible salto a caballo del puente cortado, arriesgado ejercicio que aplaudíamos los muchachos desesperadamente.

El 21 de Agosto asistió una embajada tunecina que había venido a Madrid; aquella noche cayó del caballo el famoso Julio Pérez, y sufrió la dislocación de un pie, por lo que no pudo trabajar en el resto de la temporada.

Durante el verano de 1864 siguió la competencia iniciada en el año anterior entre los dos circos. Price restauró el local introduciendo algunas mejoras. Trajo tres leones de Nuvia, presentados por el domador Mr. George Newcomb, y contrató a Richard Conrad, un competidor de Leotard en el ejercicio

de *los tres trapecios*. Horwad sufrió una caída trabajando en la *escalera aérea*, y estuvo privado de salir al público durante una larga temporada.

En el *Príncipe Alfonso*, los chinos Arr-Hee y Sam Umg hacían, entre otras habilidades, la de colocarse uno de pie, arrimado a un tablero, con los brazos en cruz, y el otro, desde cierta distancia, arrojaba unos puñales que se iban clavando en la madera alrededor del cuerpo del primero. También se exhibieron en este local unos leones. Se los presentaba en una enorme jaula con ruedas, que salía a la pista por medio de rails. El domador era un negro; se acostaba entre ellos, se ponía en pie sobre uno, metía la cabeza dentro de la boca de éste, y los hacía saltar sirviéndoles su espalda de apoyo.

La María Kennebel (1) se pasó al *Circo del Príncipe Alfonso*, y esto produjo tanta expectación como una crisis ministerial.

Durante el verano de 1865, vino al *Circo del Príncipe Alfonso* Mr. Arbán, y dió una serie de conciertos, a los que concurría mucha gente, admirando la labor del maestro, que improvisó una buena orquesta en pocos días con profesores de segundo orden, pues los músicos del *Teatro Real* estaban en el de *Rossini*. Arbán no hacía programas clásicos, pero sí amenos, incluyendo, por ejemplo, la sinfonía de *Si j'etai roi*, de Adam; una fantasía de los *Hugonotes*; la polka *des Financiers*, suya, y la galop de *Lumbye*. Arbán era un gran concertista de cornetín; tocó unas variaciones que le valieron muchos aplausos.

Alternando con los conciertos siguió la compañía ecuestre y gimnástica, sin presentar grandes novedades, pues la Kennebel, la Elisa Massotta, Leotard y Julio Pérez eran ya como de la casa.

Habiendo vendido el terreno el dueño del solar donde estaba construído el *Circo de Price*, tuvo éste que ser derribado,

---

(1) Véase la década anterior.

y desapareció, por lo tanto, de los espectáculos públicos, hasta 1868, en cuyo mes de Mayo volvió a reanudar sus funciones en otro local, también construido con tablas y lienzo en el Paseo de Recoletos, en los jardines del antiguo palacio de la Duquesa de Medina de las Torres, entre las calles del Almirante y Doña Barbara de Braganza. Pocas novedades ofreció aquel verano Mr. Price; artistas ya conocidos, Withoyne, Secchi y Alfano, y *los tres trapecios* por Conrad. Puso días de moda, que fueron los martes y viernes.

Tampoco presentó novedades el *Circo del Principe Alfonso*; *los tres trapecios*, por Mr. Julien, y una compañía japonesa. Como estaban tan juntos un circo de otro, se hacían una competencia terrible.

En afición a la buena música íbamos prosperando. Barbieri organizó, en Abril de 1866, una orquesta para dar varios conciertos en el *Circo del Principe Alfonso*, y consiguió que se ocupasen todas las localidades. Nos dió a conocer: *Obertura de la Exposición de Londres*, de Auber; *Panis Angelicus*, motete a voces solas, de Eslava; sinfonía en *la*, de Beethoven; *El Tyrol*, a voces solas, de Thomas; sinfonía de *L'etoile du Nord*, de Meyerbeer, y otras obras de buen gusto. La orquesta se colocaba en un tablado sobre la pista del circo. Los conciertos comenzaban a las dos de la tarde; se pusieron de moda, y acudíamos allí lo mejorcito de la capital.

En la primavera de 1867 repitió la suerte, tocando, entre otras piezas clásicas, la *Sinfonía pastoral*, de Beethoven, que produjo un entusiasmo delirante en el público. Y vaya en cuenta que éste no estaba preparado artísticamente para oirla, lo cual prueba las condiciones especiales de aquel gran compositor.

Actuó en el verano una compañía ecuestre y gimnástica, ofreciendo pocas novedades, y en la que figuraba como artista indispensable *la intrépida* Kennebel.

El año 1868 hubo lo mismo; conciertos de Barbieri en primavera, y la Kennebel en verano.

E. M.—Octubre 1913.

Derribado el bonito, espacioso y elegante *Circo del Príncipe Alfonso*, construido de hierro y ladrillo con todas las de la ley, no queda ya, para los que logramos conocerle, sino un vago recuerdo de su agradable aspecto, y como encarnación de aquellas funciones, la imagen de las dos personas que más nos impresionaron, cada una bajo distinto aspecto: el maestro Barbieri y la intrépida Kennebel.

#### LOS CAMPOS ELÍSEOS

Esperaba el público con impaciencia la inauguración de unos jardines de recreo que se estaban formando en las afueras de la Puerta de Alcalá, siguiendo la carretera de Aragón, pocos metros más arriba de la actual calle de Velázquez, cuando se anunció en periódicos y carteles que los citados jardines, con el pomposo nombre de *Campos Eliseos*, se iban a abrir el 18 de Junio de 1864. Así sucedió, en efecto, y los habitantes de Madrid, que no tenían otra diversión en verano más que los *Circos del Príncipe Alfonso* y de *Price*, allí acudieron, deseosos de entretener agradablemente las primeras horas de la noche y disfrutar de frescura. El sitio elegido era de grande extensión; sin embargo, carecía de los requisitos indispensables a todo jardín: flores, plantas y árboles, porque había sido formado en poco tiempo, y teníamos que esperar algunos años para que los árboles pudiesen tener ramas, y éstas las hojas necesarias a fin de que prestasen el servicio consiguiente en la temporada de verano; pero la situación del paraje estaba bien elegida, y allí se disfrutaba, durante las noches, de agradable temperatura.

Había un teatro, denominado de *Rossini* (1), grande, muy grande, decorado con sencillez, y no con mal gusto, en cuyo escenario se dieron representaciones de ópera, para lo que se

---

(1) En Mayo escribió la empresa a Rossini pidiéndole autorización para dar al teatro el nombre de este compositor, y contestó muy afectuoso accediendo a lo pedido y agradeciendo la deferencia.



contrató una compañía, compuesta, como principales, de los artistas siguientes:

Tiples: la Spezzia, la Tedesco y la Garelli. Contraltos: la Mora y la Llanes (discípula del Conservatorio). Tenores: Tamberlik, Mongini y Vidal. Barítono: Aldighieri. Bajos: Gassier y Vialetti.

Violín: Rafael Pérez. Violoncello: Casella. Arpa: la Roaldés y la Isabel Espeso. Flauta: Pedro Sarmiento. Corno inglés: Daniel Ortiz. Clarinete: Ficher. Fagot: Mellier. Maestros de coro: Mariano Vázquez y Luis Cepeda. Director de orquesta: Barbieri. Pintor: Francisco Pla.

La butaca, 26 reales; la entrada general, 2.

El teatro resultaba fresco y bien alumbrado; pero su forma rectangular impedía ver bien el escenario desde los laterales, y carecía de buenas condiciones acústicas. Las butacas eran cómodas, de rejilla. Se inauguró, como hemos dicho, el 18 de Junio de 1864, con el baile *Gisela o Las Wilis*, que hizo furor en tiempo de la Guy Stephan.

El 25 de Junio pusieron *Guillermo Tell* para la presentación de la compañía de ópera, con la Garelli, que se hizo aplaudir; la Carmelina Poch, que se distrajo con frecuencia; Mongini y Aldighieri, que estuvieron bien, y Vialetti, que cumplió perfectamente.

Luego hicieron *Ana Bolena*, de Donizetti, y *Otello*, de Rossini, que pasaron. El 13 de Agosto salió Tamberlick con *Poliu-to*, que gustó mucho, teniendo que repetir el tenor el famoso *Credo*; pero aun así, quedó aquél disgustado hasta tal punto, que quería rescindir el contrato; gracias a Barbieri, se dejó convencer y desistió de su propósito, comprendiendo que el público de verano, y esto parece una contradicción, no tomaba las cosas con tanto calor como en invierno. Tamberlick cantó después *Otello* y estrenó *Fausto*, de Gounod, con éxito excelente. Vialetti interpretó de un modo notable la parte de *Mefistófeles*.

Era muy agradable el *Salón de conciertos*, en forma de tien-

da de campaña, colocándose a un lado la orquesta, compuesta de 70 profesores y 100 voces de ambos sexos. Tocaban la sinfonía de *La Gazza ladra* la obertura de *Freychütz*, la *Invitación al vals*, de Weber, Fantasía sobre motivos de zarzuelas, por la orquesta y una banda militar, y *Colonneen*, valeses de Strauss. Barbieri, que dirigía los conciertos y las óperas, se acreditó de maestro.

Además había las diversiones y servicios siguientes:

Plaza para lidiar becerros, rodeada de una montaña rusa que hacía las delicias de los estudiantes y gente joven, deseosos de experimentar la emoción de la vertiginosa bajada.

Casa de baños, Tiro de pistola y de palomas, Sala de billar, Columpios, Balanza, Cosmorama, fonda, café y una ría con un vapor de ruedas y cinco falúas; por cierto que una de éstas, llena de señoritas, zozobró en el momento del embarque, y fueron todas al agua, incluso el marinero que la tripulaba, sin sufrir más que el susto y el remojón consiguientes, porque la ría quizá no tuviera una vara de profundidad.

Un periódico satírico, que si no recordamos mal se titulaba *El Mosquito*, dedicó a la ría el siguiente romance, atribuido a Manuel del Palacio:

Arroyuelo, que atrevido  
te me subes a las barbas,  
relleno de un jeringazo  
de la noche a la mañana:  
¿eres conato de río?  
¿eres depósito de agua?  
¿o espejo en que con el tiempo  
se verán flores y plantas?  
Esto la luna decía  
cuando, al salvar la *Montaña* (1),  
vió de los Campos Elíseos  
la cristalina corbata;  
y cuentan que a poco rato

---

(1) La *Montaña rusa*, en cuyo centro estaba la Plaza de toretes.

de escucharse sus palabras,  
la *Plaza de los becerros*,  
el *Tío vivo*, el *Cosmorama*,  
el *Teatro*, los faroles,  
y hasta la *Casa de vacas*,  
dijeron a voz en grito,  
que es como Aldighieri canta:  
«El que ofende al arroyuelo,  
también nos ofende y falta;  
que sin él fuéramos todos  
humo, viento, polvo, nada.  
El durará mientras duren  
las caritativas almas  
de los que aquí le escupieron  
de calor en hora aciaga,  
y si a secarse algún día,  
cual los árboles, llegara,  
la empresa, que tantas vierte,  
le llenará con sus lágrimas.»

La entrada a los jardines costaba 2 reales hasta las cinco de la tarde, y 4 desde esta hora en adelante. Había, en escaso número por cierto, ómnibus especiales desde la Puerta del Sol a los *Campos*, a real por asiento.

La fonda tenía gabinetes aislados, con el nombre de cada una de las provincias de España, para facilidad de encontrarse las personas que no podían concurrir juntas a la misma hora. En los primeros días, el servicio de la fonda y del café dejaba mucho que desear, pues a las diez de la noche ya no había más que limón y cerveza.

En una gran plaza, delante del teatro, hacían ejercicios gimnásticos aéreos los hermanos Rizarelli; tocaba piezas escogidas la banda del 5.º Regimiento de Artillería, dirigida por el músico mayor D. Carlos Grassi, y se quemaban fuegos artificiales por el pirotécnico Sr. Charles Rossi.

En la primavera de 1865 trajo la empresa un elefante que

hacía varias habilidades. Se le puso en la Plaza de Toros a luchar con dos de éstas fieras, sucesivamente, una de la ganadería de Bañuelos y otra de la de D.<sup>a</sup> Gala Ortiz. El elefante no hizo más que defenderse y no quedó, por lo tanto, ni vencido ni victorioso. Procedía de Ceylán, y tenía por nombre *Pizarro*. Se le exhibía en la Plaza de toretes, donde llamaba la atención, entre otros ejercicios, la facilidad que tenía para descorchar botellas de vino y desocuparlas sin desperdiciar una gota. Cierta noche, no se sabe cómo, pudo desprenderse de la cadena que le sujetaba, y paseando libremente por el jardín llegó a la fonda, haciéndose dueño de las botellas que tenían dispuestas para los concurrentes. Una vez allí, creyó de su deber ejercitar la habilidad del descorchado que tanto se le aplaudía por el público, y se dió a beber botellas sin caer en la cuenta de los efectos que podía causarle el abuso y mezcla de diferentes vinos y licores; así es que el pobre elefante, perdiendo su calma y sosiego habituales, causó algunos destrozos en el jardín, rompió la verja de la puerta de entrada, salió a la carretera (hoy calle de Alcalá), se metió en una tahona que llamaban de San José, situada donde ahora está la calle de Velázquez, y sin ajuste ni convenio con el dueño de la tienda, se embaucó los panecillos que buenamente pudo apropiarse, hasta que el alboroto del vecindario y los transeúntes hizo venir al domador, logrando sujetarle.

En el verano de 1865 se abrió el teatro *Rossini* con una compañía de ópera, en que figuraban La-Grua, la Boschetti, la Gurulli, la Nantier Didier, la Mora, Tamberlick, Vicentelli, Palermi, Squarcia y Vialletti; las bailarinas Bonifanti y Braggi, y Gaztambide como director.

La Garulli tenía voz «tersa limpia, y argentina», y Tamberlick «había ganado en estilo y buen gusto lo que la edad robaba a sus extraordinarias facultades. Dejaba de ser un gran tenor, para convertirse en un gran cantante». La Laborde fue mal recibida del público, y se marchó al día siguiente; lo mismo sucedió con la Boschetti, a pesar de que era muy bo-

nita; salió con *Fausto*, habiendo anunciado la empresa que era *la reina de las Margaritas*; pero los espectadores no guardaron respeto alguno a S. M.

Cantaron, además del *Fausto*, *Il Profeta*, *Guillermo*, *Poliu-  
to*, *Norma*, *La muta di Portici* y alguna otra.

Más aceptación que las óperas tuvieron los conciertos que, en el salón dedicado a ello, daba Joaquín Gaztambide. Toca-  
ron, entre otras piezas: la obertura de *Giralda*, de Thomas; *Bueyes y carneros, cuadrille*, de Muzart; *Cu cu et cri cri*, polka del mismo autor; la obertura de *Le pardon* (romería) de *Ploer-  
mel*, y la de *La part do diable*.

Una noche de Mayo, cuando la gente salía de presenciar la representación de *Il Profeta*, se encontró sorprendida, desagra-  
dablemente con el encierro de los toros, teniendo que correr por aquellos campos la señoritas, con sus miriñaques y pame-  
las, sin poder entrar en la población, pues las verjas de la Puerta de Alcalá se cerraban a la hora en que los toros venían a la plaza. Hubo los sustos consiguientes, caídas, rotura de vestidos y pérdida de objetos, por lo que se ordenó retrasar, para en adelante, la hora del encierro. Noches después, unos jóvenes bromistas hicieron sonar varios cencerros en la obscu-  
ridad del camino que traían los toros, y se reprodujo la escena, aunque en menor escala, pues percatado de la broma el pú-  
blico, lo hubieran pasado mal los guasones a no haber puesto pies en polvorosa.

Costaba trabajo que la gente se acostumbrase a los *Campos Elíseos*, por efecto de la distancia que los separaba de la po-  
blación. Gaztambide los arrendó en el verano de 1867, esta-  
bleciendo conciertos por una banda militar en la gran plaza que había delante del teatro, ascensiones de un globo Montgol-  
fier, y fuegos artificiales. Destinó un sitio especial para bailes campestres con entrada aparte, a 2 reales billete, encargando de la dirección de la orquesta a Vilamala: trajo al teatro Rossi-  
ni una compañía *mímico-veneciana*, dirigida por los hermanos Lorenzo y Antonio Chiarini, uno como *maschera dell'Arle-*

*chino*, y el otro como *maschera del Pierrot*. Hicieron, entre otras pantomimas, *Cin-Cin-Zich* o *El diablo verde*, *Un inglés en Italia* o *La flauta mágica*, y *Arlechino, médico homeopático e Pierrot aeronauta*. Como recurso extremo llamó a Barbieri para que diera una serie de conciertos en la tienda de campaña, de que ya hemos hablado. Acudía mucha gente y se pasaba muy bien el rato.

La compañía de ópera del teatro Rossini inauguró sus representaciones el año 1868, en 10 de Junio, con *Don Bucéfalo*, de Cagnoni, cuyo principal papel estuvo a cargo de Alejandro Bottero. Este era muy notable: imitaba distintas voces, y tenía mucha gracia.

Se suspendieron las funciones de ópera el 6 de Julio (1), y vino a reemplazarla una de declamación, compuesta de la Mercedes Buzón, la Roca, la Alonso y la Cirera, Cortés, González, Mela, Alverá y Vallés, con la primera bailarina Dolores Ruiz. Hicieron piecitas cómicas y bailes.

Al acaecer la Revolución de Setiembre de 1868, el público se iba ya cansando de los *Campos Elíseos*.

### Toros.

La situación de la *Plaza de Toros*, que se hallaba próxima a la Puerta de Alcalá, no hacía indispensable el carruaje para asistir a la corrida; pero aun así, se utilizaban, hasta por vanidad, cuantos se hallaban disponibles, lo mismo la elegante carretela, que el simón de alquiler, el ómnibus o la clásica e histórica calesa, de la que iban quedando pocos ejemplares. La vuelta de la gente que había ido a la corrida, constituía por sí un espectáculo de gran animación, pues el ver las caras bonitas y el garbo saleroso de las aficionadas a toros, bien valía

(1) A pesar de lo corta que fue la temporada, se estrenaron *Crispino e la Comare*, de los hermanos Ricci, el 17 de Junio, e *Il birrajo di Preston*, de Luigi Ricci, el 2 de Julio; las dos óperas con éxito mediano.

la pena de estar un ratito de pie en las aceras de la calle de Alcalá.

Los toreros que figuraron en este último período de nuestras *Crónicas* son los siguientes:

Espadas: Regatero, Cayetano Sanz, Julián Casas (el Salamancaquino), Domínguez, Cúchares, el Tato, Pepete, Mendivil, Gonzalo Mora, los Carmonas, el Gordito (desde 1864), la Santera, Bocanegra, Villaverde, Lagartijo (desde 1865), Jacinto Machío (desde 1866), Currito, o sea el hijo de Cúchares (desde 1867), y Salvador Sánchez (Frascuelo), que alternó como matador el mismo año en la Plaza de Madrid.

Banderilleros: Rico, Torres, Villaviciosa, Bocanegra, Lillo, Cuco, Antón, Caniqui, Pablito, Muñiz, Noteveas, Macando, Yust, Manolín, el Gordito, de 1861; Currito y Lagartijo, de 1863; Valdemoro, de 1864; Chicorro, José Gómez (el Gallito) y Armilla, de 1866.

Picadores: Muñoz, el Coriano, el Esterero, los dos Calderones, Marqueti, Charpa, Pinto, el Artillero, Arce, Juaneca, Hazaña, Uceta, el Naranjero, Trigo, Alani, de 1861; Juan Bedia (el Guantero), de 1863; Sacanelles, de 1864, y Agujetas, de 1868.

Para la temporada de primavera de 1860 se contrató a los espadas Francisco Arjona Guillén (Cúchares), Antonio Sánchez (el Tato) y José Rodríguez (Pepete), ofreciendo la empresa toros de las siguientes ganaderías:

De la tierra: Veragua, Martínez, Puente López (antes Aleas), Bañuelos, Ortiz, viuda de Paredes y Félix Gómez, cuyos toros hacía dos años que no se lidiaban en esta plaza.

De la Mancha: Salido y Maldonado.

Andaluces: Saltillo (antes Lesaca), Hidalgo, Barquero y Romero Valmaseda.

Los precios de las localidades de sombra eran en esta época los que a continuación se expresan:

Tendidos: Asientos sin numeración, 8 reales.—Contrabarreras, 10.—Barreras, 12.—Tabloncillos, 18.

Gradas: Delanteras, 18 reales.—Tabloncillos, 18.—Centros, 12.

Andanadas: Delanteras, 26 reales.—Tabloncillos, 22.—Centros, 14.

Palcos, con diez entradas, 240 reales.

En 7 de Mayo de 1860 se lidiaron toros de Cúchares, nuevos en esta plaza, y pareció que no resultaron mal, aunque cumplieron mejor los de D. Vicente Martínez, de Colmenar Viejo. De los picadores, Pinto estuvo bien; Charpa, mediano; Hazaña y Martín, con desgracia, especialmente el último, que en una caída se vió poco menos que en las astas del toro, librándole de una cogida la serenidad de Cúchares. En esta corrida se lució el banderillero Muñiz, dando el salto al trascuerno, que ejecutaba maravillosamente, y que tanto gustaba al público. Cúchares estuvo, como siempre, a la altura de un maestro consumado, y el Tato recibió el cuarto toro en toda regla. En su segundo toro dió un susto a los espectadores, pues al meter la espada tropezó con el asta derecha del animal, y rodó por la arena sin hacerse daño alguno.

Por Setiembre de 1861 se hablaba del proyecto de establecer en una quinta de la calle de García de Paredes (Chamberí), perteneciente al marqués de Benemejís, una escuela de tauromaquia, con toros embolados, poniendo intermedios con baile, y un final con fuegos artificiales. No sabemos si llegó a realizarse el proyecto; pero seguramente hubiera ofrecido buen resultado.

En la corrida de 20 de Abril de 1862, el toro *Jocinero*, de Miura, derribó, al tomar un puyazo, al picador Antonio Calderón, y *Pepete* (José Rodríguez), que se hallaba hablando con unos espectadores, fue avisado por éstos del peligro; echó a correr hacia el grupo que formaban caballo, jinete y toro, en el momento en que éste salía en la dirección que llevaba el espada, a quien le cogió, dándole una tremenda cornada en el pecho, de la que falleció minutos después en la enfermería.

El famoso Carlos Albarrán (el Buñolero), que estaba en sus



últimos años encargado de abrir la puerta del toril, siendo, en Julio de 1860, dependiente de la plaza, fue volteado por un toro que saltó al callejón, y, aunque de la cogida no resultó herido, el pobre hombre salió con un brazo roto.

El 13 de Febrero de 1860 se dió una corrida a beneficio de los heridos de la guerra de Africa; presidió el príncipe Adalberto de Baviera; los toros eran de la ganadería de D. Justo Hernández, y los estoquearon el Regatero, Cayetano Sanz y Julián Casas.

Las moñas fueron regaladas por las duquesas de Abrantes, de Alba, de Fernán Núñez, de Medinaceli y de Tetuán.

Un toro, llamado *Baratero*, de la ganadería de Romero Balmaseda, y que dió mucho juego en la corrida del 21 de Octubre de 1866, fue disecado, y se le envió a la Exposición universal de París.

Las novilladas ofrecían novedades a los aficionados. En 1.º de Enero de 1861 hicieron la mojiganga *El doctor y el enfermo*. Se colocaba una cama delante de la puerta del toril, con un enfermo, asistido del facultativo y varios practicantes, que aguardaban sentados la embestida del embolado, teniendo todos que *salir por pies*, incluso el paciente, lo que producía la hilaridad, sobre todo de los concurrentes al tendido de sol. Al toro le *picaban* cuatro individuos, dos montados en burros y dos metidos en caballitos de mimbre; luego era banderilleado al natural, y este día le dió muerte con muleta y espada, subido sobre zancos, un tal Manuel López. Este rejoneó después, a caballo, otro embolado, y le dió muerte, como el anterior, subido en zancos.

Durante la lidia de estos embolados había en la plaza un columpio giratorio, con cestos en los extremos, dentro de los cuales se colocaban comparsas con capotes para llamar a las reses, sufriendo, entre las risotadas del público, el bamboleo consiguiente a la embestida.

1861. Febrero.—En una corrida de novillos, un embolado

fue rejoneado por una cuadrilla de indios (*de Lavapiés*), y muerto por medio de la *chispa fulminante*.

La corrida del 6 de Junio de 1868 la presidió, por última vez como Príncipe de Asturias, el que después fue Alfonso XII.

Días después, la Presidencia multó al Gordo por su falta de interés en procurar complacer al público, defecto de que solía adolecer, y despechado el diestro por el bochorno que sufría, parece que hizo a los de un tendido próximo ciertas demostraciones que produjeron el consiguiente alboroto. Desde entonces el Gordo tuvo pocas simpatías en la plaza de Madrid. Antes había sido muy querido del público, sobre todo como banderillero. En una de estas suertes estuvo tan acertado el 24 de Junio de 1861, que D. José Salamanca le arrojó al redondel un par de cigarros habanos envueltos en un billete de cincuenta duros.

Según la estadística publicada por el periódico taurino *La Fiesta Española* (dirigido por nuestro amigo Nicolás García Caballero), en la temporada de verano de 1868, los primeros espadas de la Plaza de Madrid mataron el número de toros siguientes: El Tato, 36; el Gordito, 28; Frascuelo, 30; Julián Casas, 5; el Regatero, 2; Gonzalo Mora, 2; Bocanegra, 2; Mariano Antón, 2; Cúchares, 3, y Curro Reyes, 3, que dan un total de 113 reses muertas. Para el revistero citado, el Tato dió 14 buenas estocadas, el Gordito, 12; Frascuelo, 4; Julián Casas, 2, y Gonzalo Mora, otras 2. Los demás no merecieron su aprobación.

La última corrida del reinado de Isabel II se dió el 6 de Setiembre de 1868, con seis toros de la ganadería de D. Francisco Taviel de Andrade, que había adoptado para sus reses la divisa encarnada y rosa. Trabajaron como espadas Antonio Sánchez el (Tato), que salió vestido de verde y oro; Manuel Fuentes (Bocanegra), de verde y plata, y Vicente García (Villaverde), azul y plata.

La corrida parece que fue mala. El Tato, retraído en los

quites de vara; bravo en los pases de muleta, aunque con poca soltura y aplomo; mal en las estocadas, porque dió dos golletazos, y bien en los lances de capa y galleo. Bocanegra, sereno y aplomado en la lidia, aunque inseguro en las estocadas. Villaverde hizo lo que pudo, teniendo en cuenta que estaba convaleciente de una herida recibida pocos meses antes.

Para el día 27 de aquel mes se anunció una corrida con el Tato, Bocanegra y Frascuelo, pero el estado de la atmósfera política no permitió que se celebrara.

La deficiencia que el lector habrá notado en las reseñas taurinas de estos apuntes obedece a que el cronista no es aficionado a toros. Sírvale esto de disculpa.

#### VARIEDADES

Un espectáculo público y gratuito que llevó mucha y variada concurrencia al patio del Buen Retiro, esto es, una gran explanada que existía delante del edificio donde hoy está el Museo de Artillería, fue la exposición de los trofeos militares cogidos al ejército marroquí en la guerra de 1859 a 1860. Estos trofeos consistían en varios cañones del siglo XVIII y principios del XIX, y la tienda de campaña que había utilizado Muley-el-Abbas, hermano del Sultán de Marruecos. En la plaza de San Marcial, delante del cuartel de San Gil, hoy derruido, también se exhibieron en aquellos días, Febrero y Marzo de 1860, cañones de la misma procedencia, entre los que se encontraba uno que había pertenecido al infortunado rey don Sebastián de Portugal.

La reina Isabel estuvo a ver los trofeos instalados en ambos sitios, y obtuvo una ovación entusiasta por parte del numeroso público que se hallaba presente.

1860. Marzo.—*Poliorama español*, Alcalá, 18 y 20. Vistas de la guerra de Africa.

1861.—*Cuadros mecánicos*, de D. Francisco Amat, calle del Arenal, núm. 11. Vistas con figuras de movimiento.

1861.—Alcalá, 17. Exhibición de un león de cristal hilado, de vara y media de largo, con otros objetos de la misma materia, fabricados por el Sr. Barbegelata. Entrada, un real.

1863. *Circo de Paul*.—Prestidigitador francés Mr. Peyres, que hizo juegos ya conocidos; pero con la novedad de trabajar teniendo los brazos desnudos.

1864.—*Ciclorama universal*, de Mr. Rossy. Paseo de Recoletos. Se trasladó poco tiempo después a la calle de Preciados, esquina al Postigo de San Martín.

1864. Abril.—Carrera de San Jerónimo, núm. 18, tienda. Exhibición de Mme. Glofullia, *la mujer con barbas*, que tenían 27 centímetros de largas. Fue un espectáculo raro, al que concurrió mucha gente. Presentaba al público una certificación del Dr. D. Pedro Mata, asegurando que aquella persona pertenecía al sexo femenino.

Notable fue la venida de Mr. Blondin, el célebre funámbulo que había atravesado por cima de las cataratas del Niágara andando sobre una cuerda sostenida de extremo a extremo. El 12 de Mayo de 1863 atravesó el estanque grande del Retiro, también sobre una cuerda, a una altura de 45 varas, llevando balancín, cosa que algún señorito, falto de sentido común, se atrevió a censurar. Pasó la cuerda con los ojos vendados, hizo equilibrios sobre una silla, y merendó, sentado en ella; dió un paseo subido en unos zancos y atravesó el trayecto, llevando sobre los hombros un robusto mocetón que era marinero vizcaíno.

La compañía del *Circo del Príncipe Alfonso*, dirigida por Ciniselli, dió algunas funciones ecuestres y acrobáticas los domingos por la tarde en la Plaza de Toros. Terminaban con la ascensión del clown Blondeau en un globo montgolfier llamado *El Aguila*.

En Agosto de 1863 subió en otro montgolfier una aeronauta muy conocida, Mme. Poitevin. Era de cuarenta años, alta, delgada, de modales finos y fisonomía agraciada: subió metida en un cesto de mimbre. Cayó el globo, el primer día de los

que subió, en la quinta de D. Luis Guilhou, junto a Chamar-tín, cuando estaba la señora de la casa de conversación en el jardín con la familia del Sr. Manzanares, en cuyo coche restituyeron a Madrid a la aeronauta, después de haberla obsequiado con pastas y te.

*Exposiciones de fieras.*—Hubo una en 1861, presentada por el domador César Maserini, en la calle de la Bolsa, al lado del edificio que da nombre a esta vía pública. Tenía, entre otros animales, un león del alto Egipto, una hiena asiática y la reina de las jirafas.

1863.—Quizá algún viejo se acuerde todavía de la colección de fieras que exhibió Mr. Bernabeau en un solar de la calle de la Alameda, núm. 1, frontero de la Platería de Martínez. No hubo en Madrid muchacho alguno que se quedara sin ver las fieras de Mr. Bernabeau. Tenía un elefante, más grande que los que en aquellos días trabajaban en el Circo de Price; tres tigres de Bengala, un oso negro, un león del Cabo de Buena Esperanza, otro del Atlas, un leopardo, chacales, serpientes y otros animales.

En el barracón, donde había estado una Exposición de pinturas, calle de Alcalá, solar del convento de las Vallecas, se exhibió (Marzo 1865) un ballenato, cogido en aguas de Guetaria (Guipúzcoa). Pesaba 250 arrobas y tenía 27 pies de longitud.

*Nacimientos.*—Desde 1860 funcionaban los *nacimientos* mecánicos de *Buenavista*, calle de Silva; del *Recreo*, calle de la Tahona de las Descalzas, esquina a la de Capellanes, y del *Olimpo*, en la Platería de Martínez, junto al Prado.

En 1867 aparecen el del teatro del *Numen*, en la calle de la Hiedra, y el de la *Infantil*, Flor Baja, núm. 1, donde la función se representaba por niños.

1866.—*La Nueva Infantil*, calle de Carretas, núm. 14. Quedó luego para teatro de tercer orden.

1867.—Hubo *nacimiento* en *Variedades* y en el *Teatro Máizquez*, calle de Tudescos, núm. 34.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEO MADRILEÑO

*Cafés-teatro.*—Se pusieron de moda los llamados *cafés líricos*, porque se amenizaban con música. En Marzo de 1860 se inauguró el de *Capellanes*, y algún tiempo después, el de *Lope de Vega*, en el teatro del mismo nombre, como ya se ha dicho. Se instaló otro en la calle del Caballero de Gracia y se reformó el de *El Iris*, en la Carrera de San Jerónimo, donde después se construyó el *Crédito Lyonés*.

1867. —Se convirtió el salón de baile de *Capellanes* en *café-teatro*, construyendo un escenario bastante reducido, a la izquierda de la puerta de entrada, y colocando las mesas para el servicio de los concurrentes en las galerías que rodean el salón. En el centro de éste había cuatro columnas que sostenían la techumbre y entorpecían la vista del escenario. El consumo en el café daba opción a un billete del teatro; por más que se podía asistir a las funciones dramáticas abonando un real. Entonces se estableció el mismo sistema en el teatro-café del *Recreo*, calle de la Flor Baja, donde hoy se halla construída la iglesia de los PP. de la Compañía de Jesús.

En el *Recreo* funcionaba una compañía que casi podríamos calificar de aficionados; pero que al andar del tiempo, consiguieron tener una reputación. Pepe Vallés, discípulo e imitador de Romea; Antonio Riquelme, Juan José Luján y la Juanita González.

El teatro-café de *Capellanes* cambió de nombre en Febrero de 1868, y se tituló de *Alarcón*, quedando el café completamente independiente del teatro. Entró de director de la compañía Pepe Banovio.

El ejemplo de *Capellanes* animó a la empresa del salón de *Paul*, y contrató una compañía barata, haciendo, como es natural, piezas dramáticas y zarzuelas en un acto, con su correspondiente cuerpo coreográfico, en que figuraban como primeras bailarinas las hermanas Fernández. Se hacían obras de repertorio, pero estrenaron algunas, y entre otras, llamó mucho la atención la titulada *Café-teatro y restaurant cantante*, letra de Emilio Alvarez y música de Oudrid. «La acción de este paso—

decía el cartel—pasa en una pieza de paso y en un quinto piso de la calle de la Pasa.» Se escribió para Carratalá, tenor cómico de la compañía. El local resultaba fresco: las butacas eran de hierro, de igual clase que las utilizadas en los paseos públicos actualmente.

*Salón del Conservatorio.*—1860. Abril.—Función a beneficio de los heridos en la guerra de Africa. Hicieron *A Madrid me vuelvo*, por la Berrobiano (primer premio de aquella escuela en 1858), Cristina Lecea, Julián Romea (profesor y antiguo alumno), Arjona (profesor), Florencio Romea (alumno que había sido), Pizarroso (profesor honorario), Alfredo Maza y Félix Corrales (alumnos). Después un himno a la guerra, letra de Vega, música de Eslava, cantado por la Srta. Toda y los alumnos del Conservatorio.

En otra función, verificada con el mismo objeto benéfico, hizo juegos de prestidigitación el famoso Mr. Hermann, y Molberg, a quien ya conoce el lector, tocó su también famoso *xilocordeón*.

Noviembre 1863.—En este salón dió un concierto Mr. White, joven violinista que tocó una fantasía sobre motivos de *Nabuco*, y otra de *Trovatore*.

Este año quisieron Gaztambide y Barbieri dar aquí una serie de *conciertos clásicos*, poniendo a 40 reales la butaca, y después de anunciado en la Prensa, por no haber podido avenirse con los profesores de orquesta, tuvieron que desistir de su propósito.

1864.—Don Antonio Romero había introducido una modificación en el clarinete, y el 25 de Setiembre convocó a los aficionados, en el Salón del Conservatorio, a fin de que examinasen detenidamente la reforma del instrumento. Acudió mucha gente, y mereció la aprobación de todos el nuevo clarinete.

Diciembre.—Concierto de órgano expresivo por el profesor Louis Engel. Resultó algo monótono.

1865.—Se constituyó una *Sociedad artístico-musical de socorros mutuos*, que daba algunos conciertos en este local, du-

E. M.—Octubre 1913.

rante los meses de Marzo y Abril, al precio de 40 reales billete. Para que se forme idea de las obras que tocaban, enunciaremos las siguientes, sacadas del programa de una de las sesiones: *Obertura del Conde Egmont*, de Beethoven; Motete del siglo xvi, de Morales; Villancico asturiano del siglo xvii, de Veana; Marcha fúnebre, de Monasterio; *Allegreto scherzando* de la sinfonía en *fa*, de Beethoven, y Sinfonía de *Struensee*, de Meyerber.

1866. Noviembre.—Sociedad de Cuartetos. Dieron seis conciertos Monasterio, Castellano, Pérez y Pla, acompaños al piano por Dámaso Zabalza. Tocaban obras de Haydn, Mozart, Beethoven y demás autores clásicos. Estos conciertos tuvieron aceptación, y la Sociedad siguió funcionando durante muchos años.

*Jardín de Apolo*.—Barbieri era activo, emprendedor, entusiasta por la música. Satisfecho del buen resultado que le había ofrecido la idea de los conciertos del *Circo del Principe Alfonso*, inauguró, en el mes de Julio de 1866, otra serie en el antiguo *Jardín de Pric*, teniendo que vencer la repugnancia que parte del público, sobre todo las señoras, tenía para concurrir a un paraje que había servido de baile campestre. Su buena suerte y las simpatías de que Barbieri gozaba en Madrid lo consiguieron todo, y desde el primer día, es decir, desde la primera noche, se vieron los conciertos favorecidos por lo más aristocrático, elegante, selecto y distinguido del mujeriego de esta corte, que se deleitaba oyendo *Las alegres comadres de Winsor*, de Nicolai; la obertura de *Le roman d'Elvire*, la de *La muta di Portici*; trozos de sinfonías de Beethoven; un precioso duo de arpas por la Teresa Roaldés y su discípula Isabelita Espeso; la redowa *Fleur de Bruyère*, de Ketterer, y otras piezas no menos agradables. Dió 20 conciertos.

*Carreras de caballos*.—El decidido empeño de las dos aristocracias, la de la sangre y la del dinero, iban, aunque laboriosamente, consiguiendo establecer la costumbre de celebrar carreras de caballos en primavera y otoño.



Por el mes de Febrero de 1860, muchos aficionados acudieron a la calle de la Magdalena, núm. 12, establecimiento de caballos a pupilo, a ver uno que habían traído al Marqués de Salamanca. Tenía el caballo 12 dedos sobre la marca, cinco años, bellas formas y perfectos aplomos, y fue el tema de la conversación de la gente de sport durante muchos días.

Las carreras de caballos verificadas en Octubre de 1860 estuvieron muy desanimadas. Concurrieron los Duques de Osuna y de Sesto y el Marqués de Alcañices, retirándose el Duque de Fernán-Núñez y D. Jose Salamanca antes de comenzar la carrera, por enfermedad de los animales que presentaban.

1861. Mayo.—Ganaron los premios: *Duchese y Lovely*, del Duque de Fernán-Núñez; *Neva y Elena*, del Duque de Osuna. La yegua *Elena* dió la carrera más veloz que se había conocido, pues tardó cinco minutos y medio segundo en recorrer las 4.500 varas que tenía el Hipódromo de la Casa de Campo. Para disputar una copa de oro, ofrecida por la Duquesa de Medinaceli, se dió una carrera extraordinaria, en que montaron, vestidos de *jockey*, sus propios caballos, el Marqués de Sardoal (hijo del Duque de Abrantes), D. Fernando Ezpeleta y el Conde de Castellá (hijo del Duque de Bibona). Ganó Sardoal, futuro Alcalde de Madrid.

La Condesa de Scláfani improvisó un segundo premio para los que habían sido vencidos en la carrera anterior; pero dando solamente una vuelta, que comprendía 1.500 varas, pues la carrera a que nos hemos referido fue de dos vueltas, o sea, 3.000 varas. Ganó Ezpeleta. En las carreras generales se habían presentado caballos de los Marqueses de Alcañices y de Villamejor, de los Duques de Sesto y de Frías, y de D. Santiago Tailby. Salamanca se tuvo que retirar, por enfermedad repentina de los caballos que había traído para tomar parte en las carreras.

Por entonces escribía, en el *Museo Universal*, unas revistas de esta fiesta hípica, con el epígrafe de *Examen crítico de las carreras de caballos*, D. Nicolás Casas de Mendoza.

1863. Noviembre.—Presentaron caballos el Duque de Osuna, el Marqués de Alcañices, D. Alfonso Vignolles, el Duque de Fernan-Núñez, el de Frías, D. José Salamanca, el Duque de Sesto, D. Andrés Granada, D. Pedro Ibáñez, D. José Hidalgo, D. Diego Martínez y D. Martín López. Obtuvieron premio: *Vad-Ras*, de Osuna; *Sí*, de Alcañices; *Buckingan*, de Vignolles. Se declaró nula una carrera por haberse rozado un jinete con otro, y, repetida la prueba, ganó la yegua *Samsa*, de Osuna.

La poca variedad que para los no aficionados ofrecen las reseñas de las carreras de caballos, nos hace renunciar a nuestro propósito, sirviendo de muestra las noticias que presentamos, para dar idea del concepto de este espectáculo público en el cuarto período de las *Crónicas* que presentamos al lector.

Las carreras se efectuaban, como hemos dicho, en el Hipódromo de la Casa de Campo, entrando por la puerta llamada de Castilla.

*Circo de gallos*.—Aparece funcionando en 1861 en la calle de Recoletos, casi frente al *Circo de Price*, y próximamente en el sitio que hoy ocupa la calle de Villalar. Los palcos costaban 20 reales; las butacas, 6, y la entrada general, 2.

En 1866 se estableció otro *Circo de gallos* en las afueras de la Puerta de Santa Bárbara, haciéndole al primero la competencia; pero los dos siguieron funcionando hasta la fecha de la terminación de estas *Crónicas*.

*Juego de pelota del Ariel*.—Paseo de la Castellana, cerca de la calle de Fernando el Santo. Figura el anuncio desde 1861 a 1868.

*Polvoristas*.—En 1861 aparece como polvorista Manuel Frías (el Madrileño). Este mismo año se dió una función pirotécnica en la Plaza de Toros, por los ya conocidos Minguet y Llorens, exponiendo *plantones de rotación horizontal y vertical*, una gran fachada de 60 pies de extensión con tres galerías construídas a todo fuego, y un final sorprendente de *volcanes, carcacas, cuerdas de tiros, explosiones, ramillete de volantes y*

una gran *bengala* que iluminó toda la plaza. La función comenzó al anochecer, duró una hora, y la entrada general costaba 2 reales.

*Liceo Piquer.*—El escultor Piquer, que se complacía en proporcionar horas de agradable entretenimiento a sus amigos, construyó un teatrillo en su propia casa, calle de Leganitos, números 30 y 32, y una o dos veces al mes daba funciones, que resultaban muy agradables, y a las que procurábamos concurrir los muchachos de la época. Allí se estrenó, en Enero de 1863, la linda comedia en un acto, de Joaquina García Balmaseda, *Genio y figura*, en la que la autora representó el principal papel.

Ricardo Vega, hijo de D. Ventura, interpretó concienzudamente la comedia de su padre, *El hombre de mundo*, acompañado de Clotilde Lombía.

Ignacio Ovejero tocaba el órgano expresivo; su hermano Pepito, el arpa; Compta y Dámaso Zavalza, el piano; cantaban las Srtas. Elisa y Carmen Güell; recitaban poesías María del Pilar Sinués, Bernardo López García, Picón, Marco, Grillo, Santisteban, el malogrado Arturo Santibáñez y nuestro querido amigo Castillo y Soriano, al presente segundo jefe de la Biblioteca Nacional, sin olvidar a Manuel del Palacio, cuyos discursos, disparatados a propio intento, hacían desternillarse de risa a los concurrentes.

CARLOS CAMBRONERO

(Continuará.)

## LA CATEDRAL DE GRANADA Y DIEGO DE SILOE

---

Siempre se consideró la catedral de Granada como incomparable creación de la arquitectura religiosa. Diego de Mendoza, el poeta y humanista, entonces embajador de Carlos V en Venecia, en Roma y en el Concilio de Trento, la llama, en su *Guerra de Granada*, el más suntuoso templo después de San Pedro en Roma. Y, sin embargo, la conoció en circunstancias desfavorables, pues en la fecha en que vivió (murió en 1575), sólo estaba acabada la parte oriental. Las dimensiones corresponden a los templos de primer orden: el interior tiene 116 por 67,25; el altar mayor, 45 metros de alto por 22 de diámetro. Cuando los puristas de finales del siglo XVI se rebelaron contra el estilo mezclado pretérito, la actualidad les miró con ojos favorables. FERGUSSON la tiene por una de las más hermosas iglesias de Europa, especialmente a causa de su planta característica. Su plan contiene disposiciones que no sólo eran nuevas, sino que mejoraban todo lo hasta entonces conocido; «podía llegar a ser una iglesia que correspondiera mejor que otra alguna a la solemne pompa del culto católico». Su interior parece a los aficionados de nuestros tiempos un «Himno a la Iglesia triunfante».

Rara vez vemos fotografías de este templo; en la gran obra nacional de *Monumentos arquitectónicos*, en vano se busca

una fotografía suya. El viajero en Granada no suele ocuparse de otra cosa que de la Alhambra. Sin embargo, las investigaciones locales nos han proporcionado numerosos e importantes datos de los archivos de la ciudad, que arrojan nueva luz sobre su historia (1).

La iglesia metropolitana de Granada es el primer edificio religioso de España en el nuevo estilo aportado de Italia en 1500. Como inventor de los planos y arquitecto director aparece el que construyó y terminó su parte principal: Diego de Siloe. Esta opinión apoyábase en la tradición y en una inscripción en la piedra sepulcral de su primera mujer, Anna de Santotis (1340), en otro tiempo, en el antiguo Sagrario, donde se dice de ella: «*Por cuya industria se principió esta iglesia el 15 de Mayo de 1529.*»

### Diego de Siloe

era hijo de Gil de Siloe, el último arquitecto gótico de Burgos, conocido por el altar mayor y el sepulcro de los padres de Isabel la Católica, en la Cartuja de Miraflores. Nada sabemos de su educación artística, aunque parece ser que estuvo en Italia y tuvo íntimo trato con Bartolomé Ordóñez.

De los trabajos de Diego en Burgos, el más conocido es la magnífica escalera de la catedral, la *escalera dorada*, que conduce desde la puerta del Norte (la iglesia está apoyada en una colina) a los pies de la iglesia. Es una escalera doble, compuesta de un tronco y cuatro brazos, y de trece escalones. Por el mismo tiempo (1519) ejecutó el altar de Santa Ana y el sepulcro del Obispo Acuña en la capilla de la Concepción; como el contrato prescribía: *a lo romano*. Las figuras representando las virtudes, de los medallones, son de estilo florentino.

Esto es todo lo que se sabe de los comienzos de Siloe en su patria. Se ve que las personas más importantes, por cierto a

---

(1) MANUEL MORENO: *Guía de Granada*. Granada, 1892.

consecuencia de su comercio con Roma, estaban enamoradas del arte italiano, y el hijo de Gil de Siloe fue uno de los primeros españoles que se dedicó al estudio del nuevo estilo. Diez años más tarde le hallamos en posesión de la fama de primer arquitecto español; prestigio que conservó hasta el comedio del siglo, en lo que convienen los escritores y los especialistas. Cuando, en 1539, se vino abajo la cúpula de la iglesia de Burgos y se reunió el cabildo para deliberar sobre su reconstrucción, un arquitecto de Lerma, Bartolomé Pieredonda, que se hallaba allí a la sazón, por casualidad, dirigió un escrito a los canónigos, en el cual aseguraba haber descubierto un método mejor de construcción, y proponía someter a un congreso de los primeros arquitectos del reino su plan. Pero los más expertos y acreditados de aquel tiempo en el arte de *cantería e ximetría* eran cuatro: Diego de Siloe, Maestre Felipe, Rodrigo Gil y Juan de Regines. El maestro Philipp es el borgoñón Vigarne de Langres, que se instaló todo lo más tarde, en Burgos, en 1498, y que debió tomar parte en el plano de la nueva cúpula. El llamado en cuarto lugar fue Juan Gil de Hontañón, de Regines, que planeó la nueva catedral de Salamanca; el tercero, su hijo Rodrigo Gil de Hontañón, constructor de ésta, así como de la catedral de Segovia, la última gran empresa española en estilo ojival.

Este juicio de los técnicos le confirman los autores. El portugués FRANCISCO DE HOLANDA, amigo y admirador de Miguel Angel, le incluye en su lista de corifeos del arte, de las Aguilas, como el decía, especialmente como ornamentista.

El orfebre Juan de Arphe indica a éste (1585) y a Covarrubias como los porta estandartes del estilo de Bramante y compañeros en España. Y el P. Sigüenza, el historiador del Escorial, dice: «Fue el primero que, por su buen gusto, quiso restaurar la nobleza del arte, si bien pecó por recargar la parte ornamental, por no estar penetrado de la perfección y buenos modelos de la antigüedad. Al principio de nuestro siglo, ISIDORO BOSARTE le llamó el más grande talento artístico

que Burgos produjo, si bien sólo adquirió su celebridad en su segunda patria, Granada.

En el año de 1525, Diego de Siloe se trasladó a Granada. Sin embargo, la causa de su llamamiento no fue la catedral. El 2 de Diciembre de 1515 murió en Loja Gonzalo de Córdoba, llamado el Gran Capitán; había elegido para última morada la Iglesia de San Jerónimo. Ya, en 1494, Isabel había fundado un convento al lado de la iglesia de los Jerónimos; pero hasta 1519 no se puso la primera piedra de la iglesia en el sitio que hoy está, y en 1523, la viuda de Gonzalo, Duquesa de Terranova, dió los pasos necesarios para asegurar el edificio en favor de su proyecto. En reciprocidad se comprometió a pagar los gastos de terminación del edificio; tratábase del coro, en la parte oriental, de la nave y de la capilla del altar, en cuyo centro se había de instalar la tumba.

En España entonces se adornaban estas obras de coros, sacristías y capillas mortuorias profusamente, con innumerables figuras de plástica rica y sin límites. En San Jerónimo se acordó substituir la pintura, bastante mala por cierto, por estatuas y relieves. En Italia, hasta donde había llegado la escuela de los escultores españoles, se tenía tal profusión de esculturas por mal gusto. La iglesia de los Doria, San Matteo, en Génova (1543), en comparación resulta cosa sencillísima. Por consiguiente, se necesitaba no sólo un arquitecto, sino un escultor de mucha inventiva, y fue una suerte encontrar al único hombre que reuniera estas condiciones: Diego de Siloe. Era hijo de un escultor; el contrato para la escalera de Burgos le llama aún *Imaginario*. Este trabajo debía retenerle durante muchos años en la ciudad, circunstancia que tuvo importantes consecuencias para la renovación artística de ésta.

### **Principios de la catedral.**

La opinión corriente hasta aquí de que el nombramiento de Siloe para Maestro mayor de la catedral en el año 1529, señala

el comienzo de la historia de este edificio, ha ido cayendo cada vez más, hasta demostrarse como inexacta. Ya se sabe que la determinación de construir un nuevo edificio, el bosquejo de los planos, se remonta a la primera década del siglo. Para la comprensión de la actual iglesia, es de importancia el saber que su primera idea nació en los días en que aún dominaba el estilo gótico, y que su plan nació en el cerebro de un gótico.

Dos noticias muy decisivas en este asunto corrían impresas desde hace tiempo, aunque no habían sido estimadas. El embajador veneciano cerca del emperador Carlos V, durante su residencia en Granada, Andrea Navagero, en su diario de viaje, que dirigía en forma epistolar a su hermano, hablaba ya, en 31 de Mayo de 1526, de una iglesia principal en construcción. *La Chiesa maggiore, che si fabbrica, sarà vicina a questa capella (Reale)*. Y un testigo ocular, LUIS DEL MARMOL, en su *Historia de la rebelión*, señala, en el 25 de Marzo de 1523, la fecha en que se puso la primera piedra.

Pero ya antes se habían celebrado consejos y se habían hecho preparativos. Empezaron con la determinación de la reina Isabel de trasladar la capilla real mortuoria, entonces en Toledo, en la iglesia de franciscanos de San Juan de los Reyes, construída por el arquitecto Guas de Bruselas, a Granada. Entonces (1504) cuando poco antes de su muerte mandó edificar (de ello habla en su testamento) la gran Capilla Real, en la parte oriental de la mezquita, por aquel tiempo erigida provisionalmente en catedral, pensó también en reemplazar este edificio morisco, demasiado estrecho para iglesia metropolitana, por una nueva iglesia en la parte del Norte. Esta nueva iglesia debía correr pareja con los templos de Toledo y Burgos.

A la muerte de la esforzada princesa fue provisionalmente habilitada como capilla real mortuoria la Capilla Real (1506 a 1517), pues los trabajos de la catedral iban muy despacio. Parece ser que se vaciló mucho tiempo entre el suntuoso plan del rey Fernando y otro más modesto. El arzobispo se deci-



dió por éste a la muerte del rey Fernando, quizá porque supuso que el otro exigiría largo tiempo para su ejecución.

Una carta del rey al Adelantado de Granada, Conde de Tendilla del año 1509, confirma el proyecto real del Occidente, no fue otro que el que por fin se realizó.

Hasta doce años más tarde, en 1521, no se tomó resolución definitiva. El 8 de Marzo, el cabildo nombró de su seno una comisión de edificios; envió (el 26 de Abril) a Rodrigo Hernández, maestro mayor de las iglesias del nuevo arzobispado, al Adelantado cardenal Adrián de Utrecht, e invitó a los arquitectos de Toledo y Salamanca, Enrique de Egas y Juan Gil de Ontañón, a que se trasladasen allí. De la llegada del último nada se sabe; pero Egas tomó en seguida la dirección de las obras. Apareció cuatro veces, en 1521, 1524, 1527 y 1528 en Granada, estando en esta ciudad cada vez cosa de un mes, y en la segunda visita (24 de Mayo de 1524), se le llama ya *Maestro maior del edificio desta santa Iglesia de Granada*. En 1522 fue encargado el canónico obrero Gaspar de Fuente, de la tasación y compra de casas y de la adquisición de materiales. A esto siguió la colocación de la primera piedra por el obispo de Alessio, Fr. Fernando de Rojas. En Abril de 1527 se acarrearón grandes masas de piedra de construcción, y Egas suministró los modelos y los planos.

Mas después surgió repentina interrupción. El pintor Pedro Vázquez fue llamado a informar sobre una tasación; el 15 de Mayo de 1528 se suspendieron los trabajos en piedra; Egas, que emprende un viaje en Abril, no regresa. No tenemos ninguna indicación acerca de los motivos de esta desaparición; pero el mismo año aparece en su puesto Diego de Siloe, el arquitecto de San Jerónimo. El 20 de Octubre empieza un gran modelo en madera, en el cual le ayudan tres *ensambladores* franceses, y un *entallador* español.

Su elección y su modelo implican, sin embargo, contradicción. No era de extrañar que los amantes de lo antiguo se indignasen. Quizá fueran los capellanes de la Capilla Real los

que alegasen que el nuevo estilo de su iglesia iba a recibir perjuicio, es decir, que el orden corintio de Siloe estaba en desarmonía con los monumentos funerarios terminados por él once años antes. Quejáronse al emperador. Este, aunque tres años antes había empezado en la Alhambra un palacio al estilo italiano del Renacimiento, expidió ahora una cédula indicando al capítulo «que no hicieran la obra de la catedral *al romano*». Pero el propio arquitecto fué a la corte y trató el asunto (21 de Enero de 1529), con tal maña que pudo empezarse la obra según sus planos.

De estos acontecimientos se infiere con toda verosimilitud cuál fuera el motivo del relevo del primer arquitecto. Parece ser que su lugar de residencia era en la lejana Castilla, lo que daría lugar a no pocos embarazos. Sin embargo, los arquitectos de entonces emprenden a un mismo tiempo obras en lugares apartados. Pero el motivo decisivo debió ser la impresión que causaron los planos de Siloe para San Jerónimo, que tenían todo el encanto de la novedad y de la elegancia de formas. Por consiguiente, sin la circunstancia de su presencia en la ciudad, Granada hubiera construído una catedral gótica a imitación de las de Salamanca (1513) y Segovia (1525).

Difícil es contestar a la pregunta de en qué estado de las obras se cambió de maestro director. Pues lo que ya existía hecho tenía necesariamente que poner límites a la fantasía del nuevo maestro, y las consecuencias no le podían ser imputables. Si bien en aquellos cinco años, a partir de la colocación de la primera piedra, se trabajó muy despacio y con grandes interrupciones, sin embargo, los cimientos de la parte oriental no podían ser ya levantados. A nadie se le ocurrió ciertamente introducir modificaciones en el plano, a pesar de haberse discutido casi durante veinte años; tampoco exigían las novedades ansiadas nuevas disposiciones de espacio, sino que eran solamente formas de expresión.

Llegamos ahora al punto crítico que esclarece la prehistoria recientemente descubierta de la catedral, a saber: que el

autor primitivo de los planos y proyectos, no fue Siloe, sino su predecesor, Enrique de Egas, cuyo nombre no aparece en nuestra historia hasta el año 1521. Pero sabemos que había edificado en los años de 1506 a 1517 la antigua Capilla Real; ¿a quién otro podía encomendarse el primer bosquejo de la catedral? También el Real Hospital, fundado en 1504, era obra suya.

Una ojeada sobre el plano nos cerciora de que se había conservado al Oriente otro plano más antiguo que el de Siloe. Muestra la disposición de una catedral gótica del siglo XIII. Pero, aún hay más: este plano es, en su mayor parte, una copia del antiguo de 1227 de la catedral de Toledo, en la cual, Enrique de Egas estuvo empleado de 1495 a 1534, como maestro mayor. Corresponden con él: la quintuple nave, cuyas cuarta y quinta galerías continúan en la rotonda; el rosario de capillas con sus alternancias de capillas poligonales anchas y estrechas; el crucero comprendido en la línea del muro exterior. La distribución de otras partes se ha alterado.

### La rotonda.

Las anteriores indicaciones acerca de la semejanza del primer plano con el de Toledo no satisfacen, sin embargo, en un punto. En efecto; mientras la tangente de la nave central se continúa al otro lado del arco de triunfo en la misma dirección de los pilares del altar mayor, aquí toma una dirección hacia fuera; el altar mayor, en vez de ser, como el de Toledo, en forma ochavada, tiene aquí forma decagonal. El decágono debía terminar por arriba en la bóveda; mas por abajo, tres de sus lados desaparecen por el arco triunfal.

Sin embargo, este decágono incompleto debía dar la impresión de una rotonda. La terminación del decágono en forma redondeada y su vivificación por medio de arcos figurados fue obra de Siloe. La rotonda está dividida en dos pisos. El infe-

rior está formado por columnas corintias empotradas, que son continuación de los pilares de la nave y que forman entre todas doce, contando las agrupadas bajo el arco triunfal. Estas columnas sirven de unión a siete arcadas que se abren al claustro, y sobre las cuales queda aún espacio para siete tribunas alargadas, que primeramente estaban destinadas para nichos mortuorios y después fueron adornadas con pinturas representando a los doctores de la Iglesia. Este piso inferior está coronado de un friso con grotescos.

En el superior, en que se repite el orden corintio, hay, bajo las vidrieras arqueadas, nichos en forma de retablos, para los cuales pintó Alonso Cano sus siete grandes cuadros de los *Gozos de María*. Encima, la bóveda de la cúpula, y ventanales también en forma de arcos.

Ambas series de ventanales arrojan sobre el recinto y sobre los cuadros de Alonso Cano un torrente de luz, apagado, sin embargo, por la vidriera coloreada del siglo XVI. La serie inferior es de Teodoro de Holland, de Flandes; las de arriba están hechas por Juan del Campo sobre dibujos de Siloe.

Muy importante y muy pictórica es la vista exterior de esta parte oriental mirada desde el Albaicín, desde donde aparece como el edificio más alto de aquel mar de casas de la vieja ciudad morisca. En este triple anillo de capillas, claustro y cúpula, acorazado de una triple hilera de pilares, coronado de la decagonal pirámide con dobles linternas, la superposición de las ligeras y aéreas formas del *chevet* nórdico-francés, sobre las macizas y pesadas del estilo de transición, hace el mejor efecto como sello de incommovible firmeza.

Ahora bien, esta rotonda presta a la catedral su peculiar y, por decirlo así, personal fisonomía. La distribución material y la construcción tiene también una significación litúrgica. Afirma un lugar sobresaliente en la serie de ensayos de enlazar elementos de forma central con el plan basilical, problema que ocupó a la arquitectura religiosa durante toda la Edad Media, más en el Sur que en el Norte.

De la serie de catedrales de estilo francés, a la cual pertenecería por el plano, destácase con su capilla del altar mayor, que no es ya sólo, como en los primeros tiempos cristianos, una continuación de la nave, sino una terminación redondeada. Se ha desarrollado dentro de la iglesia como un templo nuevo y aparte. Su unión con la parte occidental por el arco triunfal produce el efecto de una poderosa puerta que abre espacios inesperados.

Con esto no se obviaba un inconveniente. Es verdad que el servicio divino era visible desde la nave, pero la perspectiva sufría una interrupción. La parte del Oeste era sacrificada. Sin embargo, la fantasía suplía la parte oculta a la vista, y rodeaba a la vez la capilla del encanto del secreto. Pero desde el ancho claustro y por sus siete arcos descubriase toda la rotonda al visitante; y entonces nació la idea de un santuario, un templete de expresión particularmente solemne. Dejaba a la vez gran espacio para el coro, el cual se encontraba allí en los primeros tiempos, y sólo posteriormente fue trasladado, según la costumbre dominante, a la nave.

¿Fue este notable plan invención del primer arquitecto, del arquitecto gótico Egas, o es, como generalmente se supone, propiedad de Siloe, esto es, una variación introducida en el primer proyecto?

Moreno pretende lo primero; según él, lo único que Siloe hizo fue substituir la antigua forma poligonal del altar-capilla por la forma cilíndrica. En cambio, el carácter renaciente de la forma central parece deponer a favor de la otra opinión; también la unión del nombre de Diego Siloe con Bramante, en el citado pasaje de Arphe, pudiera ser una prueba de ello.

Sin embargo, no encontramos en el plano huellas de variaciones de segunda mano. Está hecho de una vez. No se propone adaptarse a las formas tradicionales. El círculo interior está en armonía con el medio decágono del claustro, hasta en la serie de capillas. *No dome es, in fact, se constructively arranged*—dice FERGUSSON.

Sin embargo, en favor de la paternidad de Egas hay más de un argumento.

La forma central no estaba, en manera alguna, fuera de su círculo de idea. Por aquel mismo tiempo hizo tres edificios monumentales, con plano central: los grandes hospitales de Santiago, Granada y Toledo.

La forma practicada por él en gran medida de capilla, de altar o altar mayor (los siete lados de un decágono; esto es, la forma de arco de herradura), ya la encontramos en la gótica. A nosotros los alemanes nos es conocida: la iglesia de María del Prado, en Soest; el convento de Berlín, la iglesia de San Juan, en Brandeburgo, etc. Con ocasión del convento, SCHNAASE observa que esta distribución es de efecto muy ventajoso, pues da al coro una situación más libre y aérea.

En la citada carta del rey al Conde de la Tendilla, del año 1509, la capilla del altar mayor es llamada *ochavo*. Ahora bien; al actual plano no puede adaptarse un ochavo regular (cuyos lados igualen el ancho del arco del triunfo).

Sin embargo, la forma central presupone la expresión: estaba dado por el número ocho de los soportes (en efecto, sólo formaba un polígono irregular).

El pensamiento de una capilla central se relaciona con el movimiento de los últimos tiempos de la gótica española del siglo xv; parece penetrarle.

Sabido es el valor que los españoles atribuían, desde los tiempos románticos, a la cúpula cuadrangular en forma de linterna, con alto tambor taladrado con dos hileras de ventanas, si bien estos cimborrios ofrecían muchas dificultades. Por otro lado, la predilección por las grandes capillas octogonales crecía. Se trataba de acomodarlas a los antiguos planos de las catedrales; sin embargo, sólo en Oriente pudo conseguirse algo de esto. Esto sentado, bien pudiera habersele ocurrido a un arquitecto fundir estas dos ideas, convirtiendo la capilla mayor o central en un ochavo. El gran ochavo oriental que poseían, Toledo en la capilla de San Ildefonso y Burgos en la capilla del

Condestable, hasta entonces un mero apéndice, fue ahora, unido con el claustro y las capillas, convertido en santuario. La cúpula cuadrangular, de significación meramente ornamental, fue convertida en un gigantesco baldaquino, en un cimborrio como en San Pedro la cúpula sobre la Confesión.

Que Siloe aprovechó algo del plano del primer arquitecto, lo confirma la circunstancia de que la acomodación a su nuevo estilo no se ha conseguido por completo. El arco triunfal se articula con las pilastras y cornisas de manera poco estética y en cierto modo inorgánica, y su intradós se estrecha demasiado por la inclinación penetrante de la cúpula.

Podemos hacer algunas conjeturas técnicas para suponer de qué modo pensó Egas articular el ochavo con el arco triunfal; pero la actual catedral también debe a su plan su efecto especial. Si éste hubiese sido ejecutado en la forma imaginada, hubiera perdido, quizá, la iglesia parte de su belleza, aunque por otro lado hubiera ganado en unidad de estilo. En cambio, tenemos ahora un cuerpo gótico vestido clásicamente: un cuadro hermafrodita como San Eustaquio, en París. A los despreocupados, la primera impresión no puede menos de causarles extrañeza. Y si se arroja una mirada a la Capilla Real, pocos años más antigua, que expresa de manera tan insuperable el espíritu romántico y el brío de los tiempos pasados, difícilmente nos entusiasmaremos con esta variación de estilo tan extemporánea.

Fue una fortuna que las formas de transición de Siloe, gracias al sentido conservador del capítulo, se mantuviesen durante toda la construcción, que duró todo el siglo xvii. Así, por ejemplo, las bóvedas reticuladas y poliédricas de la nave central que se terminó en el siglo xviii. Naturalmente, son bóvedas cupulares, pues las nervaduras sólo tienen una significación decorativa. La impresión clásico-moderna se debe a los pilares, los cuales son de orden corintio, de plano cuadrangular con saledizos y medias columnas. Realmente, son una traducción poco clásica de los haces de columnas góticas en el or-

den antiguo. Como éste tiene sus fijas proporciones que las medias columnas, en caso de haberles dado toda la altura de los pilares, hubiesen superado; el arquitecto, cortando un trozo considerable arriba y abajo, configuró la parte inferior para postamento, haciendo de la superior una especie de apéndice. Es la misma conformación que introdujo Brunelleschi en su moderna basílica de columnas de San Lorenzo. Este sistema fue introducido en interés de las proporciones clásicas, y aquí produce mejor impresión que en Florencia.

La catedral de Granada, a pesar de la gran admiración que produjo (se le llamaba la octava maravilla), no dió ocasión a ninguna verdadera imitación. El espíritu del tiempo conducía a la imitación de los modelos italianos que ahogaba toda invención original. Pocos años después de terminarse la bóveda del ochavo, empezó Felipe II El Escorial, cuyo autor había hecho su aprendizaje en el San Pedro de Roma.

Sin embargo, esta posición aislada no perjudica en nada a su importancia, al contrario de lo que sucede en Santa Sofía; el valor de una edificación no se mide por el número de sus imitaciones o por el influjo que ejerciera en su tiempo. Sólo un ejemplo conozco en España de esta arquitectura: la iglesia de San Salvador, en Ubeda, edificación de Valdevira, en donde la capilla del altar mayor también tiene la forma de una rotonda.

### Continuación y conclusión.

Diego de Siloe dirigió la construcción del edificio durante una generación entera, y aún pudo ver la terminación de la capilla mayor, su obra maestra. Durante estos años, y ayudado por muchos discípulos de talento, puso su sello en la plástica y en la ornamentación.

Arriba, en el arco triunfal, se ve una tabla con la inscripción ANNO 1552; año de su terminación. Siete años más tarde, la cúpula estaba cerrada; el 17 de Agosto de 1560 empezó el culto. Por lo demás, también proceden de Siloe los muros y la



portada del Norte y su capilla, las paredes maestras de la torre y la parte más importante de la fachada. Por el Sur, la nave se apoya en la Capilla Real y en la mezquita. Por lo tanto, el interior de la iglesia estuvo en uso desde mediados de siglo. Por el contrario, el resto del edificio duró todavía siglo y medio. El vértice de la nave transversal del Sur terminó en 1614; el del Norte, en 1637. Los pilares y la bóveda de la nave principal sólo se terminaron en el fin de aquel siglo, y por último y últimamente la cuadratura, en substitución de las pequeñas cúpulas pensadas equivocadamente al principio. La fachada trazada por Alonso Cano revela en sus elegantes relieves un origen francés este último tiempo; sus tres poderosos arcos figurados debían estar divididos, según el plan primitivo de Siloe, en tres y cuatro pisos y adornados con columnas. Un italianismo un tanto menos feliz de Siloe, fue la posición aislada y lateral del campanario (al que por cierto se había proyectado un pendant) en contradicción completa con el uso español, el cual perseveró hasta los tiempos más modernos y precisamente en las catedrales que tienen más parentesco que la de Granada, como son las de Málaga y Jaén, en las cuales las torres están unidas a la fachada.

Mas faltaría al lector paciencia para seguir la larga historia de este edificio, si bien aparecen en ella nombres tan conocidos como el de Alonso Cano; sin embargo, no renunciaré a dar aquí algunas noticias de la vida del primer arquitecto.

En la conocida inconsistencia de la Hacienda española, la construcción de un edificio de tan gigantescas proporciones tenía que hallar dificultades como en ningún otro país. Los documentos antiguos nos revelan singulares historias. Cuando se trata de cubrir la cúpula, faltó dinero y se pidió al cabildo de Toledo un empréstito de 9 a 10.000 ducados. Este tuvo que afianzar a favor del arquitecto todo lo que tenía hipotecable. En otra ocasión (Octubre de 1553) los obreros se declararon en huelga; el viejo maestro se puso a su lado, porque realmente, habiéndose subido los precios de los artículos de primera

necesidad, no podían vivir con el jornal que se les venía pagando. El cabildo, irritado por el desconocimiento de su autoridad, suspendió los trabajos y prohibió al arquitecto todo trato con sus obreros; sólo podía ocuparse con sus planos. Sin embargo, esto duró solamente cuatro días.

Por el contrario, en la primera década, cuando los muros apenas podían haberse elevado hasta las primeras cornisas, se habían erigido al Norte de la nave y del crucero dos ricas portadas: la de San Jerónimo (que lleva en una tablita la fecha de 1532, y en otra parte más moderna la de 1639), y la Puerta del Perdón (1537). A estas hay que añadir la de la sacristía (1532).

La Puerta del Perdón está enfrente de la portada de la Capilla Real: el arquitecto debía demostrar que también la *obra al romano* podía competir con el entronizado estilo gótico. Esta puerta recuerda de manera chocante a la puerta del Sur del palacio de Carlos V en la Alhambra, ejecutada en noble estilo lombardo por el genovés Niccoló da Corte en 1537; probablemente, pensó Siloe en remediar su estilo ornamental, un poco austero para el gusto andaluz, con sus grotescas fantasías. En todo caso quiso echar el resto: se ha llamado a esta puerta su obra maestra; es también el único trabajo que firmó con las iniciales de su nombre. La tablilla, tantas veces repetida, con la S, puede considerarse como la signatura del arquitecto para todo el edificio.

La organización de la pared encerrada entre dos columnas está coronada por una magnífica decoración heráldica: las armas del emperador y de los Reyes Católicos. De los fustes de las columnas corintias cuelgan, de unas guirnaldas de frutas, unas tablillas en las que se lee la divisa imperial *Plus ultra*. Las dos grandes figuras de los ángulos, la Fe y la Justicia (sostiene la tabla con la inscripción), acreditan al maestro de inspirado escultor. Los rasgos de estas alegorías son vivos e individuales; la posición, los paños, una sencilla clámide pictórica, son dignes del arquitecto.

Por consiguiente, aquí se empieza con lo que en otras partes se suele dejar para lo último. Pero como los fundadores de entonces no podían esperar ciertamente ver terminada su catedral, ni siquiera la generación siguiente, querían por lo menos recrearse en la lujosa dedicatoria, y en el título del libro del cual no se había escrito aún la primera página. Era a la vez un testimonio accesible a todo el mundo de que habían escogido al arquitecto único para aquel edificio. Feliz pensamiento; pues ¿qué hubiéramos recibido si aquella puerta se hubiera construído en el siglo xvii?

Podemos imaginarnos la impresión que harían estas portadas de Siloe al pie de la Alhambra. Pronto se vió rodeado de una banda de imitadores. Aún hoy las fachadas platerescas desempeñan un papel muy importante en la fisonomía de la ciudad. Aquí estará muy en su lugar una palabra sobre su tipo.

Entre pilastras y grupos de columnas, abrese la puerta en suntuoso arco semicircular, y en sus esquinas se ven bustos de apóstoles y medallones con cabezas de ángeles. Sobre la puerta una tabla relieve, o una imagen de la Virgen rodeada de fríos motivos ornamentales: grifos, volutas con hojas de acanto, con terminaciones de cabezas y pies de animales. A derecha e izquierda, sobre las columnas, candelabros monumentales con encrespadas llamas. El elemento monstruoso absorbe y deja en segundo término el vegetal. En el friso se observa un movimiento rítmico ondeado de los grupos: centauros, dragones, carneros, que salen de cálices, y que sostienen como animales heráldicos un vaso o cualquier emblema. En los fustes de las columnas la configuración vacila y cambia como un sueño, y aun dentro de esta configuración, nuevos monstruos, esfinges, harpías, cigüeñas, mientras en lo alto una barbuda máscara nos enseña los dientes.

Estos delirios plásticos son indudablemente de efecto pictórico, pero están en casi enigmática contradicción con el destino del edificio. Apenas aquí y allá aparece un símbolo religioso. Su encanto está en la perpetua confusión, en lo movedizo

de las líneas, en la vida plástica de este cuadro fantástico, en la elegancia del modelado y en la fina proporción de las partes con el todo.

Pero nos equivocariáramos si nos representásemos al maestro cautivo en el gusto grotesco. Se deja llevar de la corriente de la moda que él mismo había traído. Pero en el fondo conserva, como todo artista de sus conocimientos, la medida de las proporciones clásicas del monumento, la unidad y la totalidad del buen arquitecto. Sólo admite lo que no se halla en Vitrubio, por compromiso. Si temperamento original, el genio del lugar era más poderoso que el sistema. Pero en medio del creciente éxito, se revelaba a veces la conciencia del puro renacentista, aguzado quizá por el palacio del emperador de la Alhambra que tenía ante sus ojos. No pudo ocultársele entonces que falsificaba el arte.

Hasta poco tiempo hace, Granada poseía aún un edificio, ejecutado por él en el año cuarenta, según principios completamente distintos. Era el mirador de Bibarrambla, edificio destinado a tribuna para los magistrados en las grandes fiestas tradicionales desde tiempo de los moros. Una fachada con tres pisos, con arcadas dóricas, jónicas y corintias: encima un Attika con diez ventanas y destinada a las armas imperiales.

En un documento de 1540 declara querer mostrar aquí las proporciones que usaban los celebrados maestros griegos y romanos. Con aquella obra quería sobrepujar todo lo que se había hecho hasta allí en la ciudad. Nada inestético, nada antiartístico debía mezclarse allí. Esto suena a confesión de que hasta entonces se había dejado influir por aquellas tendencias que moraban en el vestíbulo del verdadero arte. Y, en efecto, en dicho mirador se muestra tan austero en la ornamentación, que con frecuencia ha sido atribuido a Herrera, el arquitecto de El Escorial, el antípoda del estilo plateresco. Un incendio puso fin en 1879 a este monumento de tardío arrepentimiento.

En 1562 comprendió Siloe que sus días estaban contados,

y en 31 de Enero de 1563 dictó su testamento. Dejó por heredero universal, aparte de numerosos legados y fundaciones, al Hospital de San Juan de Dios. No podemos puntualizar el importe total de su fortuna; pero se sabe que en su segundo matrimonio (1541) el inventario ascendía a 4.311.836 maravedís. Dejó a su viuda, Ana de Bazán, además de su dote, el usufructo de la casa por vida, con mobiliario, esclavos y esclavas, tapices, ropas, etc., como también una copa de plata con cuatro asas. Aún existe la tal casa en la *calle Angosta de la Botica, 5*; tiene un patinillo con tres atrios; en el arco exterior se leen las palabras: *Aperi mihi Domine portas justitiae*. La viuda se casó más tarde con su sucesor, Juan de Maeda, al cual dejó: los planos y dibujos, con exclusión de los cuadros de devoción; dos anatomías (un brazo y una pierna), utensilios y armas dejadas a la viuda. Sus ayudantes fueron obsequiados con dotes para las hijas. Anteriormente se le había asignado una cripta en el coro de la catedral, con una «modesta inscripción». Pero él eligió para última morada la parroquia de Santiago, donde su pariente Gonzalo Gutiérrez poseía una capilla. Dotó a la capilla en cien ducados para compra de ornamentos; el capellán recibió una renta de mil doscientos reales, y el propietario de la capilla su pequeña armería. También destinó un legado a la catedral de su ciudad natal, Burgos, y a la iglesia de San Pedro de la Fuente, donde había recibido el bautismo, un cáliz.

Murió el 22 de Octubre de 1563.

## APENDICE

### El fin de una antigua puerta.

Paseábase el rey moro  
por la ciudad de Granada  
desde la puerta de Elvira  
hasta la de Bibarrambla.  
¡Ay de mi Alhama!

¿Quién no conoce el trágico (*muy doloroso*) romance con el estribillo: «¡Ay de mi Alhama!», el romance del rey moro que

perdió Alhama, por lo menos de la traducción de lord Byron. De él se dice que en otro tiempo estaba prohibido cantarle bajo pena de muerte. La puerta de Bibarrambla, a la cual volaba el viejo Muley Hacem, excitado por la noticia de la derrota, fue a menudo celebrada por los poetas árabes. La plaza de igual nombre, que está adyacente, era donde se celebraban, en tiempo de los moros, los torneos y las fiestas. Es la única de las puertas de Granada que ha llegado casi intacta hasta nuestros días.

Ultimamente era conocida bajo el nombre de *puerta de las orejas*, y también de las manos y del cuchillo, a causa de los crímenes que allí se cometían; por último, se llama del *arenal*, de la arena que deja el Darro en sus crecidas.

Por la semejanza de su estilo con el de la *puerta judicial*, procedería de la mitad del siglo XIV.

El gran arco de herradura de la entrada, apoyado en mármoles luchadores con preciosos trabajos en la bóveda y dintel, conduce a un espacio abierto destinado a defensa. Luego siguen tres pequeños arcos unidos por bóvedas. Sobre el segundo encontramos un buen cuadro de la Madonna de la Rosa, fundada por la católica Isabel, cuyas ruinas se pueden ver en el Museo.

Cuatrocientos años después de aquella catástrofe (1482), todavía estaba de pie, y hablaba de días pasados y antiguas historias; después cayó bajo la piqueta demoledora. Cómo sucedió esto, lo podemos saber por una inscripción, que también debemos leer nosotros para edificarnos:

«Breve reseña de los monumentos y obras de arte que ha perdido Granada en lo que va de siglo. Por D. MANUEL GÓMEZ MORENO. Granada, 1884.»

Cuando hace ocho años estuve yo en Granada, propúsome el Dr. Leopoldo Eguílaz, profesor de lenguas orientales en la Universidad, llevarme a casa del pintor Moreno, como el más inteligente en antigüedades artísticas. En D. Manuel hallé el hombre soñado por un viajero de mi índole. No sólo sabía el

lugar, el autor y la fecha aun de lo más oculto, sino que se acordaba de lo que hacía largo tiempo había desaparecido. Y aquel hombre no había perdido el tiempo. De joven, no había exteriorizado su entusiasmo por su ciudad y su patria—que no amenguó un viaje a Roma—como allí se suele hacer, en sonoros discursos y rimas, sino que lo empleó como fuente de energía para trabajos empeñadísimos. Recorrió la ciudad y la provincia de punta a punta, visitando lugares en donde jamás viajero alguno había puesto la planta, pasando días enteros con su álbum delante de retablos olvidados, rebuscando prolijamente todo lo que había en Granada en los archivos de las iglesias, hospitales, hermandades, palacios. Pero le faltaban los medios de publicar sus descubrimientos. Para tales asuntos no hay allí lectores. Mientras que los sabios oficiales de la capital podían ver impresas sus magníficas *Monografías* (que pueden servir de argumento contra el axioma de *Ex nihilo nihil fit*) en lujosas ediciones, nuestro excelente pintor se daba por muy contento con publicar sus investigaciones en las columnas de un periódico local. Así salieron a luz sus trabajos sobre Diego de Siloe, el arquitecto de la catedral y de la iglesia de San Jerónimo; sobre Julio y Alejandro, los fresquistas de la Alhambra, y sobre la vieja ciudad de Medina Elvira. En su artículo «Palacio del Emperador Carlos V», Madrid, 1885, sacó a luz por primera vez su larga y trágica historia del archivo de la Alhambra.

Si ciertamente se puede considerar como una dicha vivir tales estudios en un lugar como aquel, casi el único, y hacer luz poco a poco sobre estas cosas, que de lo contrario hubieran permanecido enterradas en la obscuridad y en el olvido, no hay que negar tampoco que no carezca de experiencias que amarguen la vida de un amigo del arte. Los mismos extranjeros que se han preparado para ver Granada en los libros de los viajeros de hace cien años (como Cean Bermúdez), se sienten descorazonados por la multitud de cosas que ya no encuentran en su sitio. ¡Cuánto más los naturales, que ven desaparecer lo

que les era querido y se encuentran metidos en cuestiones la mayor parte de las veces estériles!

El proceso de destrucción de los monumentos artísticos de Granada en el siglo pasado se consumó en varios períodos, como tres sacudidas de un temblor de tierra que dura minutos y que deja tras de sí un montón de ruinas. En primer lugar, la estancia de los mariscales napoleónicos (1810-1812), durante la cual (fuera del pillaje) cayeron, entre otros, seis importantes edificios. A pesar de todo, la ocupación extranjera no fue, ni con mucho, tan fatal como la *exclaustración* del año 1835. La moderna máquina administrativa trabaja en tales casos con mucha mayor fuerza destructiva que la soldadesca en los países conquistados. Trece grandes edificios, la mayor parte iglesias, fueron vendidos para la demolición; otros, adquiridos por particulares, fueron reedificados o desaparecieron en el curso de los años. El botín literario-artístico fue dilapidado con tal despreocupación, que da un extraño concepto del grado de ilustración de las personas más distinguidas. ¡Qué ocasión se dejó pasar de enriquecer las bibliotecas provinciales y los Museos! Todo, edificios e inventario, quizá también las custodias, pudo entonces regalarse. Los libros fueron vendidos al peso y en montón; el que rebuscaba pagaba un precio alto; preciosas encuadernaciones habían sido arrancadas para vender los broches y las tablillas a los prenderos. El pergamino de los libros de coro cayó en manos de los encuadernadores y fabricantes de cola. Cada cual imaginó un procedimiento para vender los muebles y los retablos. Después aparecieron tratantes extranjeros que se llevaron los cuadros elegidos. Realmente estaban destinados para el Museo de Santo Domingo; pero esta galería de cuadros produce la impresión de que sólo se hubiese dejado en ella lo que se desesperaba de poder vender en Inglaterra. Moreno contó sesenta y un cuadros de Alonso Cano desaparecidos.

La tercera catástrofe se produjo en la Revolución de 1868, y la declaración de la ciudad en *Cantón independiente* en el



año de 1873. Entonces se espigó en lo que los años de 1812 y 1835 habían dejado. El convento de la Santa Trinidad fue deruido para dar trabajo a los operarios. Un cantero hizo al *Comité de salud pública* la proposición de derribar la histórica iglesia de San Jerónimo que guardaba el sepulcro de Gonzalo de Córdoba, para emplear los bloques en el abovedamiento del río Darro. Entonces cayó San Gil, que, además de otras rarezas, poseía preciosos techos y una portada de Diego de Siloe, a pesar de la protesta de la Comisión de Monumentos.

Pero lo que el extranjero no puede comprender son los derribos proseguidos en la actualidad de las supervivencias del tiempo de los moros. «Pues estos monumentos dan a Granada su carácter peculiar; con cada monumento de esta clase pierde Granada algo de su encanto para los artistas y viajeros.» Pero no se crea que entran aquí odios religiosos ni de raza. Hasta parece a veces que el español se siente más emparentado con el estilo morisco que con el gótico o el plateresco, y no sólo desde FORTUNY. Se ha leído y traducido a WASHINGTON IRVING; se ha oído cuanto se sabe desde OWEN JONES de la Alhambra, en cuanto a la ornamentación y policromía. Los portfolios arábigos en la obra nacional *Monumentos arquitectónicos* no dejan nada que desear; hasta se ha llegado a acostumbrar a venerar la herencia de los antiguos dominadores como monumentos nacionales, y en las exposiciones mundiales, España aparece con la mascarilla morisca.

MORENO temía, con razón, que en pocos años ya no quedara más de este género que la Alhambra. Aun al principio del siglo anterior, los antiguos barrios del Albaicín y de la Alcazaba estaban formados por casas moriscas. Entre ellas, el Hospital, *Casa de la moneda* y *Casa de las monjas*, que recientemente fue dividido por su poseedor, y vendido en trozos. Hoy casi todo ha desaparecido. Ya THEOPHILE GAUTIER, que estuvo allí en 1840, expresa su desengaño a causa del aspecto trivial a que habían traído la ciudad «tres años y las devastaciones de los filisteos».

Sin embargo, este hecho contradictorio de que se derriben los más antiguos y puros modelos de un arte arquitectónico, mientras se hacen al mismo tiempo imitaciones modernas con grandes gastos, aparece también en otras partes.

Aquel extraño celo estético se volvió ahora con especial viveza hacia las antiguas puertas de la ciudad, de las cuales, la Granada árabe poseía veinte. A este género pertenecen los más estimados trabajos de los alarifes, que son hoy mismo para los arquitectos fuentes de enseñanza. En otro tiempo, oí yo en Toledo a uno de ellos (que por cierto era completamente ajeno a aficiones históricas) expresarse así: «Todo esto es muy bonito, pero nos enseña poco. Excepto la Puerta del Sol (cristiano-morisca), en la cual había aprendido mucho.» Tales monumentos, por los cuales parece que corre la vida de tantas generaciones, y que a veces se pueden usar como hilos para reconstruir el pasado, debían estar guardados por una corporación que conociese todo su valor histórico. Ciudades cultas, como, por ejemplo, Florencia, salvaron sus monumentos a través de las vicisitudes del siglo XIX. Cuando se entra por la estación central en el nuevo Milán, se encuentra uno, en medio de unas calles modernas y lujosas, un muro completamente desprovisto de toda ornamentación, y con dos arcos: los Archi di Porta Nuova del año de 1171. Ciertamente llegará un tiempo en que se verá mucho de esto, si las piedras, largo tiempo dispersas de los monumentos arruinados, pudieran reunirse otra vez.

De las puertas de Granada cayeron, en el año 1873, la Puerta Bib-Abulnest o los Molinos, y la Puerta del Pescado; en 1867, la Puerta del Sol; en 1879, la de Alhacaba, que daba a la entrada, por la Puerta de Elvira, tanto carácter. Pero lo que más cuidados y esfuerzos costó al Excmo. Ayuntamiento fue el allanamiento de la Puerta de Bibarrambla. Y aquí llegamos, por fin, al punto de partida de este artículo.

En el mes de Junio de 1873, cuando la vieja monarquía parecía haber acabado para siempre, fue cuando en el seno de

aquella corporación se pronunció la sentencia de muerte de la dicha puerta. Pero el Gobierno de Madrid (Castelar era el Presidente), si bien tenía poco espacio de vagar, prohibió la ejecución de la sentencia. Como Granada era un Cantón independiente, el Comité de salud pública se apresuró a oponer al Gobierno un hecho consumado. Apresuradamente, y durante la noche, con antorchas encendidas, empezó la demolición. Pero los muros eran más resistentes de lo que se había creído. Un vecino, que veía en peligro su casa, contigua al monumento, protestó ruidosamente. Un resto de miedo al Gobierno de Madrid hizo que se interrumpieran los trabajos. Durante los años siguientes, los representantes de la inteligencia española, la Academia de la Historia, la de San Fernando y las Comisiones de Monumentos provinciales hicieron esfuerzos para salvar la puerta. Fue declarada monumento nacional por orden real. Pero no se quiso llegar a una restauración. Conocida es la treta, que consiste en conservar tales ruinas en su estado decadente, para abochornar a determinadas personas. Se esperaba también que por la brecha abierta se deshiciera el edificio. Mas parecía un bloque de granito. En esto, sobrevino un enojoso huésped, el cólera. *Fert Deus alter opem*. Se consideró entonces la puerta como foco de infección. Bajo la impresión de este pánico triunfaron los padres de la ciudad. El 5 de Setiembre de 1884 cayó la Puerta de Bibarrambla. Se tenía tanta prisa, que se significó a los que habían pedido autorización para llevar los adornos de la bóveda al Museo, que si no se daban prisa se emplearía todo en trabajos públicos. Los testigos describen el rostro radiante de alegría de los que asistieron al acontecimiento. Hasta debieron haberse quemado cohetes. Sólo faltó que se levantase en aquel lugar un monumento conmemorativo a aquella deidad, con la cual los mismos dioses y los ministros no podían luchar.

No es fácil explicar este fanatismo moderno. No se puede decir que sea ignorancia o veleidad del gusto, como en tiempo del estilo barroco, que se sacrificaban a él las antiguas obras

de arte. El arte edificativo y ornamental de entonces hundía sus raíces en los estudios históricos. Entonces se crearon colecciones artísticas en algunas ciudades españolas, como Toledo, y era moda rodearse de restos de obras de arte, a menudo tan inadecuados al fin que se dedicaban, como faltos de gusto. ¿Cómo puede, pues, explicarse que también los filisteos del progresismo (que también en España quieren convertir a los asesinos, con buenas razones y mimos, en hombres honrados) se volviesen contra los antiguos muros con tal acompañamiento genízaro de odios, rencores, terquedades maniáticas, inobediencia a las autoridades, afán de destrucción y bromas ordinarias? Hay debajo de todo esto un extravío del sentimiento muy semejante al del aldeano que se avergüenza del traje tradicional de sus abuelos. El español de hoy considera a París como su Meca; y sueña con ver alzarse en su ciudad natal algo así como un boulevard, y pasa mirando con desprecio los viejos muros en los que el extranjero halla un consuelo contra el aburrimiento que este género de ciudades el produce.

CARLOS JUSTI

# PADRE E HIJO

## ESTUDIO DE DOS TEMPERAMENTOS

---

### CAPITULO V

Un nuevo elemento entraba en mi vida, un nuevo rival había surgido para disputarme a la teología dogmática de mi padre: el mar. Cuando William Wordsworth era niño, el aspecto de las montañas y de las nubes iluminó su espíritu con dardos de fuego, como los relámpagos de un escudo. Ha descrito, en las maravillosas páginas del *Preludio*, el choque producido por la naturaleza sobre el alma infantil; pero lo ha hecho con pincelada ligera y vaga, con lo que él llama «una imperfección de amor hacia unos días renegados por la memoria». Procede esto, a lo que creo, de que, criado en medio de espectáculos admirables, no podía precisar el momento y el lugar en que la magia de la naturaleza se le reveló. Pensaba que fue a la edad de diez años cuando empezó a ponerse en comunicación con ella, «embriagándose plenamente con un placer puramente sensual», con la belleza de las brumas flotantes y de los ríos sinuosos. Tal vez, a falta de todo documento y con la preocupación de ser verídico, puso ese entusiasmo consciente más bien después que antes. En cuanto a mí, ciertamente de la primera semana de mi noveno año data el momento en que sentí confusa, pero profundamente, el encanto penetrante del pleno mar.

El pueblo, en cuyo límite habitábamos, estaba construido paralelamente a la línea del acantilado sobre el mar, pero a una media milla del borde. Por aquella época, y lo mismo sucedió durante mucho tiempo más, el mar fue la única de las bellezas naturales que me impresionaron. Los *lors* elevados de la lejana landa podían destacarse con azul sombrío sobre la palidez del cielo de la mañana o de la tarde; ni siquiera los dirigía una mirada; para mí no había sino el mar, siempre el mar, nada más que el mar. Desde nuestra casa, o desde el cercado de detrás, o desde cualquier sitio del pueblo, nada revelaba que hubiera algo, hacia el Este, que interrumpiese la línea de los campos rojizos y labrados que se extendían hasta lo infinito. En cuanto llegamos por la mañana (¡oh, cómo ha conservado mi corazón el recuerdo!), marchamos apresuradamente Miss Marks, la criada, y yo entre las dos, por unos senderos entre elevadas paredes, cuando de repente percibimos, iluminada por un inmenso arco de luz, la enorme llanura de las aguas. Apenas dimos uno o dos pasos por la duna, cuando las murallas del gran circo calcáreo abriéronse a nuestros pies, descendiendo como una copa rota, hasta el yacimiento de pedruscos de un blanco nivoso, y la vasta extensión de un verde azulado.

En el siglo xx, un municipio prudente ha sembrado las dunas de asientos rústicos, ha puesto rampas en todos los sitios peligrosos, y ha abierto un camino que descende en vueltas y revueltas hasta la playa; se han plantado árboles, de distancia en distancia, con un fin estético. La última vez que vi ese lugar tan arreglado y adornado, me volví con cólera y disgusto; estuve a punto de echarme a llorar. Supongo que los que no lo han conocido bajo otro aspecto, le encuentran todavía alguna belleza; ningún Ayuntamiento puede oscurecer el brillo de las aguas y disminuir la inmensidad del cielo; pero en Oddicambe nada se ha omitido de cuanto el hombre puede perpetrar para hacer insignificante, vulgar y vana la belleza natural.

Oddicambe era muy diferente, hace cincuenta años, en su majestad agreste. Ningún camino, salvo un simple sendero de cabras, os conducía a aquella concavidad inculta en el que crecía sin freno una vegetación lujuriente. A través de aquel fantástico laberinto, el viajero se abría paso, sin nada más que le guiase que el instinto del descenso. Un niño como yo empleaba toda una mañana para llegar hasta el pedregal de un blanco nivoso, para jugar a orillas del mar frío y picante, y volver luego a casa, trepando y agarrándose a las ramas flexibles, haciendo inauditos esfuerzos para llegar a terreno llano y salir del mundo de las rocas.

Recuerdo que en nuestro primer paseo, nuestra criada, una muchacha de Londres, se arrodilló, llena de entusiasmo, y bebió agua salada. Miss Marks, de más experiencia, se abstuvo de hacerlo; pero yo, aunque sabía el sabor que tendría el agua de mar, insistí en beberla, recogéndola en el hueco de mi mano. Era un ligero regreso a mis prácticas de *magia natural*, las cuales, aunque habían pasado al último término de mis preocupaciones, no habían desaparecido por completo. Imaginaba, lo recuerdo, que si bebía, tal vez me sería dado el poder de andar sobre las aguas, idea completamente insensata como las de los salvajes.

Mi mayor deseo era andar sobre el mar todo lo lejos posible; luego tumbarme en él de bruces, con la cara contra la superficie del agua, a fin de sondar sus profundidades. Esta ambición me atormentaba, y, como muchos adultos, me preocupaban de tal manera mis vanos y ridículos deseos, que menospreciaba los verdaderos placeres que me circundaban. Mi idea no era tan loca como pudiera parecerlo, porque tanto en nuestros cánticos como en nuestras lecturas, tratábase a menudo de criaturas transportadas de gozo que pasaban los días echando «sus coronas sobre el mar de jaspe». ¿Por qué, me preguntaba, no podría yo tirar mi sombrero de paja en las ondas de Oddicambe? Y, sin duda alguna, una escena majestuosa del lago de Genezareth había también inflamado mi imaginación.

E. M.—Octubre 1913.

Como es natural, me guardaba bien de hablar con nadie de todas estas fantasías.

No con Miss Marks, sino con mi padre, tomé la costumbre de hacer laboriosas excursiones a orillas del mar. Su trabajo de naturalista concluyó por llevarle constantemente, cargado de útiles, hasta las rocas de concavidades llenas del agua de la playa. Pero nuestro primer invierno en Devonshire se vió ensombrecido, para los dos, por decepciones cuya causa fue durante mucho tiempo incomprensible para mí. El espíritu de mi padre era, en aquella época, presa de dos corrientes violentas de influencias contrarias. Yo pensaba en todas estas cosas, hace un momento, en la extremidad de los Cascinos, abierta profundamente, de un lado, por el curso impetuoso del Arno de sombrías aguas, y del otro, por el límpido flujo del Mugnone. Las vías se encuentran y corren paralelamente, pero llega un momento en que uno de los dos ha de arrastrar al otro, y la corriente negruzca es la que anega a la más pura.

Así, en aquel año de crisis científica (1857), dos especies de pensamientos se agolpaban con violencia en el cerebro de mi padre, las dos absorbentes, ambas convincentes, pero irreconciliables. Hay algo particularmente angustioso en la paradoja de que la verdad tiene dos formas, igualmente irrecusables y, sin embargo, antagónicas entre sí. Este descubrimiento de dos teorías sobre la vida física, las dos verdaderas, pero incompatibles, es lo que turbaba profundamente el espíritu de mi padre. No había realmente paradoja, era una ilusión; pero desgraciadamente no se dió cuenta de ello: permitió que las ondas turbias de la superstición sumergiesen al cuerpo apacible de la razón. Dió un paso en favor de la verdad, luego retrocedió angustiado y aceptó la servidumbre del error.

Era el gran momento, en la historia del pensamiento, en que la teoría de la mutabilidad de las especies se preparaba a arrojar algo de luz en todos los dominios de la especulación y de la actividad humanas. Hacíase absolutamente necesario formar en uno o en otro campo. Lyell se rodeaba de discípulos



que avanzaban rápidamente por la senda de los descubrimientos; Darwin, desde hacía mucho tiempo, recogía hechos referentes a la variación de los animales y las plantas; Hoocker y Wallace, Asa Gray y hasta Agassiz, cada uno en su esfera, llegaban cada vez más a percibir el secreto que debía revelarse claramente al paciente y humilde genio de Darwin. En el año anterior, 1856, Darwin, empujado por Lyell, había modestamente aventurado un primer esbozo de la nueva revelación, «ese resumen de un ensayo» que desarrolló después magníficamente en el *Origen de las especies*. Acababa de aparecer *La variación de las especies*, de Wollaston, y había sido como un rayo que disipa las brumas.

De otro lado, los reaccionarios, aunque sin sospechar lo que les amenazaba, no habían permanecido inactivos. En 1857, habíase formulado con desprecio esta asombrosa pregunta: «Entonces, ¿es qué descendemos del mono?» Los famosos *Vestigios de la Creación* habrían proporcionado una especie de panacea de agua azucarada para los que no podían substraerse a la evidencia, y que, sin embargo, se agarraban a la Revelación. Owen alentaba la reacción rechazando, con toda la fuerza de su prestigio, la mutabilidad de las especies.

Por aquella época de fermentación intelectual, como en los momentos de una gran revolución política, varios posibles partidarios eran presentados con palabras encubiertas, luego animados a comunicar oficialmente su manera de ver. Lyell, aquel gran conductor de hombres, era de opinión que antes de dar al mundo la doctrina de la selección natural, que suscitaría ciertamente protestas y maldiciones, debería revelarse su contenido a cierto número de naturalistas concienzudos y sabios expertos en la descripción de las especies. Mi padre figuraba entre aquellos a los que, mediante una iniciación más o menos completa, se trató de ilustrar, si era posible. Hooker, y más adelante Darwin, le hablaron del asunto, con ocasión de las reuniones de la Sociedad Real, en el verano de 1857.

La actitud de mi padre frente a la teoría de la selección na-

tural marcó una crisis en su carrera, y, cosa rara, ejerció gran influencia sobre mi vida de niño. Hay que admitir, por triste que sea, que todos los instintos de mi padre le impulsaron al pronto a saludar con alegría la nueva luz. Apenas lo hubo hecho, cuando el recuerdo del primer capítulo del Génesis contuvo su arranque. Consultó sobre el asunto con Carpenter, un gran investigador, pero un hombre tan incapaz como él de refundir sus ideas en lo concerniente a las antiguas hipótesis recibidas. Ambos decidieron, por diversas razones, no ocuparse de la terrible teoría, y atenerse firmes a la ley de la fijeza de las especies. Exactamente en aquellos momentos fue cuando salimos de Londres, y cuando las relaciones personales, raras y fugitivas, pero siempre sumamente provechosas, que gozó mi padre con los sabios más distinguidos del Museo Británico y de la Sociedad Real, cesaron por completo. Se apresuró a quemar sus naves, hasta el último madero, hasta el último pedacito, para que no quedase ni con qué hacer una balsa. Por un acto raro de terquedad, cerró para siempre las puertas sobre sí mismo.

Mi padre no había admirado nunca a Sir Charles Lyell. Creo que las maneras de gran señor del geólogo le intimidaban, y que nos hallamos dispuestos a hacer muy poco caso de aquellos cuya conversación nos aminora. Mi padre, en cambio, tenía una profunda estimación por Darwin y Hooker, y es posible que ésta sea la razón por la que, en su impetuosa tentativa de reacción, eligió el campo de la geología más bien que el de la zoología o de la botánica. Lyell había amenazado con publicar un libro sobre la historia geológica del hombre, que había de ser como una bomba lanzada al campo de los catastrofistas. Mi padre, tras maduras reflexiones, preparó una teoría de su invención que—así lo esperaba ardientemente—cortaría los vuelos a Lyell, y justificaría la geología a los ojos de los piadosos lectores del Génesis. Pretendía, en resumen, que no había habido modificación gradual de la superficie de la tierra o lento desarrollo de las formas orgánicas, sino que, des-

de el acto catastrófico de la creación, el mundo presentó instantáneamente la estructura de un planeta, en el que la vida había existido desde hacía mucho tiempo.

Con gran indignación de mi padre, los periodistas declararon con ligereza un poco brutal que, con arreglo a tal teoría, Dios había escondido los fósiles entre las rocas, para inducir en tentación a los geólogos e impulsarlos a la incredulidad. En realidad, esta teoría era la conclusión lógica e inevitable, a la que se tenía que llegar de aceptar literalmente la doctrina de un acto súbito de la creación; insistía sobre el hecho de que toda infracción al curso regular de la naturaleza supone al objeto creado como una denegación de procesos anteriores que nunca han existido. Por ejemplo, Adán debía ciertamente tener pelo, dientes y una osamenta que hubieron de tardar varios años en desarrollarse, y, sin embargo, fue creado hombre hecho. Debía ciertamente poseer un *omphalos* (verdad es que Sir Thomas Browne lo niega); y, sin embargo, ningún cordón umbilical le ligó nunca a una madre.

Ningún libro fue lanzado a la publicidad con más esperanzas de buen éxito que aquel curioso volumen lleno de un fanatismo obstinado. Mi padre vivía en una febril espera, contando con un resultado extraordinario.

Pensaba que aquel *Omphalos* iba a poner fin a las agitaciones de la especulación científica, arrojar la geología en brazos de la Escritura, y hacer que el lobo y el cordero pacieran juntos. No era raro, admitía él, que hubiese desacuerdo creciente entre los hechos y las formales afirmaciones. Mi padre, y sólo mi padre, únicamente él tenía la llave que podría abrir sin violencia la cerradura del misterio geológico. La ofrecía con un ademán grandioso, tanto a los ateos como a los cristianos. Aquello debía ser la panacea universal, el sistema de terapéutica intelectual que no podía menos de curar las enfermedades del siglo. Pero, ¡ay!, ateos y cristianos recorrieron aquella obra, se echaron a reír, y la tiraron lejos de sí.

Durante aquel lúgubre invierno en que el correo nos trajo

cartas particulares pocas y glaciales, y artículos de revistas numerosos e irónicos, mi padre esperó en vano la aprobación de las iglesias, en vano la adhesión de sociedades científicas y en vano el testimonio de gratitud «de aquellos miles de personas sensatas», testimonios con los que había imprudentemente contado. Su reconciliación de los datos de la Escritura con las deducciones geológicas no fue bien acogida en ninguna parte; Darwin continuaba guardando silencio; el joven Herxley se mostraba desdeñoso, y el mismo Carlos Kingsley, de quien mi padre esperaba recibir la aprobación más inmediata, escribió que no podía «abandonar las lentas y dolorosas conclusiones a que le habían llevado veinticinco años de estudios geológicos, y creer que Dios había escrito en las rocas una mentira tan monstruosa como inútil». A medida que mi padre sufría decepción tras decepción, una fría y sombría tristeza descendía sobre nosotros todas las mañanas. Era lo que los poetas llaman «tinieblas opacas»; obscurecíanse de día en día, a medida que la experiencia y la confianza en sí se disipaban en ligeras nubes de decepción. Mi padre no estaba preparado para semejante resultado. Había sido el niño mimado del público, el favorito constante de la Prensa, y ahora, como los ángeles malditos de la leyenda,

el espantoso fracaso  
le llenaba de escombros.

Durante aquel sombrío invierno, mi padre no fue un compañero animado, y sucesivas circunstancias le alejaban cada vez más del resto de los hombres. Echaba más de menos que nunca la compañía de mi madre, que siempre le prestó un oído simpático; nadie podía animarle con esa hábil casuística femenina que sabe insinuar al hombre, consciente de las heridas recibidas, que, después todo, él tiene razón y que el resto del mundo se equivoca. Mi padre se paseaba sin tregua alrededor del campo labrado de tierra rojiza que iba a ser un prado, o bien, al abrigo de la fría lluvia del Devonshire, por la balconada todavía desnuda que habían de adornar plantas trepado-

ras; y me parece que, a su irritación contra sus semejantes, añadíase ya una ligera tendencia a la herejía que había de asaltarle más adelante; fue entonces, creo, cuando en el exceso de su desaliento, empezó a sentir cólera contra Dios. Había dado infinitas pruebas de abnegación, había hecho infinitos sacrificios, y veíase abandonado, con la rabia en el corazón, en aquella marisma rojiza, sin más sér en el mundo que le amase que un niño de rostro pálido, con la mejilla apoyada en el cristal de la ventana.

Tras una o dos magníficas excursiones a orillas del mar, se presentó el invierno bajo su forma más húmeda, más fangosa y más tediosa, y nos encerró en casa. Fue un invierno bien triste para aquel hombre privado de su mujer y para aquel niño privado de su madre. Confiados en que nuestros ruegos serían inmediatamente atendidos, habíamos entrado en aquella casa demasiado pronto. Para llegar a reunir la suma necesaria, mi padre se había visto obligado a desprenderse de casi todo, y nuestras sillas y nuestras mesas no amueblaban más que dos o tres habitaciones. La mitad de la casita o *villa*, como la llamábamos, estaba sin alfombrar, y las dos terceras partes estaban vacías. Los obreros trabajaban todavía en el exterior cuando llegamos, y a este propósito recuerdo un incidente que demuestra hasta dónde llegaba en mi padre la delicadeza morbosa de su conciencia. En sus momentos buenos (antes de la publicación de su *Omphalos*), cantaba a veces con voz fuerte antiguas canciones del Dorsetshire, en un raro y rudo dialecto que me agradaba mucho. Una tarde de Octubre estábamos sentados en la balconada, y mi padre cantaba. Dos carpinteros, que no veíamos, estaban ocupados, no lejos de allí, en poner la armazón de un invernadero. Durante una pausa, uno de ellos dijo a su compañero: «Canta tan bien como cualquiera, aunque sea un pastor.» Mi padre, que me tenía suavemente cogido de la mano, me la apretó de repente, con fuerza; alcé los ojos y vi que su mirada se ensombrecía. No volvió a cantar nunca una canción profana.

Meses después, cuando su infortunio literario, su conciencia le atormentó más que nunca. Creo que consideraba el fracaso de su tentativa como un castigo de Dios por algo que hubiese hecho o dejado de hacer. Durante sus incesantes paseos meditabundos alrededor del jardín, su alma estaba, por decirlo así, de rodillas, registrando todos los rincones de su conciencia para hallar algún pecado de omisión o comisión; cada alegría, cada bagatela, cada recreo, fue recogido en el polvo de sus recuerdos pasados, y aumentado hasta el punto de constituir una formidable ofensa. Pensaba que la menor muestra de ligereza, la menor condescendencia al instinto humano, podría ser para los que le rodeaban una prueba de inconsecuencia e inducir a los hermanos más débiles a ofender a Dios. El incidente de los carpinteros y de la canción cómica es un ejemplo del estado de espíritu de mi padre por aquella época, en que cada acto se convertía en *tabu*, no porque fuera culpable en sí mismo, sino porque podría llevar a otros al pecado.

Tengo la convicción de que Miss Marks tenía un miedo extremado a mi padre. Siempre que podía retirábase a lo que ella llamaba su gabinete; un cuartito frío, apenas amueblado, que daba sobre lo que iba a ser nuestra huerta. Para respetar las conveniencias, a fin de que la habitación fuese verdaderamente un santuario, Miss Marks me prohibía entrar en su cuarto virginal, que se convirtió, naturalmente para mí, en objeto de una curiosidad devorante. Por el ojo de la cerradura no veía, por decirlo así, nada; un día conseguí entrar, y descubrí que no tenía nada que ver, sino una cama muy sencilla y un tocador desprovisto de todo atractivo. En su gabinete encendíase fuego las tardes de invierno, y Miss Marks estaba en él entre la cena y el apocalíptico ejercicio llamado culto, que en los hogares menos ardientes y austeros que el nuestro se llama el rezo en familia. Dejados así a nosotros mismos, mi padre se pasaba casi todo el tiempo leyendo con el libro o el periódico, al lado de la vela, mientras que, bajo la influencia de su pasión literaria, sus labios y sus cejas temblaban y se estremecían de

cuando en cuando, de una manera que me excitaba extraordinariamente. Miss Marks, tocada con una cofia muy alta, aparecía de vez en cuando en la puerta, y preguntaba con falso buen humor: «¿Cómo nos encontramos?» Pero en estas ocasiones, ni él ni yo nos dignábamos contestar a Miss Marks.

A veces, en el transcurso del invierno, mi padre y yo tuvimos algunas charlas. Los asesinatos eran nuestro tema favorito. Yo me pregunto si los niños de ocho años, antes de subir solos de noche a su cuarto, discuten a menudo con sus padres de crímenes espantosos. No puedo menos de creer que el hecho es raro. En nosotros era muy frecuente. Abordábamos otros asuntos profanos, pero siempre acabábamos por volver a esta frase: «¿Qué crees tú que hayan hecho realmente del cadáver?» Mi padre me contó, mientras que yo escuchaba estremecido, la aventura de la señora Manning, que mató a un señor en las escaleras y le metió en cal viva, en la despensa, y me enteré de este útil detalle histórico, todavía presente en mi memoria después de un medio siglo, que la señora Manning fue ahorcada con hopa de seda negra. Oí también hablar de Burke y de Hare, cuya historia me petrificó de horror.

Estos crímenes están relatados en los *Anales judiciales*; pero ¿quién podrá decirme lo que era el misterio del saco de viaje que mi padre y yo discutimos varias noches seguidas? No he vuelto a oír hablar nunca de ello desde entonces, y sospecho que era una mixtificación. Me acuerdo de detalles: unas personas que bajan el Támesis en un barco, ven un saco de viaje colgado de uno de los salientes de Waterloo Bridge; lo cogen, no sin dificultad, y lo encuentran lleno de restos humanos, verdadero trabajo de carnicero. Se habla de personas desaparecidas, vueltas a encontrar, luego de nuevo no reconocidas. Todo el asunto está bastante vago en mi memoria, y se escapa cuando trato de precisarlo; sin embargo, me veo muy claramente sentado en la sala, en mi silla alta, al lado de la chimenea; las llamas que brotan se reflejan en la vitrina de insectos tropicales puesta en la pared opuesta, y veo también a mi pa-

dre inclinado hacia adelante, con expresión ansiosa, un dedo levantado e insistiendo sobre todas las pruebas de cargo y descargo de aquel horrible asunto del saco de viaje.

Supongo que lo que me interesaban estas discusiones (¡y Dios sabe si la cosa me apasionaba!) divertía y distraía a mi padre, cuyas ideas sobre lo que conviene a los oídos de un niño me parecen ahora sorprendentes. No tardé en descubrir que tales asuntos no eran agradables a todo el mundo; porque una mañana, al abordar el misterio del saco de viaje con Miss Marks, con la esperanza de retrasar una lección de aritmética, se tapó los oídos con su delantal, y dijo que si no me callaba inmediatamente se pondría a gritar.

En invierno, mi padre y yo dábamos de vez en cuando paseos juntos y bajábamos un camino que nos llevaba a orillas del mar, sobre las dunas ondulantes. Tratábamos de reanudar el encanto de aquellas deliciosas expansiones al aire libre, en Londres, cuando nos asomábamos a los puentes para ver los patos, pero no hallábamos ya el mismo placer. Mi padre, profundamente absorto en sus pensamientos, se ponía a andar sin decir palabra, presa de ensueños llenos de cólera. Si me dirigía la palabra en estos paseos, constituía un verdadero sufrimiento para mí el contestarle. En casa, encaramado en mi silla alta, con nuestras cabezas al mismo nivel, podía hablar fácilmente con él; pero me costaba horriblemente mirar al firmamento y conversar con un rostro sombrío que se destacaba sobre el cielo. El hecho mismo de andar era abrumador para mí; el lodo, de un rojo vivo, a cuyo extraño color no pude durante mucho tiempo acostumbrarme, se pegaba a mis zapatos y me fatigaba en extremo; poníame gruñón e impertinente. Contradecía a mi padre y me oponía a sus caprichos. Tales paseos eran penosos para ambos, pero a mi padre no le gustaba andar solo y no tenía otro amigo. En el transcurso del invierno nos vimos obligados a renunciar a estas salidas, y no reanudamos nunca el hábito de estos paseos higiénicos.

Cuando echo una mirada atrás sobre lo que yo era en aque-



lla época, observo que debía ser un niño molesto, difícil y enfadado. Mi única excusa era la de que verdaderamente no estaba bien. El cambio de clima no me había convenido; mi salud inspiraba alguna inquietud a la excelente miss Marks, pero no sabía ella cómo remediarlo. La casa era horriblemente húmeda; tanto dentro como fuera, la atmósfera parecía bañada de vapores helados; por la noche, tiritaba bajo las mantas. No lograba dormirme por el frío que sentía, y amontonaban la ropa sobre mí. No podía comer nada sólido sin tener inmediatamente un violento hipo, por lo que me tumbaba de espaldas ante el fuego de la chimenea, despertando los ecos de alrededor como el cuco. Miss Marks, a causa de esto, me suprimió todo alimento, salvo pan mojado en leche, que, con gran horror mío, veía aparecer en cada comida. El hipo disminuyó, pero mis fuerzas declinaron en seguida. Caí en un estado de languidez, presa de un catarro perpetuo.

Poco a poco me di cuenta de que era objeto de preocupaciones, al oír a mi padre rezar por mí en los cultos de la mañana y de la noche y pedir al Señor que si su voluntad era llamarme a sí, «no hubiese duda alguna sobre mi elección como hijo de Dios y heredero de su gloria». Me desconcertaba y halagaba a la vez esta clara alusión a mi salud delicada.

Algo más adelante hablaré de nuestras relaciones con los *Santos* que nos acogieron a nuestra llegada a Devonshire. La austeridad de las maneras de mi padre se acentuaba, a lo que creo, constantemente, por su temor de ser un escándalo para las conciencias de aquella nueva congregación. Las suponía, sin duda, más delicadas de lo que realmente eran. Complacía-se en repetir «que una mancha pequeñísima en la conciencia nos aleja mucho de Dios», y contaba por cientos y por miles todos los errores de conducta posibles. Durante este invierno llamóle particularmente la atención la fiesta de Navidad, en la que, aparentemente, apenas había reparado en Londres.

En este asunto de las fiestas de la Iglesia, sostenía ideas de una rareza casi grotesca. Las consideraba fútiles y sin valor;

pero la fiesta de Navidad le parecía con mucho la más aborrecible y nada menos que un acto de idolatría. «El nombre mismo es papista», acostumbraba a decir, «*Chist's Mass*, la Misa del Cristo». Y crispaba los labios como un hombre que acaba de probar por equivocación algo nauseabundo. Alegaba también la antigüedad de la pseudo fiesta tomada de espantosos ritos paganos y que no era sino un resto del abominable Yule. Denunciaba los horrores de la Navidad hasta hacer que casi me ruborizase al ver sus preparativos.

En la Navidad de aquel año de 1857, nuestra *villa* vió un espectáculo poco habitual. Mi padre había severamente recomendado que no hubiese ninguna modificación en nuestras comidas del día; no debían ser ni más ni menos copiosas que de ordinario. Fue obedecido; pero las criadas, secretamente rebeldes, cocieron para ellas un modesto plum-puding. (Descubrí con sentimiento que Mis Marks había recibido un pedazo en su gabinete.) Por la tarde, las criadas (porque ahora teníamos dos) observaron con bondad que «también el pobre querido niño debía comer un pedacito»; y a fuerza de trabajos, me llevaron a la cocina, en donde comí un pedazo del plum-puding. Al poco tiempo empecé a sentir un dolor interno, bien natural dado el mal estado de mi salud, y mi conciencia me acusaba fuertemente. Al fin, no pude soportar mi angustia moral, y, precipitándome en el gabinete de mi padre, exclamé: «¡Oh, papá, papá, he comido carne ofrecida a los ídolos!» Tuve entonces que explicar entre sollozos, de qué se trataba. Mi padre inquirió severamente: «¿En dónde está esa cosa maldita?» Expliqué que lo que quedaba estaba todavía en la mesa de la cocina. El me cogió de la mano y se precipitó en medio de las criadas asustadas, cogió el plato con los restos del plum-puding y, llevándome siempre muy sujeto, corrió hasta el montón de la basura, tiró en él el pastel idólatra y lo metió profundamente. Lo repentino, la violencia y la rapidez de este acto extraordinario hicieron en mi memoria una impresión que nada borrará jamás.

Ningún indicio me permite explicar el secreto de la pérdida dolencia que pareció torturar la conciencia de mi padre, durante todo este melancólico invierno. En cuanto a mí, creo que entró por mucho un derrumbamiento de todo su sistema intelectual. Hasta aquel momento de su carrera, había, como ya hemos visto, abrigado la ilusión de que la ciencia y la religión podían justificarse mutuamente; que era posible una especie de compromiso. Sus investigaciones le habían demostrado, con claridad cada vez mayor, que todos los departamentos de la naturaleza orgánica ofrecían pruebas visibles de lentas modificaciones de las formas y del desarrollo del tipo. Esta consideración habíase manifestado en él, y se había hecho positiva.

¿Dónde estaba, pues, su puesto en calidad de observador sincero y exacto? Evidentemente, en las filas de los investigadores de la nueva verdad con Darwin, Wallace, Hooker. Pero, ¿no dice el segundo capítulo del Génesis que en seis días los cielos y la tierra y la multitud de sus habitantes fueron creados, y que al sétimo, Dios había acabado la obra de sus manos?

Era un dilema. Las afirmaciones de la geología ciertamente *parecen* verdaderas; pero las de la Biblia, que es la palabra de Dios, *son* verdaderas. Si la Biblia dice que todas las cosas del cielo y de la tierra han sido creadas en seis días, es que han sido creadas en seis días de veinticuatro horas. Las pruebas de una variación espontánea de las formas obrando durante un espacio de tiempo inmenso sobre las estructuras orgánicas, siempre en vía de modificación, *parecen* abrumadoras; pero se las debe poner de acuerdo con la obra de la creación en seis días o rechazarlas. Ya he dicho que mi padre había urdido la ingeniosa teoría del *Omphalos* a fin de probar que era a la vez un observador estrictamente científico y el humilde esclavo de la revelación. Pero ni los partidarios de lo antiguo ni los nuevos rebeldes querían tal compromiso.

Para un espíritu tan penetrante y, al mismo tiempo, tan

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
DEL  
ATENEU BARCELONES

estrecho como el de mi padre (un espíritu únicamente lógico y positivo, sin amplitud, sin flexibilidad y sin imaginación), sufrir un fracaso de este género era una tortura. No tenía el recurso de las naturalezas mediocres que escapan al dilema con alguna fórmula nebulosa, ni la resolución de las naturalezas fuertes que se elevan y salvan el obstáculo. Mi padre, medio sofocado por la emoción de verse levantado, por decirlo así, por la gran ola biológica, no pensó jamás en renegar de la antigua tradición, y permaneció fatigado y batido por las olas. Es extraordinario que «ese peón de albañil de la ciencia», como le llamó una vez Huxley, no se contentara con dejar a los otros, cuyos horizontes eran más extensos que el suyo, proseguir esas investigaciones puramente intelectuales, para las que no tenían aptitud alguna. Como coleccionador de hechos y clasificador de observaciones, no tenía rival en su época; su carencia de imaginación le ayudaba en ese género de trabajo. Pero era más bien un investigador que un filósofo, y carecía de esa sublime humildad que es la corona del genio. ¿De dónde venía la persuasión obstinada de que él conocía el pensamiento de Dios, de que él solo podía interpretar los designios del Creador, sino de una falta absoluta de esa modestia superior que contesta «no sé», incluso a las preguntas a las que la fe exige con aire amenazador que se conteste de una manera positiva?

## CAPITULO VI

Durante el primer año de nuestra estancia en Devonshire, el noveno de mi vida, mi padre y, por consiguiente, yo, reparó el tiempo entre las reuniones de los santos, en el pueblo, y el cuidado de coleccionar, examinar y describir la fauna marina de la ribera. En el espacio de estos doce meses no tuvimos, por decirlo así, ninguna distracción social, y no franquéé ni una sola vez los límites de la parroquia. Cuando pasó el pe-

ríodo del invierno, mi padre recobró una gran parte de sus ánimos y de su actividad laboriosa, y los primeros rayos del sol nos calmaron a los dos y nos hicieron bien. Yo estaba casi siempre con él, pero teníamos ahora algunos raros personajes.

El pueblo, en particular el extremo Sur, en que se alzaba nuestra casa, no era bonito. No tenía nada de pintoresco. Su única belleza, la antigua iglesia parroquial, con su cementerio umbrío, estaba entonces casi totalmente tapada por una masa de miserables tiendas derribadas más adelante, cuando todavía era yo niño; el pueblo consistía en dos líneas paralelas de casas contiguas, todas enjalbegadas, y teniendo en su mayor parte, como fachadas, escaparates de poca importancia. La calle subía hasta la iglesia durante media milla, luego bajaba durante otra media milla; allí, súbitamente, empezaban los campos con sus cercas. El camino, a través del pueblo, que seguíamos constantemente, me aburría mucho. Temía la grosería de los niños, y no había nada en las tiendas que me llamase la atención. Andar por la estrecha acera, mal cuidada, me era desagradable y me fatigaba, y el olor fétido que, en los días de calor, salía de las puertas y ventanas, me daba náuseas. Pero aquella carrera era obligatoria, puesto que la *Sala pública*, como se llamaba nuestra capillita, estaba en el extremo de la calle.

Desde que llegamos empezamos a frecuentar aquel lugar de culto, e inmediatamente mi padre, sin ser invitado a ello, pero sin encontrar resistencia, tomó en sus manos la administración. Era una habitación cuadrada y desmantelada, construída, no sé por qué, encima de una cuadra. A través del piso solían subir olores amoniacales, mientras que estábamos dedicados a nuestras largas devociones. Antes de nuestra llegada, reuníase en la sala un reducido número de fieles, comunidad de un género mal definido, como se encontraba frecuentemente desde hacía algún tiempo en el Oeste de Inglaterra; campesinos piadosos, que no estaban afiliados a ninguna congregación cristiana y no reconocían otra autoridad que la que se apoya en

el estudio independiente de la Biblia. Abundaban las mujeres, pero había también buen número de hombres pobres, sencillos y, en general, enfermizos. Más adelante, bajo la dirección de mi padre, la congregación aumentó y adquirió un gran desarrollo. Llegó a contar entre sus miembros hombres que habían seguido carreras liberales, un almirante y hasta el hermano de un lord. Pero, en los primeros tiempos, los *hermanos* y las *hermanas* eran todos sencillos campesinos, jornaleros, jardineros, carpinteros, albañiles y sastres, lavanderas y criadas. Quisiera poder pintar con colores bastante vivos para evocarla ante mis lectores aquella curiosa mezcla de personas humildes, buenas, ignorantes y apacibles. No he tenido nunca la buena suerte de encontrar nada parecido en la historia o en la novela. Las caricaturas malévolas y desdeñosas de los mundanos se hallan tan lejos de aquello, en mi entender, como los relatos suntuosos, convencionales e insignificantes de las sectas religiosas.

El origen de tales reuniones es singular. Años antes de nuestra llegada, unos pescadores de Cornouailles, desconocidos en la localidad, fueron lanzados a la costa por el huracán. Desembarcaron, y, en vez de ir a la taberna, buscaron una sala en donde poder orar. Fervientes wesleyanos, llegaban del mar, lejos de sus hogares desde hacía tiempo y privados de los privilegios religiosos a que estaban habituados. Agrupados en la calle, en espera de la hora de la reunión, preguntaban a las muchachas que los contemplaban: «¿Amáis al Señor Jesús, hermosas?» Recibieron respuestas evasivas, pero instaron a los habitantes a que entrasen y rezaran con ellos, cosa que hicieron varios. Ana Burmington, que me habló de esto más adelante, era una de aquellas muchachas; me contó que los pescadores les dijeron: «Muy triste será que, el último día, cuando el Señor diga: Venid, vosotros, bienaventurados, no se dirija a vosotras y os grite, en cambio: Idos, malditas, y que vosotras, muchachas, os veáis obligadas a iros.» Aquellos pescadores eran jóvenes, robustos, tenían barbas negras y ojos bri-

llantes. No dudo de que se mezclara una corriente inconsciente de atracción en este episodio, aunque los pescadores estuvieran al abrigo de toda sospecha. No obedece solamente quizá a una coincidencia el hecho de que casi todas aquellas muchachas permaneciesen solteras hasta el fin de sus vidas. A los dos o tres días, los pescadores volvieron a la mar. Oraron y se hicieron a la vela, y las muchachas, que ni siquiera les habían preguntado sus nombres, no volvieron a oír nunca hablar de ellos. Pero varias de ellas quedaron definitivamente convertidas y formaron el núcleo de nuestra reunión.

Mi padre predicaba de pie en un púlpito; celebrábase la comunión ante una mesa de pino, que cubría una servilleta blanca. Los oyentes eran a veces muy poco numerosos, y generalmente tan adormecidos, que mi padre se sentía desalentado; no le faltaron nunca su celo y su energía. Solamente los que habían dado pruebas de su inteligente aceptación de la redención por la sangre de Jesús eran admitidos a la comunión, que se llamaba el *Rompimiento del pan*. Por una regla esencial, salvo raras excepciones, nadie podía *romper el pan*, a menos de no haber sido bautizado, es decir, sumergido de pies a cabeza, durante una reunión solemne, por el hermano presidente de la Congregación. A principios de nuestra estancia, se realizaba este rito con pintoresca sencillez en la playa de Oddicombe; pero esta ceremonia suscitó, incluso en aquella época, muy fuertes objeciones. Era difícil evitar la presencia de una muchedumbre burlona, y las mujeres en general retrocedían ante esta prueba. Esto resultaba en la práctica una verdadera dificultad, y mi padre, cuando los comulgantes confesaban que aún no habían sido bautizados, meneaba la cabeza y decía gravemente: «¡Ah! Huís de la cruz de Cristo.» Pero reconocía que el bautismo en el mar *era una cruz*, y, cuando concluimos nuestra capilla en la playa, se acondicionó una especie de piscina, tapada con una trampa, en la sala misma.

Entre aquellas gentes tranquilas y taciturnas, había varias de las que me acuerdo con afecto. En aquel apartado rincón

E. M.—Octubre 1913.

del Devonshire, que no conducía a ninguna parte, habían conservado muchos de los modales del siglo XVIII, del que los de más edad se acordaban perfectamente bien. Un anciano, nacido antes de la Revolución francesa, tenía una fisonomía que me vuelve a menudo a la memoria. Era James Petherbridge, el Néstor de nuestra reunión, vestido con una larga blusa blanca, llena de bordados, que se ponía los domingos para ir al culto; era un viejo muy alto y escuálido. Cuando el mensaje divino brotaba de labios de mi padre, las inmensas mandíbulas de Mr. Petherbridge caían poco a poco, mientras que sus rodillas se apartaban de tal modo, que parecía que no iban a poder volverse a juntar nunca. Petherbridge había sido piadoso toda su vida, y contaba a menudo, con modesto orgullo, que, cuando era mozo, el ama de la casa de labor en que trabajaba decía de él: «Creo que Jem llegará a ser metodista, por lo mucho que le agradan las conversaciones piadosas.» Acostumbraba a rezar alto en nuestras reuniones, con un vozarrón cascado, que recordaba el ruido del viento en un árbol hueco, y rara vez dejaba de expresar la esperanza de «que el Señor secundaría a Miss Lafoy (era una maestra de escuela del pueblo que formaba parte de nuestra reunión) en sus esfuerzos para hacer brotar las tiernas ideas».

La llave de la sala estaba confiada a Ricardo Moxhay, el albañil, que, sin ser de la misma generación que Mr. Petherbridge, tenía, sin embargo, *cierta edad*. No sé por qué Moxhay vestía siempre traje blanco de pana, sobre el que la menor mancha del lodo rojo del Devonshire era penosamente visible; cuando se endomingaba, hubiérase dicho que le habían blanqueado con la cal, color crema de los condados del Oeste. Sus escasos cabellos caían en largos bucles tan negros como blanco era su traje. Hombre amable y modesto, tenía una mujer todavía más bonachona y simpática que él. Nunca, que yo sepa, hablaban como no se les dirigiese la palabra, y su pasividad melancólica tenía el dón de irritar a mi padre, que un día los definió con frase sentenciosa, pero justa, diciendo que



eran «unos cristianos laboriosos, a los que no se podría, sin exageración, calificar de cristianos alegres». Me acuerdo, en fin, de casi todos los *Santos* de estos primeros tiempos como de unas almas tristes y humildes, que carecían de toda vitalidad, pero que no se quejaban, sin embargo, de nada preciso. Muchos de los miembros de la Congregación, hombres y mujeres, sufrían diferentes formas de consunción; de suerte que, las tardes de invierno, repercutían en la sala penosas y discordantes toses. Paréceme que, cuando yo era jovencillo, la mitad de los habitantes de nuestro distrito rural estaba tísica. Sin duda, nuestra comunidad religiosa, de un género tan especial, debía, como es natural, atraer más a los débiles que a los individuos robustos.

Miss Marks, paciente peregrina, aceptaba aquella rara sociedad sin murmurar, aunque creo que no le gustaba nada. Pero pronto le fue menos amarga por sus relaciones abnegadas y románticas con una de las *hermanas* que era, si mis recuerdos de niño no me engañan, una criatura encantadora. A consecuencia de esta entusiasta intimidad, Miss Marks me llevó a la familia de su nueva amiga. Casi enfrente de nuestra sala, es decir, en el extremo más apartado del pueblo, al final de uno de aquellos raros jardinillos (en los que descubrí con transportes el primer invierno, las estrellas rojas o plateadas de una flor nueva, la hepática), el escaparate de una tienda ofrecía una fila de platos, fuentes, tazas y platillos; encima había un letrero con el nombre de *Burmington*. Esta tienda de porcelanas pertenecía a tres hermanas huérfanas: Ana, María Gracia y Bess; la última estaba casada desde hacía poco con uno de nuestros amigos, un carpintero; las otras dos eran solteras recalcitrantes. Ana, a la que ya he mencionado, fue una de aquellas muchachas convertidas por los pescadores de *Cornouailles*. Tenía unos diez años más que Bess, y María era la mediana; Ana, una mujer dignísima, pero autoritaria y pronta a la cólera, tenía un carácter indomable al que, en sus momentos de calma, llamaba ella, no sin complacencia, «el

pecado que me ataca más fácilmente». Bess era insignificante, y estaba consagrada a los quehaceres domésticos, pero María Gracia era una criatura deliciosa.

Las Burmington habitaban, por decirlo así, la única casa antigua del pueblo, extraordinaria construcción de dos pisos con vastas habitaciones, pasillos tortuosos y sorprendentes diferencias de nivel. Las hermanas eran pobres, pero no menesterosas. Además de su comercio de porcelana, planchaban y cosían, y vendían el producto de un jardín bastante grande que había a espaldas de la casa. Con el tiempo, las hermanas mayores tomaron una joven, llamada Drusilla Elliot, para vivir con ellas en calidad de sirvienta y de compañera. Era una convertida que seguía el culto de una secta muy parecida a la nuestra: los cristianos bíblicos. Recuerdo que me interesó en extremo oír contar cómo Bess se convirtió antes de su matrimonio. María Gracia, a causa de su salud delicada, dormía sola en una alcoba; otra mucho mayor contenía una cama de familia con dosel, en la que Ana dormía con Drusilla Elliot, y otra cama para Bess. Las hermanas y su amiga rezaban para que Bess «hallase la paz», porque era todavía extraña a la doctrina de la salvación. Una noche, exclamó de repente malhumorada:

—¿Qué estáis cuchicheando? Dormid.

—Rezamos por ti—contestó Ana.

—¿Cómo sabéis que no creo?—replicó Bess.

Y les contó que aquella misma noche, mientras que estaba sentada en la tienda, había aceptado el ofrecimiento de la redención divina. A pesar de la hora tardía, Ana y Drusilla fueron a ver a María Gracia, a la que encontraron despierta y rezando también por la conversión de Bess. Diéronle la buena nueva, y las cuatro se arrodillaron a oscuras, y dieron gracias a Dios por su infinita misericordia.

María Gracia Burmington fue la que se hizo la íntima amiga de Miss Marks, y una segunda protectora para mí. No debía de tener treinta años; era muy baja y espantosamente contra-

hecha; pero tenía una expresión animada, casi radiante. Cuando llegamos al pueblo, María Gracia estaba convaleciente de una fiebre gástrica que le había puesto a las puertas de la muerte. Recuerdo haber oído contar que el pastor oficial, un hombre gordo bastante pomposo, al que siempre lanzábamos miradas de reto sombrío, llegó a la puerta de la tienda cuando se creía en las últimas a María Gracia, y dijo: «La paz sea en esta casa», con intención de ofrecer su ministerio. Pero Ana, ardiente no conformista, de mal humor aquel día, le persiguió literalmente hasta la entrada del jardín. María Gracia se restableció y se hizo, no solamente la amiga inseparable de Miss Marks, sino el factótum espiritual de mi padre. Molestábale a él ir de casa en casa a visitar a los *Santos*, y María Gracia Burmington se encargó con gusto de esta tarea. Se mostró de una gran ayuda, buscó y alentó con efusión a todos aquéllos (las mujeres sobre todo) que eran atraídos por la predicación de mi padre; durante muchos años, fue para todos nosotros una alegría y un consuelo. Pero cuando su enfermedad se agravó hasta el punto de no poder levantarse, era, en su retiro, un centro de actividad y de alegría.

Mi padre, siempre cuidadoso de lo que pudiera confirmar mi vocación espiritual y, por decirlo así, clavarme definitivamente en ella, pensó que un medio de habituarme a lo que llamaba «un trabajo pastoral al servicio del Señor», sería hacer que acompañase a María Gracia en sus visitas. Si se recuerda que yo tenía solamente ocho años y medio cuando se puso este plan en ejecución, no chocará saber que no le coronó un buen éxito. Las visitas a los pobres me eran muy desagradables; me sentía intimidado, no se me ocurría nada que decir, no comprendiendo además sino con mucho trabajo el suave dialecto del Devonshire. Por añadidura, temía y detestaba la atmósfera de los patios. Había que pasar por toda la gama de los olores, unos tan débiles, que acariciaban la nariz como un beso de hada; otros tan violentos, que tumbaban de espaldas; unos empalagosos, nauseabundos; otros amargos, con un dejo de aceite

capilar rancio. Había los nobles y francos olores de porquerizas y pozos negros, que son sin vergüenza lo que son; pero había también los olores femeninos, disfrazados de mil maneras, en que los aromas de los perfumes baratos parecían mezclarse vagamente con las emanaciones del cubo de tocador. No era, a lo que creo, que nuestras aldeanas fuesen particularmente sucias; pero la ciencia sanitaria no se había inventado aún, y mi pobre nariz era sensible hasta un punto enfermizo, incluso ridículo. Volvía a menudo de nuestras visitas a los *Santos* completamente incapaz de probar mi frugal cena.

Había una ocasión, sin embargo, en que no sentía la misma repugnancia en juntarme al ministerio pastoral de María Gracia. Cuando ésta me anunciaba, una hermosa tarde, que iríamos a Pavor y a Barton, siempre sentía prisas por marchar. Tratábase de dos aldeuelas comprendidas en nuestra parroquia, puntos de partida probablemente de su población. Pavor, aun en aquella época, se hallaba en un estado tal de decrepitud, que no existía ya, por decirlo así; pero Barton conservaba su calle irregular de antiguas casucas. Pero todas tenían un patiecillo o jardincillo, llenos algunos de rosas, jazmines y de ese lindo arbusto trepador que en ninguna parte se da mejor que en Devonshire, y que se llama níspero del Japón. Barton ofrecía un chocante contraste con nuestro pueblo rudo, de mezquinas casas modernas y sin vegetación. Húmedas colinas rodeaban el caserío de Barton; árboles centenarios, que le cubrían con su sombra, llegaban allí por un paseo que en aquella primavera fue para mí una maravilla y una revelación, porque, según las mismas expresiones de Shelley:

Allí, en los tibios setos, brotaban el abundoso agabanzo,—el verde césped y el oxiacanto, color de luna,—las flores del cerezo y blancos cálices, cuyo vino—era el brillante rocío no secado aún por el día;—y las rosas silvestres y la hiedra trepadora—con sus botones y sus hojas sombrías extendiéndose por doquiera.

Alrededor, y más allá de Barton, extendíase para mí el país

de las Hadas. Todo era misterioso, inexplorado, de una riqueza infinita. Yo penetraría en él, con la espada de la ilusión en la mano y en la cabeza el casco del valor, «cuando fuese un mozo», decía sentenciosamente a María Gracia. Por el momento, había que contentarnos con ser una pareja poco aventurera: una mujercita doblada en dos y un niño muy seriote, que caminaban despacio de Pavor a Barton, y hablaban muy familiarmente en un lenguaje en que los términos bíblicos se mezclaban de una manera chocante con las frases más corrientes.

Cuando volvíamos, mi padre me preguntaba a veces detalles sobre nuestra excursión: adónde habíamos ido, qué habíamos visto, qué testimonio habían podido dar las personas visitadas de la bondad del Señor para con ellas; cómo María Gracia había contestado, a manera de exhortación, de reprensión o de consuelo. Estas preguntas, que detestaba entonces, me fueron útiles, porque me habituaron a concentrar mi atención sobre lo que ocurría en nuestras visitas, a fin de poder dar cuenta de ello si me lo preguntaban. Mi padre se mostraba muy indulgente en esto; ejercitaba mis medios de expresión, y no se burlaba de mí cuando la inteligencia me faltaba. Pero oí que Miss Marks y María Gracia discutían el asunto, haciendo alusiones «al que usted sabe que no está a cien millas de aquí», creyendo que no reconocería yo el pájaro por tener metida la cabeza en un saco de metáforas. Comprendía perfectamente, y deduje que no les parecía prudente llevarme a lugares malos. Así, María Gracia llegó gradualmente a no llevarme consigo sino cuando iba al campo; y aun entonces, al entrar en una casa, me dejaba casi siempre afuera, correteando entre las flores y persiguiendo mariposas.

No puedo, sin embargo, pasar en silencio el importante lugar que ocuparon en nuestra vida, en la primavera y durante el verano de 1858, las visitas a la playa para coleccionar ejemplares de la fauna submarina. En cuanto se hubo calmado el dolor sufrido por su fracaso como teórico, mi padre volvió a

la principal ocupación de su vida: el estudio práctico y detallado de las formas animales. No era un biólogo, en el verdadero sentido de la palabra. La luminosa indicación dada por Flaubert sobre lo que debe ser la acción del pensamiento científico, «emancipando el espíritu y pesando los mundos, sin odio, sin miedo, sin piedad, sin amor y sin Dios», estaba en absoluta oposición con la actitud de mi padre; pero, no obstante, poseía vastos conocimientos científicos. Sin embargo, lo repito, no era un filósofo; era incapaz, por temperamento y por educación, de hacer vastas generalizaciones y subtraerse, con una amplia ojeada de conjunto, a la molesta minucia de los detalles. Nada se le escapaba cuando miraba a través de una lupa; era ciego ante la inmensidad de la naturaleza. Faltábanle totalmente ciertos sentidos; creo que, a pesar de su sentimiento de la justicia, no tenía ninguna idea de la importancia de la libertad; a pesar de toda su inteligencia, el círculo en que se movía su espíritu era muy limitado; a pesar de toda su fe en la palabra de Dios, no tenía ninguna confianza en la bondad divina; y a pesar de toda su piedad, tomaba habitualmente el temor por el amor.

Era en la playa, andando a lo largo de los pedregales o trepando por los conglomerados que avanzaban en promontorio entre blancas espumas, o inclinándose sobre alguna charca dejada por la marea en el hueco de alguna roca, depósito de nuestras riquezas—era en estas circunstancias cuando mi padre se mostraba más dulce y más humanizado.—Aquella mirada dura, que contraía sus ojos y que me era tan penosa; aquella mirada procedente de una angustia moral que le quitaba el sueño, desaparecía, y su cara tomaba una expresión siempre grave, sin duda, pero serena y benévola. Las charcas de agua de mar azul y obscura reflejaban, entre las algas lisas y lucientes, las figuras de un hombre de edad media y de un muchachito, ambos igualmente ardorosos en sus pesquisas, y casi me atrevo a decir que igualmente bien preparados para este trabajo.

El que tratara en nuestros días de ir a aquellas riberas y

seguir nuestras huellas, hará bien en darse cuenta, antes de tomarse el trabajo de remangarse, que su celo sería perdido. No hay ya nada donde antes había tanto. Entonces, en el intervalo de las mareas, las rocas eran jardines submarinos de una belleza que parecía a menudo fabulosa y era positivamente engañadora, porque si alzaban con mano delicada las cortinas de algas del estanque no rizado por el viento, podíase ver un instante sus paredes y su fondo sembrados de flores vivientes, de color marfileño, amarillo, anaranjado y amatista, que, sin embargo, desaparecían en los huecos de las rocas en cuanto se tiraba una piedra para disipar el sueño mágico.

Hace un medio siglo, en las costas del Devonshire y de Cornouailles, en que la piedra calcárea de la orilla del agua está a veces completamente perforada, la línea de marea era como la urna griega de Keats, «la esposa aún no raptada de la soledad».

Las charcas y los estanques estaban siempre llenos; que la marea fuese alta o baja, no eran agitados más que dos veces cada veinticuatro horas, cuando las corrientes frías de la pleamar iban a llenarlos; luego los dejaban desbordantes, prestos a ser vivificados por los vientos tibios del aire. Hubiéranse dicho cestos de flores vivas, de una perfección tan exquisita, que mi padre, a pesar de las exigencias de su trabajo, se detenía a menudo, antes de arrancarlos, y decía: «Verdaderamente, es lástima perturbar semejante reunión de maravillas.» La antigüedad de aquellos estanques y la sucesión infinita de sus criaturas muelles y radiantes: anémonas de mar, plantas marinas, conchas, peces que los habían habitado sin ser molestados desde la creación del mundo, ocupaban la imaginación de mi padre. «Llegamos de pronto—decía—adonde nadie antes que nosotros pensó ir; si el Edén se hubiera encontrado en Devonshire, Adán y Eva, al avanzar alegremente para bañarse en la espuma irisada por el arco iris de mil colores, hubieran visto idénticamente las mismas cosas que nosotros veíamos entonces: los salicocos deslizándose como transparentes chalupas,

la *Anthea* agitando en el crepúsculo sus espesos tentáculos de un blanco de cera, y las familias del alga comestible dejándose llevar dulcemente por la corriente del agua, como inmensas banderas rojas desplegadas.»

Nada de esto existe ya desde hace tiempo. El círculo de bellezas vivientes que rodeaba nuestras riberas era muy reducido y muy frágil; si existió durante tantos siglos, fue únicamente gracias a la indiferencia, a la dichosa ignorancia de los hombres. Estos estanques de rocas, rodeados de coralinas, llenos de agua inmóvil, casi tan translúcida como el aire, en donde la vida pululaba bajo sus formas más bellas y más sensibles, no existen ya; han sido todos profanados, vaciados, despoetizados. Un ejército de coleccionadores ha pasado por ellos y ha entrado a saco en cada rincón. El paraíso fantástico ha desaparecido, el maravilloso producto de siglos de selecciones naturales ha sido aplastado bajo los rudos pies de la curiosidad bien intencionada, pero imprevisora. Mi padre, tan respetuoso, tan conservador, es responsable, por el hecho de la popularidad adquirida por sus libros, de una calamidad que no había previsto; pronto se dió cuenta de ello y experimentó un gran pesar. Nadie verá ya en las riberas de Inglaterra lo que yo vi en mi infancia: esa aparición submarina de rocas, salpicadas y estrelladas de una infinita variedad de anémonas y empavesadas con sedosas banderas purpúreas y carmesíes.

Al revivir estas impresiones, no puedo ponerlas en un orden cronológico exacto. Las expediciones de que hablo empezaron pronto en 1858; llegaron a su apogeo durante el verano de 1859 y no cesaron por completo, a lo menos en lo que concierne a mi padre, hasta veinte años después. Pero mientras que componía lo que, al decir de los sabios, es su contribución más valiosa a la ciencia: *Historia de las anémonas de mar y de los corales de Inglaterra*, fue cuando trabajamos a orillas del Océano con este fin definido, y la última parte de esta obra, todavía clásica, estuvo dispuesta para la imprenta en 1859.

He aquí cómo trabajaba mi padre en ocasiones. Metíase



hasta la cintura en uno de aquellos inmensos estanques, para examinar la superficie de la roca encima y debajo del agua. En esos lugares difíciles de acceso (en los que yo no podía aventurarme nunca obligado a permanecer—Andrómedes un poco temeroso—encadenado en terreno más seguro) se ocultaban especies animales y vegetales de una variedad maravillosa. Mi padre buscaba los sitios de la roca que mejor refugio ofrecían a una gran variedad de criaturas vivas, y cortaba fragmentos lo más bajo posible en el agua. Estos trozos de roca eran inmediatamente sumergidos en jarras de agua salada que llevábamos con tal objeto. Cuando recogíamos todo lo que podíamos llevarnos, emprendíamos el camino de vuelta, largo y escarpado. En casa, poníamos nuestro botín en unas artesas bajas llenas de agua de mar. Al cabo de unas horas, cuando todas las impurezas habían caído al fondo y se habían repuesto del transporte todos los seres vivos que habíamos traído, empezaba mi trabajo. Mi vista, a pesar de una miopía molesta, era de una fuerza y de una claridad extraordinarias. Incapaces de examinar los objetos a la menor distancia, mis ojos se habían habituado a ver todos los detalles de una superficie infinitamente pequeña. La artesa con nuestros trofeos estaba sobre una mesa, cerca de la ventana, y yo, de rodillas en una silla, frente a la luz, me inclinaba sobre la superficie hasta que no estuviese más que a una o dos pulgadas de mis ojos. A menudo, en mi celo me inclinaba tanto que metía la nariz en el agua, lo que me daba un ligero estremecimiento. Si un espectador ocioso me hubiese encontrado en esta actitud, hubiese creído que trataba de lavarme la cabeza y que no me determinaba a meterla. Permanecía a veces mucho tiempo conteniendo la respiración y examinando con extremo cuidado cada átomo de roca, cada partícula de restos. Mi padre hubiera necesitado una lupa para este trabajo; usaba una para comprobar y completar mi examen. Él mismo ha testimoniado bondadosamente la utilidad de mis observaciones en su *Actinología Británica*, en donde dice que debe mucho «a la vista penetrante y bien ejercitada de su

hijito». Y si está permitido hacer el propio elogio, ¿cuántos eminentes biólogos y miembros célebres de la Sociedad Real podrían jurar, con la mano en la conciencia, que antes de la edad de diez años habían añadido no solamente una nueva especie, sino un nuevo género a la fauna británica? Esto lo puede hacer, sin embargo, el autor de estas páginas, porque el 25 de Junio descubrió un corpúsculo infinitesimal, y corrió, presa de la mayor agitación, a anunciar el descubrimiento de aquel animálculo, «cuya forma le era desconocida», y que desde entonces figura en todas las listas de anémonas de mar como la *Phellia murocincla*. ¡Ay! ¿Cómo es que tan hermoso comienzo no haya producido un biólogo más?

Aquellas deliciosas idas y venidas a orilla del mar hubieron de mejorar mucho mi salud; sin embargo, todavía la consideraban frágil. Me abrumaban con mantas y tapabocas, y cuando paseaba entre Miss Marks y María Gracia, parecía un fardo de franela. Esto bastaba para darme un aspecto delicado que los *Santos* no tenían el menor escrúpulo de comentar ante mí, de la ruda manera que les era habitual. Me impresionó mucho la conversación que tuvieron una noche las criadas junto a mi cama. Una enorme cocinera, Susana y Kate, la charlatana y pesada doncella, que componían nuestra servidumbre, estaban una noche de verano, no sé por qué, cada una a un lado de mi cama y hablaban. Yo había cerrado los ojos y permanecía completamente inmóvil a fin de evitar hablarlas.

—¡Pobre corderillo!—dijo Kate en tono familiar;—no estará mucho tiempo en este mundo; seguramente que se va a ir con Jesús, no tardando, a juzgar por su cara.

—Nada de eso—contestó Susana;—yo he soñado con él, y estoy segura de que será conservado para el servicio de las misiones.

—¡Para el servicio de las misiones!—repitió Kate impresionada.

—Sí—continuó Susana con énfasis solemne;—derramará su

---

sangre por el Señor en los países paganos; es lo que le espera en el porvenir.

Cuando se marcharon empecé a dar puñetazos en las mantas, y juré que, sucediese lo que quisiera, no iría jamás, *jamás*, a predicar el Evangelio entre esos horribles negros de los trópicos.

EDMUNDO GOSSE

*(Continuará.)*

# EL CLONDIC

## Y LA VIDA DE LOS BUSCADORES DE ORO

---

### VII

#### Mi primer viaje en trineo.

El 11 de Enero de 1899 fuimos en un trineo, tirado por perros, a visitar los distritos mineros. Ibamos Morton, Enrique Munn y yo, con cinco perros enganchados dos a dos. Enrique Munn representaba el tipo por excelencia del *clondiquer*. Creo que había adquirido muy honrosamente sus diplomas en Cambridge. Le conocí en San Miguel, en el mes de Enero de 1898. Había descendido del Yukon, durante mil ochocientas millas desde los lagos, en una canoa Peterborough, llevando por todo equipaje un saco de harina, un infiernillo para cocinar y un fusil.

Había por allí tantos gansos y patos como mosquitos. Durante las largas tardes—el sol no se ponía antes de las once,—Enrique Munn iba a una caleta. Recogía alguna maleza, encendía fuego, y en un palo asaba un pato o un gamo que cazó el día anterior. Después ponía su canoa a flote, se acostaba cómodamente en el fondo y dejaba que la embarcación se deslizase sola por la corriente tranquila, aunque rápida. Como el río no estaba cortado por bancos de arena ni cascadas, no te-

nía nada que temer. Si su *Peterborough* daba en la orilla o en una isla de arena, el choque le despertaba; daba entonces un impulso a la embarcación, a fin de ponerla en la corriente, y volvía a dormirse.

Enrique había vuelto a Dawson, y al regreso de una nueva excursión de caza que acababa de hacer en las fuentes del Clondic, aceptó con gusto unirse a nosotros para hacer aquel corto viaje y servirnos de automedonte. Nuestros perros, tres malamuts y dos de raza extranjera, no parecían famosos. Enrique había apalabrado para nosotros un buen tiro, compuesto únicamente de malamuts; pero como la víspera habían salido de Dawson varios hombres precipitadamente, el propietario de los perros pudo alquilarlos mucho más caro a algún minero apremiado por marchar. Hubiéramos podido quejarnos y llevarle al Juzgado; pero, ¿para qué? El trato se había hecho de palabra, y no habíamos entregado ninguna cantidad. Además, aquel invierno, en Dawson, los negocios estaban un poco relajados. Empezábase apenas a conocer a las gentes, y estaba bastante generalmente admitido que cuando alguno cometía un error podía retractarse, sin que se le buscara camorra, si es que estaba a tiempo de hacerlo. Así, tras los comentarios más diversos y más variados, encargamos sencillamente a Enrique que tomase lo que encontrara en el mercado de perros, y pudimos salir a la hora convenida. Morton hacía el viaje para poder enviar, a su vuelta a Dawson, a sus jefes de Londres, sus observaciones y sus impresiones.

El tiempo estaba frío, seco y claro como si la atmósfera hubiera estado vacía cuando tomamos la calle larga y silenciosa que seguía la orilla del Yukon. La superficie del río estaba lisa como mármol pulimentado. El vasto manto de nieve que la cubría no parecía hacer una arruga, y no estaba rayado sino por la pista de los trineos que conducía a White-Horse, y otra más estrecha y apenas visible que se dirigía hacia el Oeste de Dawson.

Las puertas de todas las cabañas estaban cerradas; a los

lados y ante el umbral, pedazos de hielo estaban encajados como maderos, y columnas de humo salían de las chimeneas. Las gentes que encontrábamos, que por sus trajes hubiéramos podido tomar por esquimales, parecían desbordantes de alegría y de salud. Nos gritaban: «¡Hasta la vuelta!» cuando pasábamos.

Al llegar al final de la calle, franqueamos la orilla y nos lanzamos al Clondic, que seguimos teniendo cuidado de mantenernos en medio de la pista. Aquel camino debía conducirnos al río Hunker. Después de haber pasado el punto de confluencia del Clondic y el Yukon, percibimos a nuestra derecha muchas cabañas. Sucediáanse en la orilla durante una o dos millas, pero de ninguna de ellas vimos salir humo. Aquello constituía los restos de la «carrera a la mina» de 1897.

Gentes sin amparo habían construido provisionalmente aquellas casitas, con intención de dejarlas en cuanto terminase el invierno. Parece que no haya nada estable en este país, si no es el trabajo de Dios.

Después de haber pasado aquella aldea hecha de cabañas abandonadas, dejamos atrás el río Bonanza, y continuamos nuestro camino. A derecha e izquierda, en las vertientes de las colinas que bordeaban las dos orillas del Clondic, observábamos muchos arbustos.

Los perros galopaban sin ruido, y el trineo parecía volar. Enrique, de pie en la trasera, llevaba el timón; pero la pista era tan estrecha y tan clara, estaba tan bien señalada por los muros de nieve que la encauzaban, que el tiro no necesitaba ser dirigido. Pronto, a pesar de los trajes de pieles de perro, de lobo y de lince que nos envolvían, sentí que un frío mortal empezaba a invadirme, y que mis pies y mis manos comenzaban a entorpecerse.

—Enrique—exclamé,—no puedo más; llevo camino de helarme. Es preciso de todo punto que paremos para encender fuego.

—¡Bah!—dijo Enrique, que, por haber pasado ya un in-

vierno en aquellas regiones, era un veterano entre nosotros.—  
Voy a calentarle a usted.

Abrió el abrigo en el que me había envuelto como una momia antes de acomodarme en el trineo, y empujándome con todas sus fuerzas, me hizo rodar hasta el borde. Caí, desde una altura de cosa de un pie, en la nieve blanda que bordeaba la pista.

—Ahora— dijo,—levántese y venga.

Me puse en pie cuando vi que el trineo desaparecía tras un recodo. No era el momento de hacer observaciones; además, no había nadie para oírmelas. Eché, pues, a correr todo lo de prisa que podía. Observé con sorpresa que corría muchísimo y sin fatiga. Llevaba calzado de fieltro, y mis abrigos de pieles se habían quedado en el Trineo. Tuve que correr así cerca de una milla, mientras que Enrique había imaginado el suplicio de Tántalo de permanecer siempre a corta distancia de mí, y alejarse en el momento en que creía alcanzarle. Por fin, paró los perros jadeantes, que se apelotonaron en el lugar de parada, que era su manera de descansar.

El frío era tan intenso, y los movimientos del cuerpo eran tan necesarios para combatirlo, que yo no estaba ni demasiado cansado ni sofocado. A los pocos momentos de volvernos a poner en marcha me divertí en echar a rodar a Morton, cuando menos se lo esperaba, con gran regocijo mío. Era gordo y bajo, y con gran contento veía yo las gotas de sudor que brillaban en su frente, cuando Munn, rindiéndose al fin a sus llamamientos lastimosos y a sus ruegos, le dejó acercarse después de haberle hecho correr durante media hora. Repetimos esta operación varias veces, a lo que debimos nuestra salvación. El maravilloso Munn corría como un indio. Hizo así más de la mitad del camino, ya delante, llamando a los perros, ya a los lados. Por fin, ponía el pie en el borde del trineo, lo que le proyectaba hacia atrás. Erguido, recto como un timón vertical, dirigía los movimientos de los perros, tanto con sus gritos como con el látigo. ¡Glee! ¡Hal! y Musch si se añaden otras

E. M.—Octubre 1913.

palabras de menor importancia, constituyen todo el vocabulario de un buen conductor. *Glee* significa a la derecha; *Ha*, a la izquierda, y *Musch*, adelante. Esto último es una corrupción de la palabra francesa *marchons*, lo que prueba que los viajeros franceses canadienses han implantado su vocabulario tanto en el lenguaje de los habitantes del nuevo Noroeste como en los nombres de localidades de la región.

Encontrábamos peatones, unos que iban a Dawson, otros que volvían. Los primeros, procedentes de los riachuelos, iban cargados como animales. Nunca hubiese creído que un hombre fuera capaz de andar fácilmente con un peso tal en los hombros o a la espalda. Comprendo muy bien que el equipo completo de un soldado romano pudiera pesar sesenta libras, desde que he visto a esos vigorosos mineros marchar bravamente en medio del aire glacial, llevando a la espalda una provisión de harina, tocino y alimentos diversos, un hacha, una pala y a veces hasta una tienda de campaña. Eran demasiado pobres para tener un perro o comprar un trineo de mano que hubiera podido costarles veinte dólares; pero estaban llenos de esperanza, de salud y de contento. Ninguno parecía abatido o desgraciado. La atmósfera clara y límpida les daba fuerzas y ánimos. Iban a paso ligero, y cuando les pasábamos al trote nos bromeaban, sin que nunca pudiera ser la última nuestra réplica.

—Vamos, mi pequeño leopardo—dijo Enrique a uno de los que encontramos.—Parece usted fatigado.

—Nada de eso—replicó el interpelado.—Usted es el que tiene las mejillas pálidas como las de una muchachita. Mejor haría usted en apearse y frotárselas un poco.

El consejo no era de despreciar, porque las mejillas de Enrique estaban realmente en camino de helarse.

—¿Dónde acampará usted esta noche?

—No lo sé. Pienso que en la primera *road-house*, si no nos llevan muy caro.

—¿Adónde va usted?



—Al Hunker superior.

—¿Quiere que le ofrezca una carrerita gratis en coche?

—De ninguna manera. Me helaría en su endiablado trineo.

*¡All right!*

Le dejamos, pues, caminar animosamente. Una privación penosa para el viajero en estos climas es la de que, cuando está en camino, no puede beber ni fumar. Si fuma, su aliento se congela, por lo menos en parte, que cae al suelo; en cuanto a la otra parte, forma copitos, que se adhieren a la barba y alrededor de la boca. Si bebe, como el estómago se calienta repentinamente con el licor, sufre un violento cólico, y la reacción es penosa y dolorosa, si no peligrosa. Pero quedan, por fortuna, la tarde y la noche para indemnizarse.

Después de haber recorrido una distancia de veinticinco millas, nos detuvimos para pasar la noche en una *road-house* que tenía el número cincuenta y cuatro sobre el Hunker, es decir, situada al nivel de la mina cincuenta y cuatro abajo de la *Descubierta*. Llámase la *Descubierta* la primera mina que haya sido explotada sobre un río. Aquella *road-house* consistía en una vasta cabaña, sin más que una inmensa habitación de unos cuarenta y cinco pies de largo; unas vigas de pino sostenían el techo, y estaba caldeada por tres estufas. Había allí veinticuatro literas vacías, dispuestas como las de los pasajeros de segunda clase en un trasatlántico.

Una mujer estaba preparando una buena comida de caza: patatas y salmón en conserva; pero no tenía azúcar para los doce o quince viajeros recogidos para la noche. Su marido estaba ocupado en partir leña para alimentar dos de las estufas (la tercera servía a su mujer para cocinar); las atendía celosamente, cuidando de que estuviesen siempre llenas. A pesar de tanta calefacción, las paredes de madera de la cabaña estaban incrustadas de escarcha. La habitación estaba iluminada por dos grandes lámparas de aceite que colgaban de la pared, y cuya luz mortecina no hubiera permitido leer. Después de haber cenado, nos apelotonamos alrededor de la estufa mayor,

hablando del tiempo que haría al día siguiente y discutiendo de cuestiones de minas. No había sillas; solamente dos banquillos. Observé que nadie se preocupó del lugar de que veníamos. Hablar del exterior estaba vedado. No juzgábamos a propósito comentar las noticias truncadas que los periódicos de Dawson habían tomado de viajeros de paso, o de otros periódicos recientemente llegados. Podíase haber sido fuera un príncipe o un campesino; allí, en el interior, éramos todos iguales.

A las diez, marido y mujer se acostaron en unos bancos próximos, y nosotros seguimos su ejemplo. El se levantó varias veces para alimentar el fuego en la estufa grande, y trató de que diese el máximo de calor; sin embargo, sufrí cruelmente de frío, a pesar de mi traje de lince. La barraca de troncos de árboles era tan vasta y tan sombría, que creo que no se hubiera estado mucho peor al aire libre.

Al día siguiente, Enrique nos llamó temprano, pero no estábamos en modo alguno dispuestos para reanudar el viaje; yo sufría, me dolían las piernas y los pies por haber corrido demasiado la víspera.

—Vaya a dar de comer a los perros—le dije,—y vuelva.

—Les di de comer anoche—contestó.

—¿Y qué tiene que ver eso con hoy?

—Cuando se viaja, no se les da de comer más que una vez al día.

—¿Cómo?—exclamé con asombro.

—Sí, y esto produce su efecto. ¿No recuerda usted la velocidad con que recorrimos nuestras dos últimas millas ayer?

—Sí. ¿Y qué?

—Pues bien, fue porque los perros percibían a lo lejos la *road-house* en donde sabían que les esperaba una cena caliente.

¡Qué diferencia con los caballos, a los que hay que dar de comer tan a menudo! A las once nos pusimos en camino, no sin lamentarnos. Temblábamos, pero nuestras piernas estaban bien vendadas, y, bajo el aguijón agudo del frío, fuimos de

prisa. A las dos o tres horas llegamos a una cabaña, en donde nos sirvieron un buen plato caliente de judías con tocino. Nuestro huésped era un hombre al que los mineros llamaban el *Juez*. En efecto; con su manera de saludar, su cortesía, su amabilidad cordial, parecíase bastante a un juez. Tal vez había verdaderamente adquirido ese título en otro país. No le preguntamos su nombre, porque estos detalles tenían para nosotros poquísimo interés.

Nos volvimos a poner en marcha. A los perros les costaba trabajo avanzar por la nieve blanda que cubría la pista, generalmente dura y lisa. El peso de nuestros equipajes, cerca de doscientas cincuenta libras, añadido al peso del trineo, hacía la tarea penosa para los perros. Morton y yo tuvimos que hacer todo el camino a pie, unas veces andando, otras corriendo. Enrique llamaba a los perros, que, dando ladridos salvajes, saltaban en el aire, se lanzaban hacia adelante con tal frenesí y haciendo tan grandes esfuerzos para arrancar, que los tirantes parecían siempre a punto de romperse. Los malamuts sobre todo, si no lograban que el trineo arrancase, se tendían hasta el punto de tocar con los vientres en el suelo y parecían serpientes; hundían sus patas en la nieve y tiraban como tigres. Para esto bastaba estimularlos con palabras; ni una sola vez tuvimos que recurrir al látigo. Jamás se hubiera esperado tanta constancia en la abnegación, tanta perseverancia en el esfuerzo, en perros semisalvajes. La sangre de lobo que corría por sus venas, al mezclarse con sangre civilizada, los había dado tales cualidades de resistencia y de fuerza, que durante un largo viaje podían prestar mayores servicios que los grandes daneses y los terranovas.

Por fin llegamos a la *Descubierta*, en donde vivía Andy Hunker, el que, por haber sido el primero en descubrir oro en aquel lugar, dió su nombre al río. La *road-house* próxima estaba servida, con gran sorpresa mía, por una mujer que había hecho el viaje de San Francisco a Dawson, vía San Miguel, con toda su familia, es decir, hijos e hijas ya mayores. Con

ayuda de Andy, con el que había de casarse más adelante, construyó aquella *road-house* de la *Descubierta*; y el negocio marchaba bien, porque por aquella parte del país, en donde había muchas minas en explotación, pasaban muchos mineros.

Después de cenar, fuimos recibidos por Andy en su cabaña, bien tibia y muy confortable. El antiguo viejo *clondiquer* nos saludó con amable sonrisa, sirviéndonos un vaso de *scotch* con agua.

—Pues bien—dijo contestando a nuestras preguntas;—en el mes de Septiembre de 1896 encontré el oro por primera vez. Salí de Forty-Mile en cuanto supe que Carmack había encontrado oro en el Bonanza. Pero cuando llegué, todos los buenos lugares estaban ya ocupados. Llegaba demasiado tarde. Ya ven—añadió con una sonrisa—que he recorrido el país en todas direcciones, pero no lo volvería a hacer hoy con la misma actividad. Ahora, todo va bien—dijo bebiéndose un vaso de *scotch* que hubiera derribado a otro cualquiera, y limpiándose los labios con el dorso de su mano vellosa.—Va bien y nada tengo que lamentar. Cuando vi que no había nada que hacer en el Bonanza y en Eldorado, vine a este lado a través de las montañas. Cuando me encontré este río, pensé que bien podría contener oro. y durante quince días trabajé de firme. Me pareció que no era malo, y volví a Forty-Mile para buscar con qué albergarme. Luego vine otra vez con provisiones de invierno y con Johnson para que me ayudase.

Y, al decir esto, señalaba a un sueco estúpido, de elevada estatura, con una cabellera de bandido, que llenaba la cabaña. Siguió:

—Tuvimos que remontarnos al Oeste del Yukon, porque de este lado el hielo era demasiado espeso. No era fácil llevar la embarcación contra la corriente, y nos costó mucho trabajo. Fue un viaje penoso, sí, muy penoso, que duró catorce días, y todas las noches bajaba más el termómetro. Por fin, llegamos felizmente aquí, construimos esta bonita cabaña, y aquí hemos seguido.

Y Andy miraba complacido el suelo sucio, los dos bancos, la ventana nada limpia, cuyos cristales estaban hechos de botellas de cerveza, y las vigas ennegrecidas del techo.

En un estante había algunos libros; eran seis volúmenes de Gibban.

—¿Quién los ha dejado aquí?—pregunté a Andy.

—¿Que quién los ha dejado aquí?—replicó él secamente.—Nadie. Yo los tengo desde hace dos o tres años. A todas partes los he llevado conmigo, y los he leído casi todas las noches, siempre que tenía tiempo. Apuesto a que sé más sobre César, Adriano, Atila, Belisario y los otros, que usted o que cualquiera otro—añadió triunfalmente.

Examiné las tapas y las hojas manchadas, pero sin polvo, y miré con respeto a aquel viejo que había conservado un gusto tan raro en tal lugar y entre tales gentes.

Por la mañana, Andy nos condujo a sus minas, y llenó una vasija de lodo que sacó de un agujero de diez pies de profundidad. Lavó el contenido en una cubeta de agua, y quedó en el fondo oro en bruto por valor de cinco dólares. Aquellos trozos brillantes me parecieron lo bastante apetecibles para hacerme olvidar el frío y la tristeza del país en que hay que buscarlo.

Pagamos diez y ocho dólares en polvo de oro por el albergue de una noche, unas malas judías, tocino, café y pan, y nos marchamos a las once. Del fondo del valle se elevaban en espirales nubes de blanco humo que oscurecían el aire, pero lo caldeaban sensiblemente. Provenía aquel humo de las hogueras que se encendían para deshelar el suelo.

Cada ochocientos metros encontrábamos un grupo de hombres trabajando afanosamente alrededor de un pozo, con una temperatura de cuarenta y cinco grados bajo cero. A la verdad, reflexión que he hecho varias veces, los que habían venido al Clondic y trabajaban de aquella manera, ganaban bien lo que encontraban y hasta merecían más.

Llegamos al paso escarpado que separa el río Hunker del

Dominion. Una vía férrea abandonada subía en línea recta la cumbre. Desafié a Morton a subirla, y, con gran sorpresa mía, no tardó en tomarme la delantera; pero, de pronto, le faltó pie y volvió a bajar la pendiente rodando, con la velocidad de un automóvil, hasta que le contuvo, sin que sufriera daño alguno, un montón de nieve. Volvió a subir, sin embargo, y, bromeando sobre el accidente, llegamos a lo alto. El frío era terrible; el termómetro debía de acusar cuarenta grados bajo cero; no obstante, nos tumbamos agotados sobre la nieve, con la frente sudorosa y sin aliento. Desde allí descubrimos un vasto panorama de un blanco crudo.

En un recodo de un nuevo camino, trazado por el Gobierno, vimos abajo a Enrique, cargado a más no poder. Vaciló y se dejó caer, todo sofocado, tirando al suelo un grueso paquete de pieles.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde están los perros?

Formulábamos estas preguntas mientras que la idea de un accidente, de una caída en un precipicio, se presentaba imperiosamente a nuestra imaginación. ¡Y la *road-house* más próxima estaba a veinte millas de allí!

—Nada. Es que este camino del Gobierno...—murmuró Enrique con dificultad.—Los perros no pueden subir este maldito camino ni con el trineo vacío. Lo he dejado abajo después de haberle vaciado de cuanto contenía. Los perros están a doscientas yardas de aquí, medio muertos... Necesito volver a bajar para tomar un nuevo cargamento.

De hombres de este temple proceden los creadores de imperios.

Mirábamos a Enrique, a la carga, al camino. Este era muy escarpado, y un hombre desembarazado en sus movimientos hubiera necesitado todas sus fuerzas y todo su ánimo para escalar aquella rampa resbaladiza. Pero, mientras que el frío nos penetraba, exclamó Morton alegremente:

—Vamos a bajar y le echaremos una mano.

Bajamos tras de Enrique, y hallamos los perros que se ha-

bían apelotonado, formando una masa compacta con el trineo, en medio de las mantas y de las provisiones que Enrique no se había podido llevar. Desenganchamos los perros y logramos poner el trineo en el camino, después de haberle desembarazado de su contenido. Morton pudo entonces enganchar de nuevo y marchó delante, mientras Enrique y yo subíamos más lentamente la pista con el resto de nuestros efectos. Fue un triste cuarto de hora el que pasamos. Como ocurre frecuentemente en medio del invierno, los rayos del sol habían ablandado la superficie del hielo, de suerte que, en vez de deslizarse fácilmente, los patines del trineo se hundieron una o dos pulgadas. Los perros, a pesar de sus arrestos y buena voluntad, tuvieron entonces que pararse en seco, en la imposibilidad absoluta de arrastrar el trineo, por ligero que fuese. Era de todo punto preciso ayudarles. Dejamos en el suelo cuanto llevábamos, y, a fuerza de tirar y de empujar, nosotros y los perros, concluimos por avanzar un poco; entonces tuvimos que volver sobre nuestros pasos para recoger los efectos. Llevábamos mucho whisky, pero no nos atrevíamos a tocarlo.

Necesitamos dos horas para llegar al punto en que ya estuvimos Morton y yo. Creo que si el funcionario encargado por el Gobierno de la conservación y vigilancia de aquella pista se hubiera entonces encontrado allí, le hubiésemos hecho llevar una buena parte de la carga, y esto amén de las críticas y observaciones.

Comenzamos la bajada. Hombres y cosas estábamos amontonados en el trineo, y Enrique Munn hacía ir a los perros con una rapidez espantosa. Así descendimos con una velocidad loca la otra vertiente de la colina, de tanta pendiente por lo menos como la que acabábamos de dejar. Enrique estimulaba a los perros, y los bravos animales se veían obligados a una atención de todos los instantes. Si uno de los perros hubiera tropezado y caído, no se hubiese podido hacer nada. Mi corazón palpitaba de angustia, y me agarraba nerviosamente al trineo cuando llegábamos a recodos bruscos. Los pedazos de

hielo saltaban alrededor de nosotros, y avanzábamos entre un torbellino de nieve que nos envolvía como una nube.

Al principio todo fué bien. El perro guía, de cuya destreza dependía nuestra suerte, no perdió pie. Era un animalito inteligente, del tipo del mastín escocés. Llevaba el convoy a una marcha loca al bajar las pendientes abruptas, y, tras él, los malamuts ladraban como perros de caza... Pero un trineo de ocho pies, tirado por cinco perros en fila, forma una cinta de bonita longitud. No era cosa de juego dirigir todo aquello. Sucedió que el extremo de uno de los patines de acero del trineo tropezó con un bloque de hielo que se encontraba en medio de la pista. Fue un relámpago: el trineo saltó en el aire como una pelota y, arrastrado por su peso, rodó hasta el pie de la pendiente; los perros, que, en esta coyuntura, en vez de tirar, eran arrastrados, daban aullidos espantosos. Enrique, que, muy afortunadamente, se había apeado del trineo para andar, poco antes del accidente, acudió a nosotros, mientras que, hundidos en la nieve, éramos los espectadores lastimosos del desorden de nuestros efectos.

—¿Cómo están ustedes?—dijo en tono de chanza.—¿No les parece que es hora de levantarse? Saben que no podemos quedarnos aquí toda la noche.

Él estaba tranquilo, y aquella era su manera de animarnos y consolarnos.

—Quite primero todo lo que tenemos encima—contesté:—los perros, el trineo, el whisky y la nieve. Después nos levantaremos ciertamente.

Hizo lo que le decía, y por fin pudimos alzarnos. En suma, el daño no era grande. No se había roto nada, y no se lastimó uno al caer en un montón de nieve.

Eran las siete, y el cielo resplandecía de estrellas, cuando llegamos sin menoscabo alguno al núm. 11 de la *Descubierta*, poseída por un francés canadiense en el río Dominion. Nos sirvieron una buena comida de fresas del Clondic, acompañadas de tocino, pan y patatas, y buscamos inmediatamente después



un lugar donde poder descansar un poco. La alcoba era contigua a la habitación que servía de bar y de comedor. Eran las dos únicas habitaciones de la barraca. No hallamos cama; pero, a cosa de un pie del suelo, una especie de plataforma apoyada en la pared. Allí estaban durmiendo seis hombres. La obscuridad estaba un tanto disminuída por el débil resplandor de una estufa que no daba mucho más calor que luz. Elevamos de seis a nueve el número de durmientes.

Los dos días siguientes los empleamos en visitar y examinar las minas. El método de explotación era poco más o menos el mismo en todas partes. Perforábase hasta veinte o treinta pies a través de la costra dura quemando leña; luego se establecían galerías que partían en todas direcciones por el suelo rocoso en que se encuentra más oro. En estas galerías arrancábase el lodo, que se subía a la superficie, en donde se amontonaba para lavarlo en primavera cuando el deshielo hubiera procurado agua. Vimos varias veces abrir un pozo de una manera verdaderamente primitiva. He aquí cómo procedían los mineros: caldeaban sobre una hoguera, durante dos horas, piedras redondas y chatas, de dos pies de diámetro y seis pulgadas de espesor; después las colocaban en el fondo del pozo. Parece que estas piedras calientes deshuelan y ablandan el terreno mucho mejor que lo haría un poco de leña, y que se gasta así menos leña, sirviéndose de esas piedras para deshelar el suelo que quemándolo directamente.

Lo dudo, sin embargo, porque he visto muy pocos mineros emplear este procedimiento. Esta cuestión era muy importante, porque los árboles escaseaban en el río Dominion.

Cientos de hombres trabajaban allí pacientemente. No obstante, los resultados no nos parecieron excelentes. Los pozos eran más profundos en el Bonanza o Eldorado; hallábase más agua en el fondo, pero las paletadas de lodo que sacaban parecían mucho más pobres.

Mientras que visitábamos las diferentes minas, el tiempo era muy bueno; la temperatura no bajaba de veinte grados y

el sol lucía. Las cumbres de las colinas estaban coronadas de arbolillos cuyas ramas brillaban como perlas en la luz. Todos nos sentíamos alegres y felices, hasta nuestros bravos perros que saltaban a nuestro alrededor en la nieve.

Comimos bastante bien, y estábamos provistos de algunas botellas de cierto clarete de California, resto de dos barriles que traje conmigo de San Francisco. Parecíamos convidados de los antiguos festines romanos.

El propietario de la *road-house* era un francés canadiense, al que nos costaba trabajo entender. Su francés hubiera tal vez sido puro en tiempos de Luis XIV, pero no le habrían ciertamente entendido en los bulevares de hoy. Es un hecho bastante raro y digno de admiración, que esta raza, que ha estado aislada y alejada de Francia durante estos dos o tres últimos siglos, haya conservado tan puro su antiguo lenguaje.

Yo no entendía mucho mejor su inglés. El y su familia eran canadienses desde hacía varias generaciones. Estas gentes no son nada instruídas; la vida sana que llevan a través de los bosques, en los lagos y en los ríos del Noroeste, al darles la salud y el vigor, constituye ella sola toda su educación.

## VIII

### **Eldorado y el Bonanza.**

El 16, temprano, dejábamos el Dominion y ganábamos el riachuelo Sulphur, pasando por Caribu. La pista, aunque subiendo en pendiente suave hasta cerca de la cumbre, era bastante dura; pero arriba aumentaron las dificultades: la pendiente era mucho más rápida, y necesitamos hacer dos viajes para subir todos nuestros efectos. En nuestro camino nos cruzábamos frecuentemente con viajeros que iban en trineos tirados por perros. Encontramos dos hombres que iban de conserva, llevando cada uno de ellos, a espaldas, una carga de más de cincuenta kilos de provisiones y de útiles de minero. Cómo

llegaron a subir la pendiente hasta arriba, y, sobre todo, a franquear la última parte del camino, que era tan escarpada que hasta para un hombre con las manos y los movimientos libres era penoso escalarla, es cosa que nunca pude comprender. Aquellos pobres diablos se habían evidentemente decidido a hacer la expedición, y debían tener justamente el dinero necesario para comprar con qué comer.

El valle del Dominion, que acabábamos de dejar, encajonado en medio de altas montañas de nevados picos, forma en aquel lugar como una vasta bacía.

Unos cuantos árboles diseminados y unas tenues espirales de blanco humo, que se elevaban en la atmósfera clara y transparente, daban una nota algo más alegre al paisaje. Anduvimos todavía una milla o dos, y llegamos a la cumbre, plana, sobre la que se extendía, como por todas partes, el immaculado manto de nieve. Lanzamos entonces una exclamación de alegre sorpresa al ver allí una *road-house*. Pero, ¡ay!, nuestro contento fue de corta duración: cuando Harry preguntó al propietario si iba a poder servirnos pronto de comer, fue para oírle contestar:

—No tengo absolutamente nada. Los corredores se han llevado cuanto había aquí.

—¿Qué corredores?—exclamé yo.

—¡Cómo! ¿No saben ustedes que hay una carrera a la mina, en el Gold Run? Los últimos han pasado cerca de aquí esta mañana a eso de las dos. Todas mis provisiones se han agotado, y no me queda más que una botella de whisky—añadió frotándose las manos con evidente satisfacción.

Decía verdad, y más adelante oí hablar a menudo de semejantes historias de «carrera a la mina». El propietario de la *road-house*, que estaba dos terceras partes borracho, tenía, sin duda, el vino triste, porque parecía taciturno, cuando, por el contrario, el placer de haber liquidado de un golpe todos sus géneros debía tenerle animado. Logramos, no obstante, que nos enterara de los hechos siguientes:

El día anterior habían llegado en trineo a Dawson dos canadienses, procedentes del Gold Run, distante cuarenta millas. Habían ido al *Land Office*, y allí, después de haber enseñado polvo de oro y dado los informes necesarios, hicieron que su lote de terreno fuese reconocido por el Gobierno. Compraron luego los objetos que necesitaban y se volvieron a marchar inmediatamente. Tratábase de un riachuelo muy ignorado, perdido a lo lejos; sin embargo, gracias a las indiscreciones de los funcionarios, la noticia se había propalado. Este le contó la cosa en secreto a aquél, quien a su vez se la comunicó a un tercero, después a un cuarto, y así sucesivamente. De esta manera pronto empezó una carrera a la mina. Numerosos mineros marchaban, los unos a pie, los otros con perros de todas razas y castas; éstos llevando consigo víveres, aquéllos con las manos vacías, y todos, a pesar del frío penetrante, se precipitaban hacia el Gold Run, es decir, a una distancia de cuarenta millas, corriendo por el hielo y por la nieve, escalando ventisqueros y montañas, franqueando cuanto se les ponía delante.

Así es que como muchos de ellos habían pasado por el camino que nosotros seguíamos, las provisiones, poco abundantes, de la *road-house* se habían agotado. No nos quedaba otro recurso que apretarnos los cinturones y continuar nuestro viaje.

La cumbre sobre la que nos encontrábamos entonces, formaba una azotea de ocho millas de largo por una de ancho, absolutamente plana, y cuyo suelo, recubierto de cinco pies de nieve, era liso y blanco como el alabastro. Habíase trabajado en la nieve y trazado una pista de dos yardas de anchura en la capa de hielo dura y azulada. El contraste de los colores era curioso; hubiérase dicho un ramo de violetas marchitas entre dos manojos de claveles blancos. Ante nosotros cruzó la pista corriendo un *gopher* que, a duras penas, se libró de los colmillos de un perro hambriento que trató de atraparle al paso. Tenía la piel de una blancura deslumbradora. Ignoro como se las componen estos animales para vivir en la nieve durante esto

terribles meses de invierno. Deben hallar algún alimento en el suelo helado. El que vimos era muy pequeño, casi del tamaño de un ratón y probablemente no estaba solo. Parece que no hay en el mundo lugar alguno, por desolado y perdido que esté, en el que no se pueda encontrar un sér viviente. Creo que si se llega alguna vez al Polo Norte, se le encontrará cubierto de un rebaño de búfalos.

Galopamos todos, hombres y perros, durante una hora escasa, y llegamos a la bajada que conducía al río Brimstone. Lo que vimos nos llenó de terror. Nuestro trineo tenía ocho pies de largo por diez y ocho pulgadas de ancho. Con el tiro de los cinco perros en fila, había sus buenos veinticinco pies desde el timón de atrás hasta el hocico del perro de cabeza; y, ante nosotros, la pista en pendiente parecía no tener más que cinco pies de largo, porque desaparecía en un recodo brusco bajo los árboles, muy apretados en aquel lugar, para no reaparecer sino mucho más lejos después de haber dado mil vueltas.

Cuando viajábamos, Harry era nuestro capitán de ruta. Pronto tomaba una decisión y daba órdenes.

—No puede pasar todo—dijo.—La pista es demasiado estrecha y demasiado sinuosa. Hay que desenganchar los perros y conducirlos hasta abajo. Yo me encargo de hacer que baje el trineo.

Morton, que, contra la costumbre de los escoceses, buscaba siempre el trabajo más fácil, se ofreció en seguida para llevarse los perros. Los desenganchó del trineo, pero los dejó atados juntos. Pusiéronse a ladrar y dar saltos. En su alegría de sentirse desembarazados del peso del trineo, se lanzaron adelante arrastrando a Morton, que se cayó al suelo, pero no soltó las riendas, y consiguió por fin reprimir la impetuosidad de los animales. Cuando los vi desaparecer en su carrera, observé que no había ya nada que hacer. No obstante, hubiera deseado ser útil.

—¿Qué podría hacer yo, Harry?—pregunté.

—Nada. Baje hasta Brimstone, y procure solamente no romperse la cabeza. Yo me encargo de lo demás.

—¡Qué bromista es usted!—contesté alegremente.—Voy a ayudarle a bajar del trineo.

—¿Ayudarme? ¿Y de qué manera, si le parece?—replicó con sonrisa ambigua.

—Pues me pondré al timón y cuidaré de que el trineo no tropiece en las vueltas.

—Bueno. Está muy bien; hágalo usted.

Y marchamos, él corriendo delante del trineo, ágil como un gato, con una ligera cuerda en la mano.

—Nosotros—es decir, el trineo y yo—seguíamos pesadamente como un elefante o un hipopótamo. Pero ¡ay!, al dar una vuelta, en un recodo, nos cerró el paso un arbusto como un muro de piedra, y el trineo se paró. Pero yo no me paré con él; continué la carrera. Pude evitar el obstáculo, pero fui a caer en un talud de nieve tan profundo que desaparecí en él por completo. Harry Munn esperó tranquilamente a que saliese de allí, sin ayudarme en lo más mínimo.

—Hay que sujetar el trineo, ¿sabe usted?—me dijo irónico.

—Me parece que el árbol lo hace bastante bien—contesté indignado.

Pero él continuó:

—¿Qué es lo que piensa usted de sus nuevas funciones? Ya sabe que no le pedí yo que me ayudase.

He aquí lo que me agradecía lo hecho. ¡Y estábamos solos, perdidos en las regiones árticas!

—No creo—confesé con humildad—que pueda servir de algo si voy de pie como un mástil en el trineo. Pero tal vez desempeñaré mucho mejor las funciones de timonel si las ejerzo en una posición horizontal.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó él.

Yo tenía el vivo deseo de hacer algo y demostrar que tenía la suficiente presencia de espíritu para ser útil en una circunstancia crítica.

—Me tumbaré a lo largo en el trineo, dejando que mis piernas cuelguen por detrás. Cuando lleguemos a un recodo brusco, estiraré las piernas en el sentido opuesto, y ya verá usted lo bien que bajamos.

—Vamos a verlo—contestó él con tono arrogante.

Y se puso en marcha antes de que yo hubiera tenido tiempo de instalarme y tomar una posición que me permitiese poner mi plan en ejecución. Todo fue bien durante algún tiempo. Pero ¡ay!, el árbol que habíamos encontrado no era el único de la pendiente. No tardé en comprobarlo. En realidad, había miles y no era aquel el momento de disgustarse. Pronto observé que mi posición horizontal, si me garantizaba de una caída hacia adelante, no me impedía ni mucho menos caer de lado. Al tratar el trineo de escalar el árbol por un lado, yo rodé en la nieve por el otro. Era desesperante. Me levanté como Anteo, y, sacudiéndome la nieve que me cubría, volví a subir al trineo, sin cuidarme de los sarcasmos y de las burlas del amable Harry. Por fin llegamos abajo; pero en la última parte del trayecto Harry me seguía en vez de precederme, porque el trineo, cuando la pista descendía en línea recta, se deslizaba con la ligereza de una hoja. Encontramos a Morton que fumaba tranquilamente en su pipa, en medio de los perros que le rodeaban como un círculo de niños.

—¡Bah, bah!—dijo, mientras que le contaba mis luchas, mis aventuras y los peligros que había corrido.

Y esto fue todo. Mi flemático escocés continuó fumando su pipa, mientras que nosotros enganchábamos los perros. A los pocos momentos nos lanzábamos por el camino llano. De vez en cuando, pasábamos frente algunas cabañas de las que salía un hilillo de humo blanco que apenas se distinguía en la noche estrellada. A las seis de la tarde, llegábamos a la *road-house* *Brimstone*, a la que el río que corre cerca da su nombre. Aquella *road-house* tenía el número siete sobre el río Sulphur, en el lugar en que mezcla sus aguas con las del *Brimstone*.

A pesar de la fatiga de la jornada, no estábamos demasia-

do cansados, y, por mi parte, no me resentía mucho de mis contusiones. Aquel maravilloso clima desarrolla maravillosamente la energía física. Pero estábamos literalmente hambrientos. Se recordará que no habíamos almorzado, por no haber encontrado nada en la *road-house* de la cumbre. Ahora bien; Brimstone era el peor lugar en que nos hubiéramos podido detener. No pudieron darnos ni carne fresca, ni caza, lo que constituía nuestra comida habitual de todas las tardes. La habitación estaba cerrada y sin aire. Dos velas ardían lúgubrememente, iluminando con débil luz una docena de hombres amontonados allí. La mayoría estaba fumando, lo que contribuía a hacer la atmósfera más sofocante. Había también unos cuantos perros echados por el suelo. Por todos lados veíanse desparramados útiles de minero: picos, palas y mantas, sacos de harina, pedazos de tocino. La única estancia se parecía bastante a una trapería. Encontramos, sin embargo, excelente la cena, de pies de cerdo en conserva, trigo y café que nos sirvieron. Se puede comer de todo cuando se ha viajado durante todo un día en aquel país, y el frío da apetito.

Afuera, el termómetro señalaba cuarenta grados bajo cero. Cada vez que abrían la puerta, se llenaba la sala de una bruma blanca que nos cegaba, y, a la escasa luz de las velas, nuestras formas aparecían tan confusamente, que todos teníamos aspecto de apariciones fantásticas. No se hablaba nada, y nadie parecía estar de buen humor. Todos parecían taciturnos. No es un buen medio para hacer a los hombres sociables el amontonarlos como bestias. En medio de la sala, un cajón, bastante groseramente hecho, estaba lleno de lodo helado que se había extraído de la mina. Era una muestra de la producción del día. A la mañana siguiente, aquella bola, deshelada durante la noche, sería lavada y pasada por el tamiz, a fin de saber exactamente el resultado obtenido.

Alrededor, unos hombres estaban tumbados boca arriba, envueltos en sus mantas. Las dos estufitas luchaban mal contra la viveza del frío. Además, la puerta se abría continuamente



para dar entrada o salida a alguien; y los troncos de árboles de que estaban hechas las paredes de la barraca estaban mal unidos y mal revestidos de musgo.

Tuve que compartir mi camastro con un minero, el cual se puso junto a la pared, y estuvo leyendo hasta media noche, a la luz de un cabo de vela, teniendo mucho cuidado de no despertar a los durmientes. A las seis se levantó. Igual que los otros, no necesitaba vestirse; pero, antes de que encendiesen fuego, estaba en pie y se puso a leer hasta la hora de almorzar. Traté de ver cuál era la obra que tanto le interesaba, pero se marchó sin que pudiera lograrlo.

La atmósfera estaba clara y límpida sobre el río Sulphur, cuando nos pusimos en camino. Al subir el valle, vimos cierto número de neveras, que nos afirmaron que duraban todo el verano. Bosques de abetos y cedros cubrían las montañas, donde se veían de vez en cuando cabañas pequeñas.

El Sulphur no es un río muy afamado. Hasta se pretende que es el más pobre del Clondic, y, en efecto, las cabañitas diseminadas por el valle no parecían nada ricas, y no eran para atraernos.

A pesar de nuestras andanzas, no nos sentíamos demasiado cansados. A medio día, ocho de nosotros fueron a comer a una cabaña de ocho pies cuadrados; cuando nos sentíamos satisfechos, todos los platos estaban vacíos.

La ascensión a la colina en donde nace el Sulphur no nos fue demasiado penosa; la pendiente no era muy rápida, y nos habíamos encontrado pasajes mucho más difíciles en nuestro viaje. Las dificultades no son nunca insuperables mientras que los perros pueden tirar del trineo regularmente; la cosa es mala cuando se ven obligados a saltar a cada paso para avanzar.

La cumbre estaba absolutamente desnuda y desprovista de árboles. Una brisa suave acariciaba la nieve, muy ligera para que nos produjese inquietud alguna. Nunca he sentido un viento algo fuerte en el Clondic. Por lo demás, si durante el

invierno hubiera vientos duros, no se podría soportarlos.

En lo alto de la colina encontramos una *road-house*, que contenía tres reducidas habitaciones. Cada una de ellas poseía una estufa, pero no había fuego más que en una. Nos dijeron que la cuerda de leña costaba veinticinco dólares. Aquello era triste y hacía frío; pero teníamos tanta hambre, que no nos fijamos en nada, atentos sólo a nuestro apetito.

A una hora avanzada de la noche entraron dos hombres, que se sentaron cerca de la estufa y pidieron de comer; uno de ellos era muy delgado, y no decía nada; ni siquiera abrió la boca para hablar con su compañero; se sentó envuelto en su manta de pieles, volviendo la cabeza como para no ser visto. No tardaron ambos en entrar en la sala en donde estábamos todos acostados, y se tumbaron en uno de los camastros. Morton se volvió hacia mí y me dijo en voz baja:

—Es una mujer.

—¡Cómo!—murmuré.—¿Una mujer con traje de hombre, aquí, a estas horas de la noche?

—Sí—contestó Johnson, el propietario de la *road house*.—Es una mujer, ciertamente. Y llegan de Dawson. Han recorrido estas cuarenta millas en dos días, a pie. El hombre parece tan pobre, que no tiene ni para comprar dos perros para ella.

—Pero, ¿cómo sabe usted que es una mujer?

—Lo es, le digo. Y una mujer bonita, con largo pelo negro. No esperaba ella encontrarse aquí con una docena de hombres; y al verse con pantalones y en ese estado de agotamiento, en medio de ellos, por poco se desmaya de vergüenza.

—¿A dónde van?—preguntó Harry.

—No lo sé—contestó Johnson.—Él no me ha preguntado nada, y ha pagado la cuenta con polvo de oro que ha tomado de su saquito. Debe de ser un *propector*. En cuanto a la mujer, ignoro por completo lo que pueda ser; pero es lo cierto que no podía viajar a través de los hielos con los vestidos de su sexo. ¡Oh! He oído raras historias y visto cosas curiosas desde que estoy aquí al frente de esta *road-house*, ¡dos años ya!

Y Jonhson meneó la cabeza como un filósofo, vació su pipa y se puso a llenar la estufa. A las diez, antes de dormirme, salí un momento. Desde la cumbre en que estaba la *road-house*, la aurora boreal aparecía en todo su esplendor. Las estrellas brillaban como rubíes. Se había levantado una ligera brisa, y el termómetro señalaba cuarentay dos grados bajo cero.

La pareja recientemente llegada ocupaba un camastro precisamente enfrente del nuestro. Una débil luz nos llegaba de la otra sala, en donde estaba la estufa. El hielo había formado arabescos en la pared detrás de mí y encima de mi cabeza. Los perros, tumbados en círculo alrededor de la estufa, cuyo fuego se consumía, gruñían entre sueños. Cuando me desperté a la mañana siguiente, el hombre y la mujer se habían marchado ya. Era ella, sin duda, la que, por pudor, avergonzada de la promiscuidad de tantos hombres, le había despertado; y ambos hubieron de ponerse en camino bajo el cielo rojo de la aurora boreal. Nunca supe si llegaron á su destino o perecieron en la noche.

Salimos temprano, después de haber tomado un mezquino desayuno, compuesto de tocino demasiado delgado, café demasiado claro y unas galletas demasiado duras, sin levadura, lo que era bastante raro, porque las *road-house* daban generalmente excelentes alimentos. Pero Johnson o Johansson era sueco, y los suecos son, en general, dados a la economía. Además, los días anteriores había habido muchos viajeros. La nieve era demasiado profunda, y a los perros les costaba trabajo subir la cuesta con una carga pesada.

Johnson tenía dos tiros, de seis perros cada uno, que realizaban el viaje de Dawson cada cuatro días. Permanecía dos días en su *road-house*, empleaba un día en ir a Dawson, en donde pasaba otro para descansar y hacer sus compras. Cada trineo llevaba unas mil doscientas libras; pero para subir la cuesta había que dividir la carga y hacer dos viajes a partir de las Horcas de Carmack, separadas de la *road-house* por unas ocho millas.

Pasada la *road-house*, la pista seguía subiendo, y tuvimos que andar todavía una buena hora para llegar a la verdadera cumbre. Le han dado, a causa de su forma, el nombre de «Cúpula», pero es más bien un Panteón que se alza en medio de las estrellas. Salvo en el centro, en que la pendiente se hacía muy rápida, la inclinación era muy suave: hubiérase uno creído en una terraza artificial, cubierta de un manto de nieve inmaculada que brillaba bajo la pálida claridad del sol. Abajo veíanse todos los riachuelos auríferos; todas las colinas cercanas a la cúpula se esfumaban gradualmente hacia el lejano valle, que se distinguía clarísimamente por la limpidez y transparencia de la atmósfera. El Hunker, el Cuarzo, el Sulphur, el Dominion, el Bear y el Bonanza serpenteaban y se retorcián en contornos sinuosos en el centro, mientras que al Sureste se alejaban el Gold Run y el río Indio.

Al Este, a cien millas de distancia, se recortaba la línea blanca de las montañas rocosas, y al Sureste podía seguirse fácilmente el curso del Clondic, gracias a las cadenas interrumpidas entre las que se encontraba como encajado. La impresión de aislamiento y desolación que se desprendía de aquel paisaje era singularmente penosa. Piérdese uno a través de aquellas montañas de hielo, tan fácilmente como en el mar, y puede morir allí en el espacio de una noche. Sobre la Cúpula no había ningún árbol; la nieve parecía haberla cubierto como con un sudario, y su superficie estaba absolutamente unida.

En Camarck, la fuente del Bonanza, almorzamos con buñuelos y café; era todo lo que había en la *road-house*. Al descender el Bonanza, nuestro trineo se deslizó en una atmósfera sombría; había allí muchas minas en explotación, y las cabañas eran muy numerosas. Encontrábamos en nuestro camino mineros a pie, cargados de pesados fardos, porque aquella pista era una de las vías más importantes y más frecuentadas de las que irradiaban alrededor de Dawson.

Tras un viaje largo y fatigoso, llegamos a las grandes Hor-

cas, en donde encontramos dos fondas en lugar de una *road-house*, lo que nos fue, si no un alivio, por lo menos una variación. La cena era copiosa y excelente. Nuestra cama consistía en un paño sucio, extendido sobre tablas cojas, nada más. A los viajeros les incumbía proveerse de lo demás. Dormimos mal, por varias razones: primeramente, a causa de la dureza de nuestros lechos; además, como estábamos en el piso segundo, los ruidos de abajo pasaban a través de las rendijas del suelo. Oíamos cantar, jurar y bailar. Pagábase un dólar por una vuelta de baile y un consumo. Poco a poco mis sentidos se aletargaron al rumor de la flauta, del violín y del acordeón, y soñé con el sudario de nieve echado sobre la Cúpula, y con la mujer vestida de hombre.

Era muy entrada la mañana cuando, después de haber almorzado, enganchamos los perros y nos pusimos en camino para Eldorado. Allí había abiertas muchas minas. Cientos de hombres trabajaban a un dólar la hora, y en todos los alrededores la vida parecía activa y feliz. Paramos en casa de Billy Chappell, en el número 27, sobre Eldorado. Era un hombre de treinta años, una especie de Antinóo de una belleza de cuerpo y de cara notable. Con sus mejillas sonrosadas, sus ojos de gacela, aquel joven sueco era reputado como el más hábil de los propietarios de minas del Clondic. El 5 por 100 que tenía sobre aquella mina del número 27 había costado seiscientos dólares dos años antes. Macdonald, su socio, le había prestado la cantidad. El terreno produjo más de un millón de dólares.

Yo había encontrado a menudo a Billy en Dawson, y, naturalmente, conocía a Harry y a Morton. Visitamos con él la mina y bajamos al pozo, que no tenía más que quince pies de profundidad. Abajo, el suelo estaba deshelado.

—¿Quieren ustedes ver una buena paletada?—nos dijo.

—Ciertamente—repliqué,—aunque no nos la ofrezca usted como recuerdo.

—¡Oh! En cuanto a eso, es otra cosa—dijo él riendo;—pero van a poder darse cuenta de lo que hacemos aquí.

El contramaestre llenó una vasija con lodo y grava; unas veinticinco libras. Llevóse todo a la cabaña, y se lavó y pesó el contenido de la vasija. Encontráronse doscientos cincuenta dólares en pepitas de aspecto oscuro, y de un valor que variaba de uno a veinte dólares. Estábamos maravillados ante la riqueza de Eldorado. Chappell telefoneó entonces a Stanley y Worden, que ocupaban el número 24 hacia arriba.—¡Ya había allí teléfono!

Obtenida la comunicación, cambiáronse rápidamente estas palabras:

—¿Es usted, Charley?

—Sí.

—Bien. Acabo de lavar una vasija delante de Morton y el senador; contenía doscientos cuarenta dólares. Apuesto a que no hace usted otro tanto.

—Recojo la apuesta. ¿Cuándo vendrán?

—Después de comer, y yo los acompañaré.

—*All right!* Estaremos dispuestos.

Ya de tarde avanzada, después de haber visitado gran número de otras minas, pero cuya riqueza no era nada comparable a la de Chappell, llegamos a casa de Charley-Worden. Nos agolpamos para ver descender el recipiente en el pozo, no más profundo que el de Chappell. Naturalmente, el suelo había sido deshelado la noche anterior, sin lo cual todos los picos se hubieran rápidamente embotado. El contramaestre, que conocía todos los buenos lugares, llenó cuidadosamente la vasija, recogiendo el lodo con sus manos. Vimos trozos de oro, y creímos que Charley había ganado la apuesta; sin embargo, no se hallaron más que doscientos veinticuatro dólares.

—Charley—dijo Billy,—va usted a poner ese oro en un saco, y permitirme que me lo lleve a mi casa.

Charley lo hizo con aire apenado.

—Ahora—añadió Billy muy alegre, pero con flema imperturbable—vamos a beber un poco de ese champaña de usted, de a veinte dólares la botella. El que pierde tiene que convidar.

Charley, lleno de pesadumbre, sacó la bebida que se pedía, un champaña que costaba veinte dólares la botella en Dawson. Estábamos en la segunda botella, cuando exclamó:

—No tengo más que un medio de desquitarme; es hacer que se queden todos ustedes a cenar. Después haremos música. Bien me deben esta compensación.

—¡Música!—exclamé.—No veo el piano.

—¿Un piano?—contestó Chappell.—Pero, ¿por quién nos toma usted? Por mujeres, sin duda, o por profesionales. No hay más que dos pianos en el Clondic, y están en casas de juego; uno está en el *Monte Carlo*, y otro en casa de Tom Cisholen, en la *Aurora*.

—Pero—añadió Charley,—tenemos un violín, una guitarra y una flauta, y en seguida bajaremos a las Horcas para dar allí un concierto.

Contestamos con un grito de alegría a manera de aquiescencia. La cena estuvo muy bien; la regamos con scotch y champaña, y fumamos excelentes cigarros. Los dos hermanos, Stanley y Worden, procedían de Seattle. Habían alquilado cada uno una mina, con los números 25, 26 y 27, sobre Eldorado, que se extendían en una longitud de quinientos pies y ocupaban toda la anchura del valle. Esto era la regla: las tres minas debían producir cada una una fortuna, sin exigir mucho trabajo y sin que tampoco fuese preciso gastar mucho en la explotación. En efecto; como el lecho del río era muy estrecho, el oro no había podido esparcirse. Además, la capa de oro se encontraba relativamente muy cerca de la superficie, y no se tenía que ahondar a más de veinte pies de profundidad.

Concluída la cena entraron los vecinos. Entre ellos había tres mujeres, las únicas que viviesen en un radio de dos millas, entre quinientos o seiscientos rudos mineros. Las dos o tres camas, puestas en las esquinas, no molestaban mucho. La orquesta, dirigida por Charley-Worden, se colocó donde pudo; los vinos corrían a discreción. Notad que el scotch whisky costaba diez dólares la botella, y que aquellos hombres vigorosos

no se contentaban con probarlo. Pero los «reyes de Eldorado» entendían ampliamente la hospitalidad.

Suscitóse una discusión entre el director de orquesta y yo. Tratábase de saber cuál de nosotros dos tocaba mejor el violín. Las opiniones estaban divididas y cada uno de nosotros tenía sus partidarios. Harry decía que le gustaba más como tocaba Charley, y Ned Stanley que cuando más le gustaba era cuando había dejado de tocar.

Fuera que el sueño me hubiese quitado la noción exacta de las cosas, fuera por cualquiera otra razón, me olvidé de mi cama, a la que concluyeron por llevarme vestido. Sabía que Morton debía dormir a mi lado, pero cuando me desperté, temprano, no estaba ya. No podía creer, sin embargo, que sus doscientas veinte libras se hubieran evaporado. Como no le encontrara entre la multitud de durmientes tumbados en el suelo, salí de la cabaña para buscarle. Cerca de la pista, echado sobre la nieve, Morton dormía como un lirón, envuelto en su manta de pieles, con la cara descubierta y expuesta a la temperatura de veinticinco grados bajo cero. Me costó trabajo despertarle.

—¿Cómo diablos ha venido usted aquí?—le grité.

—No sé nada—contestó cuando hubo recobrado sus sentidos.—¡Ah, sí! Me acuerdo. Cuando todo el mundo se hubo marchado, excepto los que se habían tumbado en la cabaña, sentí que tenía demasiado calor, y salí.

—¿Sabe usted qué hora era?

—Sí, las cinco. Déjeme ver—añadió sacando su reloj.—Son las siete. No hace más que dos horas que estoy aquí. Bien podía usted haberme dejado en paz.

Y, con aspecto lamentable, entró en la cabaña gruñendo, sin parecer nada debilitado por aquellas dos horas pasadas en la nieve, sin abrigo, al aire libre, y con un frío tal que no se podía dejar la mano descubierta tres minutos sin que los dedos se helasen. Baco cuida de sus adeptos.

Enviarnos los perros a las Horcas e hicimos el camino a pie,



con la idea de que nos sentaría bien después de las turbulencias de la noche. En nuestro camino, frente al número 16, subimos a la Colina Francesa. Cuando pasé por allí, en el mes de Agosto, no había aún sino dos cabañas. Ahora ocupaba el lugar una verdadera aldea, con unas cincuenta cabañas y otras en vías de construcción. Había lugares muy ricos, pero la extensión de tierra que contenía oro era muy limitada. La atmósfera estaba menos húmeda que la víspera.

En el mes de Agosto, los árboles eran todavía muy numerosos; ahora no había ya ni uno. Los habían derribado para hacer combustible o madera de construcción. Esto me pareció una profanación; pero este país es esencialmente un país de minas, y las bellezas de la Naturaleza deben sacrificarse a las necesidades del hombre.

Volvimos a la pista sobre Eldorado y continuamos descendiendo el río, muy interesados por los trabajos importantes que se ofrecían a nuestras miradas. Acusaban la presencia del oro en aquel lugar, y el oro era nuestra constante preocupación.

En el número 7, en casa de Berry, se alzaba una casa de dos pisos; no una cabaña, sino una casa de troncos de árboles, y cuyo buen aspecto exterior parecía indicar la presencia de mujeres.

En efecto; fuimos saludados muy amablemente y acogidos de una manera muy hospitalaria por Mrs. Clarence Berry, que nos hizo beber leche fresca. Esto nos causó tanta sorpresa como placer. Que se piense que no teníamos a nuestra disposición desde hacía meses sino leche condensada, y que nos habíamos olvidado del sabor de la leche fresca y de la nata. Esto valía más que el mejor champaña, aunque costase veinte dólares la botella. En un establo próximo a su casa, nos enseñó con orgullo una verdadera vaca de Jersey, que estaba envuelta en vendajes, como una momia egipcia, pero que parecía comer el heno con buen apetito. El establo estaba revestido de una capa de resina de madera que en cierto modo acolchaba las pa-

redes, el techo y el piso. El heno era un producto de importación. La vaca daba mucha leche, lo que hacía decir triunfalmente a Mrs. Berry:

—Tenemos aquí algunas de las dulzuras de los países civilizados. ¿Qué nos importa lo que nos cuestan?

Su marido era un californiano que había llegado al Clondic con sus hermanos, en los comienzos. Afortunadamente, se había aventurado mucho en Eldorado. Así ahora vivían todos independientes; podían explotar su mina a gusto. Al irme, observé que el cántaro de leche estaba siempre puesto junto a la estufa, al calor.

Era tarde cuando llegamos a las Horcas, y frente a nosotros la colina de Oro, en el crepúsculo, estaba iluminada raramente, y parecía un castillo almenado bajo las luces de la noche.

Cómo el oro podía encontrarse en la misma cumbre de la colina, en vez de hallarse en la base, y sepultado a varios cientos de pies bajo tierra, es un misterio que no podía explicarme; pero supe que semejante estado de cosas no era muy raro en el país.

Nuestro sueño se vió también esta vez perturbado por los ruidos que venían de abajo. Además, una porción de mujeres y de hombres borrachos ocupaban la habitación contigua, de la que estábamos separados por un tabique de madera de una pulgada de espesor, tan resquebrajado, que se podía ver todo lo que pasaba al otro lado. Los precios eran de dos dólares por una comida, y de dos y medio por un lecho. Me prometí evitar en lo futuro este género de lugares, prefiriendo mil veces la *road-house* ordinaria, con huéspedes tranquilos, sencillos y un poco rudos, mucho más cómoda y más decente. Marchamos a pie al medio día del día siguiente para Dawson, que distaba catorce millas. Harry Munn nos había precedido con los perros. Para probar nuestras fuerzas y darnos cuenta de lo que podía ser nuestro estado físico tras un viaje de once días, el primero que hubiésemos hecho en semejantes condi-

ciones y con un frío tan intenso, recorrimos de un tirón las siete primeras millas. No empleamos más de hora y media, lo que indicaba un buen andar. Pero el camino era magnífico, uno de los más hermosos ciertamente del Clondic. La pista era ancha, y el hielo muy duro y muy liso. Nos sorprendió la cantidad de gentes que pasaban por aquella pista, en un sentido o en otro, entre las Horcas y Dawson. Reinaban un movimiento y una animación extraordinarios. No fuimos un instante sólo en todo el trayecto. Y el Bonanza, que costeamos luego, no estaba menos animado que Eldorado. Por todas partes percibíamos los fuegos de las cabañas, tiendas o pozos. El aire estaba cargado de humo. Encontramos, entre otros convoyes, un gran trineo tirado por un par de fuertes caballos, y que contenía, por lo menos, tres toneladas de mercancías. Compréndese que se necesitaba para esto que el camino se hubiese mejorado.

En la región, muchos mineros habitaban en tiendas. Sábase que si se arman dos tiendas una dentro de otra, y se rellena el intervalo que las separa con serrín, se obtiene un abrigo tan caliente y tan comfortable como una cabaña, y que tiene la ventaja de costar mucho menos. La tienda se llevaba consigo, mientras que las cabañas había que construirlas en el lugar, lo que requería tiempo y dinero.

El 22 de Julio de 1899 por la noche, entrábamos en Dawson, muy orgullosos de nuestra proeza. Morton había perdido diez libras de peso, y yo había adelgazado en las mismas proporciones. Jamás nos habíamos sentido, en ninguna época de nuestra vida, más sanos, más vigorosos y más contentos de vivir.

Es bueno esforzarse y trabajar, pero es mejor todavía triunfar y terminar con buen éxito una empresa. Sabíamos ahora de una manera cierta, después de todo lo que habíamos visto por nosotros mismos, que el entusiasmo suscitado por la esperanza del oro no era una locura, y no caería en la primavera, como muchos temían. Sabíamos que se necesitaría años para agotar los yacimientos, y que cada cual, en el Clondic, podía tener la esperanza, cuando no la certeza, de triunfar.

## IX

## La «Carrera a la mina.»

Eran las once de la noche, una noche fría, llena de estrellas. Grandes aves nocturnas se detenían para jugar en las inmensas extensiones de nieve solitarias, resplandecientes con su plumaje gris. Casi podía oírse el ruido de sus alas gigantes que barrían el hielo. Pero un movimiento extraordinario reinaba en Dawson. Unos hombres se deslizaban furtivamente, con gran sigilo, en las esquinas de las calles. Tres de ellos se encontraron cerca de Front Street.

—¿Dónde están los perros?—dijo uno.

—Aquí, en el río, cerca de la orilla.

—¿Habéis traído una tienda?

—No. No teníamos tiempo. He sabido que Jim el Negro marcha a media noche.

—¿En dónde está ahora?

—En la *Aurora*. No le perdemos de vista.

—¿Sabéis si se van muchos?

—¡Ya lo creo! Billy y Chappell, Skiff Mitchell y Charley Anderson se van con Jim el Negro, en el trineo de éste.

Estos nombres hubieran seducido a todo el Clondic, porque los buscadores de oro que los llevaban habían realizado una fortuna.

—¿Cuántos hombres les siguen?

—No lo sé, pero se ven perros en todas partes. No se puede dar un paso por un rincón obscuro, o volver la esquina de una calle, sin encontrar un tiro dispuesto echado en la nieve.

—¿Llevan muchas provisiones?

—Algunos llevan para una semana. Arnold pretende que Jim el Negro, que estaba borracho ayer noche, dijo que si quería, podría estar de vuelta dentro de veinticuatro horas; pero hoy se cree que necesitará una semana.

—Pues bien, voy a buscar todavía un poco de tocino, y traeré al mismo tiempo una tienda, si es posible. Va a hacer un frío del demonio, y por poco viento que haga nos vamos a chupar los dedos.

El que acababa de hablar así subió a la colina que había detrás de la población, en donde tenía su cabaña. Sus pies, calzados con zapatillas, corrían ligeramente por la pista de hielo sin hacer el menor ruido. En la *Aurora*, en medio de una porción de hombres raramente vestidos estaba Jim el Negro, que se había tomado ya el décimo vaso de *scotch-and-soda* después de la comida. Corría el rumor desde hacía algunos días, que había hecho un nuevo descubrimiento. Evidentemente, la presencia de hombres como Chappell, Skiff y Anderson, que hubieran debido encontrarse en los arroyos, no era natural y daba que pensar. Los tres eran ricos mineros que no se hubieran molestado por una mina ordinaria. El caso era que Jim el Negro tenía actitudes misteriosas, y las gentes bien informadas no ignoraban que estaba preparado para salir un espléndido tiro de ocho perros malamuts, perteneciente a la *Alaska Commercial Company*, y que un trineo cargado de mercancías esperaba desde hacía ocho horas en el patio de la Compañía.

A media noche, Jim el Negro se bebió su último vaso, con el gordo Tom Chisholm, que llevaba un sombrero de paja todo el invierno, y se deslizó furtivamente fuera de la sala.

Cinco minutos después, un trineo corría sin ruido por la pista de hielo lisa del río. Iba ocupado por cuatro hombres. A una señal dada en voz baja, los perros se lanzaron de repente hacia adelante. Sus patas entrapadas no metían ningún ruido, y, en aquel silencio y aquella obscuridad, se les hubiera tomado por fantasmas de lobos.

Los patines de acero del trineo rodaban silenciosos. Los hombres se habían tumbado tranquilamente, envueltos en sus pieles, y los ocho malamuts, un tiro que hubiera ganado el premio del Clondic con la prima de dos mil quinientos dólares, volaban al bajar el camino de hielo. Pronto se desvanecieron

entre la bruma grisácea suspendida sobre el río, antes de que los vigilantes nocturnos hubiesen tenido tiempo de volver de su asombro. Estos, en efecto, aunque prevenidos, se habían quedado absortos por la rapidez de aquella fuga.

Pero había otros también que estaban alerta, y, uno a uno, destacáronse de la sombra en que estaban escondidos, tiros de perros y, saliendo del poblado, lanzáronse a toda velocidad, arrastrando su ligera carga, en seguimiento de los exploradores. En dos horas habían salido cincuenta trineos. Los últimos encontraban trazado el camino, porque los patines de acero de todos los trineos que los habían precedido, habían abierto dos surcos profundos en el hielo duro

Berry y Tollmarche corrían rápidamente al lado de su trineo, porque éste era demasiado estrecho para llevar dos hombres, además de su carga de mantas y provisiones, y el tiro no era más que de tres perros.

—¿Has podido procurarte una tienda, Tollmarche?—preguntó Berry, tocando con su látigo la cabeza del perro delantero, cuya marcha flaqueaba.

—No—replicó su compañero;—no he tenido tiempo. Pero traigo un hacha y la estufa vieja de nuestra cabaña. Me parece que tendremos bastantes víveres; pero vamos a pasar buen frío.

Gotas de sudor perlaban su frente, aunque hubiese en aquel momento cuarenta y cinco grados bajo cero y se hubiera levantado una ligera brisa. Correr a una velocidad de ocho millas por hora sin dejarse pasar por los perros, es un excelente medio de calentarse.

Los perros seguían corriendo, sin detenerse, haciendo salpicar la nieve cuando el trineo rozaba con una de las rebabas que bordeaban la pista. Tollmarche concluyó por echarse sobre el trineo en marcha. Jadeante, se agarró durante unos minutos, fuertemente sacudido por las asperezas de la pista o los recodos bruscos. Berry empuñaba la percha puesta detrás y que servía de timón. Pero, dado el estado de cansancio en que se encontraba, Tollmarche sentía mucho más el rigor del

frío allí tumbado. Así fue que no tardó en dejarse rodar por la nieve, y, poniéndose en pie, volvió a ponerse a correr, mientras que Berry, en un nuevo recodo, caía bruscamente sobre la trasera del trineo, llevado a toda velocidad por los perros jadeantes.

La aurora boreal palidecía. Lanzó sus rayos, que chispearon en el horizonte iluminado; luego, poco a poco, como un arco iris en verano, se desvaneció. Las estrellas, que en aquellas regiones brillan mucho más que en otras partes, palidieron también a su vez y se apagaron una a una en el firmamento, cediendo el puesto al sol, todavía invisible, pero que avanzaba con lentitud. Fue de día mucho antes de que apareciera aquél en el horizonte. A través de la bruma, distinguíanse confusamente, como a través de un halo, las formas esfumadas de los abetos y de los álamos del Canadá, que bordeaban las márgenes del río y cubrían las islillas. En ciertos sitios, una bruma más densa indicaba el lugar de los *agujeros de agua* practicados en el hielo, y de los que la pista se apartaba lo más posible. Pero en las partes anchas y rectas del río, la estrecha pista corría directamente y sin rodeos en medio de las orillas cubiertas de nieve.

A las once de la mañana, después de haber recorrido cincuenta millas, Berry y Tollmarche vieron que el camino dejaba el curso del Yukon, torcía a la derecha, es decir, hacia el Este, y tomaba un río tributario. Allí tuvo que moderarse la marcha del trineo. La pista del Yukon, de un largo de seiscientas millas, que llegaban hasta San Miguel, era frecuentada por numerosos viajeros, y estaba muy marcada; pero en aquel otro río, la capa de nieve intacta se extendía con un espesor de cinco pies. Los trineos de los corredores que les habían precedido habían aplastado la nieve y descubierto la capa de hielo; pero aquella pista grosera estaba llena de asperezas y sembrada de montículos de nieve blanda. Los perros, fatigados, jadeaban y ladraban haciendo esfuerzos inauditos para hacer que el trineo pasara por aquellos obstáculos.

E. M.—*Octubre 1913.*

10

Una hora después llegaban al campamento, es decir, al lugar en que Jim el Negro se había detenido y plantado su tienda. Esta se hallaba rodeada de cincuenta y cuatro trineos y de una cantidad prodigiosa de perros. Jim, como un general romano en medio de un campamento nocturno, tenía su tiro en el centro; pero él y sus compañeros no estaban visibles; dormían profundamente bajo su tienda, envueltos en sus gruesos abrigo de lince y de pieles de lobo, mientras que los perros dormían enroscados sobre la nieve blanda.

Casi todos los corredores habían llevado una tienda. Berry era de los pocos que no la tenían. Derribó unos arbolillos, cuyas ramas secas llevó al lugar en que Tollmarche se ocupaba de quitar la nieve, y en pocos minutos encendió una buena hoguera. Instaló la estufa que había traído en el trineo, y coció un buen pedazo de tocino con judías, que se comieron con pan. No querían dar nada a los perros hasta la noche; no tenían, pues, nada mejor que hacer que tratar de dormir. Pero les faltaba la tienda. En el interior de estas tiendas, por ligeras que sean, la estufa del Yukon da un calor generoso y confortante. Cuando se ha limpiado de nieve el suelo, puede descansarse de una manera relativamente gustosa sobre mantas que se ponen encima de ramas secas. Pero encender fuego cuando no se tiene tienda, es como si se tratase de caldear la atmósfera entera, porque el calor se disipa prontamente en el aire vivo. En esas «carreras a la mina», los hombres no se prestan nada unos a otros. Si alguno de ellos, por carecer de las provisiones u objetos necesarios, no puede continuar su camino, ¡tanto mejor! Deja mayores probabilidades a los otros al suprimir un concurrente. No hay compañerismo que valga, y la cosa se comprende. Los que quieren ir adelante deben estar preparados. Naturalmente, no se dejaría a nadie morir de hambre; pero los que no pueden seguir pueden deshacer lo andado y volverse a su casa.

Berry y Tollmarche no durmieron, ocupados todo el tiempo en mantener el fuego y preparar leña.



A las siete de la tarde se observó que la columna de humo que salía de la tienda central y se elevaba recta en el aire inmóvil, aumentaba de grosor. Esto indicaba que los que la ocupaban estaban preparando su cena y la de los perros. En seguida, todo el campamento estuvo en actividad. Billy Chappell salió de la tienda, ató sus ocho perros separadamente a los arbustos próximos, y puso ante cada uno de ellos una vasija llena hasta los bordes de una mezcla de tocino caliente y de arroz cocido. Aquella pasta apetitosa quemaba; sin embargo, tres perros se la engulleron glotonamente, teniendo cuidado de no dejar nada. A veces oíase un ladrido agudo, cuando alguno de ellos, más voraz que prudente, rechazaba un pedazo de tocino que le había quemado la garganta. Aunque estos animales viven en buena inteligencia, se olvidan de su compañerismo cuando se trata de comer; despiértase entonces la sangre de lobo que corre por sus venas; y si no se cuidara de atarlos separadamente, se disputarían a bocados el alimento. Comen cuanto se les da, y no se les alimenta sino cada veinticuatro horas. En los intervalos, devoran los restos y desperdicios que rodean los campamentos; pero semejantes hallazgos son raros, porque los mineros en viaje no tiran nada. El tocino no tiene huesos, ni la harina y las judías que llevan, y no acostumbran, hay que decirlo, a dar su ración a los perros. Los víveres escasean y cuestan mucho, para que se los desperdicie en esos días de invierno.

No sé en qué circunstancias ni por qué motivo recibió Jim el Negro su apodo. No tenía nada de negro. Era un muchacho guapo y robusto, vigoroso y enérgico. El año anterior había estado en Londres y viajado por Europa, y se gastó la bonita fortuna que hizo en el Clondic al revender lotes de terreno que compró al principio; porque Jim el Negro era lo que se llama aquí un antiguo, un veterano del Clondic. Anduvo por los bosques de Alaska durante diez años, en una época en que apenas se empezaba a sospechar la existencia del oro en el Yukon. Ahora, que estaba de vuelta, esperaba rehacer su modesto pe-

culio y ganar con que vivir. Gozaba de excelente reputación; todo el mundo tenía confianza en él, lo que explica el que le hubieran seguido tantos mineros. Había enviado en distintas ocasiones a cuatro o cinco buscadores de oro, a los que proveyó él mismo de un equipo completo y de las provisiones necesarias para pesquisas que podían ser largas. Ahora bien; los informes proporcionados por uno de aquéllos habían hecho que Jim el Negro fuese con sus amigos al lugar indicado para intentar una empresa minera.

A las nueve, mientras que los rayos opalinos de la luna brillaban en la nieve, se levantó el campamento, y Jim el Negro condujo su trineo a pie, yendo los perros detrás. Pronto cambió de dirección y avanzó hacia el Nordeste. Escaló una garganta en donde la nieve se había amontonado. Cada hombre tuvo entonces que tomar a cuestras todo cuanto contenía el trineo, puesto que los perros tenían ya bastante trabajo con tirar del vehículo vacío. No era que la pendiente fuese muy rápida; pero la nieve caía tan copiosa, que cubría inmediatamente los lugares que los pies habían hollado. Muchos de los mineros que componían la caravana pusieron entonces a andar delante del primer trineo y trataron de trazar una pista grosera, sirviéndose de ramajes a manera de palas para apartar la nieve. En terreno llano esto hubiera podido bastar, pero en aquellas pendientes la nieve rodaba y descendía siempre. Los perros no podían avanzar en absoluto, a menos que no se echase la nieve a los lados, sin lo que se hundían, hasta el punto de hacerse completamente invisibles.

Este trabajo era extremadamente penoso, y no tardando, los hombres, agobiados, se dejarían caer al suelo.

Hacía tanto frío, que la humedad del aliento se congelaba, y fragmentos de hielo se adherían a la barba y al bigote. Parecían, con sus trajes de pieles, osos polares.

El paso de un trineo preparaba el camino a los otros. Todos los mineros se unieron para empujar a los seis primeros, y bajaron luego en busca de los que quedaban. No se pensaba ya

en seguir adelante, y no se trataba de pasarse unos a otros. Había desaparecido toda rivalidad, y, hasta que se hubiese llegado a la cumbre, reinaba un buen compañerismo. No se podía abandonar a un hombre en aquel desfiladero, porque seguramente se hubiera quedado allí. Los exploradores del Clondic podían ser a veces egoístas, ni más ni menos que los otros hombres, pero se mostraban siempre bravos y generosos, y hasta caballerescos, cuando un compañero estaba en peligro.

A media noche todo el mundo había llegado a la cumbre, y empezó el descenso. Era fácil. Los perros bajaron la colina de una galopada, arrastrando los trineos, que tropezaban con los troncos caídos, y hasta pasando por encima. A veces el trineo se hundía en la nieve hasta el punto de no poder avanzar. Entonces los perros, inmovilizados, ladraban para llamar a los hombres, que acudían jadeantes y, con mucho trabajo, lograban levantar y desprender el vehículo. No se podía ir en los trineos, y se dejaba que los perros se dirigiesen por sí mismos. Estos, en carrera loca, luchaban en velocidad; si las cuerdas se desataban, los propietarios, que venían detrás, recogían lo que se hubiera caído. Algunos se agarraban detrás del trineo a los patines de acero; iban allí, con el cuerpo inclinado sobre la nieve, para servir de timón, y dejaban correr a los perros. Pero era muy difícil sostenerse mucho tiempo así, y nadie pensó conservar semejante posición hasta el final. Sin embargo, era una carrera alegre. Al llegar al vallecillo, al pie de la colina, se detuvieron todos para acampar y descansar un poco. El pobre Tollmarche no podía más, y, cuando reaccionó, sintió que tenía absolutamente necesidad de calentarse y dormir.

—Si pudiera, me volvería—dijo.

—No digas tonterías—replicó su compañero.—Se asegura que Jim el Negro va a quedarse aquí todo el día. Podrás descansar un poco.

El infatigable explorador tomó su hacha, y pronto, en el suelo bien limpio que había desembarazado de nieve, brilló un fuego claro, con grandes llamaradas. Hizo café en la estu-

filla, mientras que Tollmarche se tumbaba completamente agotado y, con los ojos vagos, miraba las cenizas y el humo.

Formóse un grupo a su alrededor.

—Pues bien—dijo Will Fisher, un hombre de elevada estatura, vestido con un fuerte abrigo, los pies metidos en zapatos de goma y las orejas completamente tapadas por su gorra de piel;—pues bien, yo tardé seis semanas en venir de Bennett a Dawson, a principios de la primavera última, y todas las noches acampábamos al raso. Sin embargo, no me acuerdo de haber sentido tanto frío como ahora ni haber estado tan rendido.

—Dicen que Jim el Negro quiere dejarnos helar—apuntó Jim Hall.—Pretende que somos demasiados, y él y sus amigos no quieren tener tantos compañeros.

—Por mi parte estoy dispuesto a abandonarles la partida—dijo John Scouse.—Pensaba que sería cosa de un día o dos a lo más. Pero no puedo permanecer alejado una semana. Necesito estar en Eldorado; aquel es mi puesto en estos momentos. Váyase al diablo vuestra «carrera a la mina». Por lo demás, nunca hubiera venido de no decirme, que venía Skiff. Nunca se ha encontrado oro por este lado. Yo pasé ya por aquí en el 95.

—Pero es—dijo Fósher—que usted tiene una mina en Eldorado y que sus negocios marchan bien. Yo, no. Usted es rico, y yo no tengo nada. Ahora he perdido una buena colocación que tenía en Dawson para venir aquí. Esta es la cuarta «carrera a la mina» que hago. Quizá no me produzca más que las otras. Pero lo mismo da, voy hasta el fin, corro el albur.

Tollmarche escuchaba con aire cansado. Pensaba en la India, en Burma, en sus cacerías de tigres, en el tiempo que servía en el ejército, en su fortuna perdida. Luego consideraba su situación presente y las esperanzas que podía abrigar. Rara vez son agradables o alentadoras estas ojeadas a lo pasado.

Mientras tanto, Berry, que había nacido en la India, se movía y agitaba como si se estuviese preparando para una par-

tida de polo en Delhi. Era siempre filósofo —a veces, a costa ajena.

Después de comer, los dos hombres se tumbaron junto a la hoguera y se durmieron a la intemperie, mientras que los perros se apelotonaron junto a ellos, para calentarse mutuamente. Se exponían veinte veces a la muerte; sin embargo, preciso era dormir. Otros se paseaban; como si estuviesen de guardia.

Jim el Negro y sus tres compañeros dormían tranquilamente en su tienda amplia y confortable, caldeada por una buena estufa del Yukon. No levantaron el campamento hasta el día siguiente. Tenían abundantes provisiones, y nada les obligaba a apresurarse. Pero muchos corredores, desalentados, abandonaron la carrera y se volvieron a Dawson. Durante el día, los otros observaron que Jim el Negro les había hecho hacer un viaje inútil, porque el valle en el que habían acampado daba directamente al río, y a éste hubiera podido llegarse más fácilmente sin pasar por la colina, y evitándose la ascensión terrible y el rápido descenso de la víspera. Era evidente que Jim el Negro se burlaba de ellos y podía tenerlos alejados de Dawson una semana. Era demasiado tiempo, y hacía demasiado frío, tanto más, cuanto que el resultado era incierto. Así que, cuando los ocho malamuts se pusieron en camino, una buena mitad del acompañamiento había desaparecido.

Entre los que quedaban estaban Berry y Tollmarche, algo repuestos, aunque con los ojos todavía hinchados de sueño. No es grato dormir sin tienda con una temperatura de cincuenta grados bajo cero, y con la incesante preocupación de atizar la estufa para que no se apagara.

Por la tarde, los que marchaban a la cabeza remontaron el valle durante un buen número de millas. Aunque el camino fuese fatigante y penoso, no lo era tanto como el que hubo que seguir dos días antes. Al dejar la orilla del río, se encontraron con muchos más árboles, aunque había muchos también cortados. Estos árboles y las ramas muertas, al pudrirse con el tiempo, sobre todo en el deshielo de primavera, habían de formar

ese tapiz de césped aterciopelado que cubre el suelo, y que llama siempre la atención en cualquier lugar que se encuentre uno en Alaska. Los abetos no habían alcanzado todavía mucha altura; pero estaban tan apretados, y los retoños crecían tan cerca unos de otros, que llegó un día en que hubo que talarlos por docenas para dejar el paso necesario para los trineos.

Se hizo alto, a la pálida luz del crepúsculo de invierno.

—*All right!*—dijo Tollmarche, deshaciéndose de la carga del trineo, mientras que Berry cortaba leña y recogía ramaje para encender fuego.—*All right!* Estoy muy contento.

—¿Por qué?—preguntó Berry.

—Mira—replicó Tollmarche, desplegando triunfalmente una tienda de seis pies por ocho.—Se la he tomado a John Scouse, que se ha vuelto a Dawson, como sabes. Ya no la necesitaba, porque no iba a pararse en el camino. Todo va bien ahora, y podremos seguirles hasta el infierno.

Pero no necesitaron ir tan lejos. A la cuarta tarde, después de haber recorrido cerca de cien millas, Jim el Negro dejó su trineo a la entrada de una garganta profunda que se dirigía hacia el Noroeste. Ayudado por Chappell, Skiff y Anderson, se puso a abrir un sendero en la nieve, que, en el fondo de aquella garganta, había alcanzado mucho más espesor que en terreno llano. Los otros le siguieron. Dos millas más allá, Jim se dirigió de repente hacia un arbolillo que estaba cortado casi a ras del suelo. En el tronco, del que se había quitado la corteza, aparecieron unas palabras escritas con lápiz.

—He aquí mi jalón del Suroeste—dijo Jim el Negro a sus compañeros.—Ahora, Skiff, vuélvase atrás hasta una distancia de quinientos pies y empiece a jalonar. Usted, Charley, avance quinientos pies y haga lo mismo. En cuanto a usted, Billy, puede ir hacia el Norte o hacia el Sur, y jalonar de manera que se encuentre con Skiff o Charley, como usted quiera.

Los corredores se habían reunido y observaban en silencio a Jim y sus compañeros. Era el protocolo usado en el Clondic:

los amigos más íntimos del que había hecho el descubrimiento, y que le acompañaban en su trineo, gozaban el privilegio de servirse los primeros y tomar las minas más próximas a la descubierta, de un lado y de otro. No se seguía forzosamente de esto que tales minas fuesen las mejores. El hecho de encontrar oro en un lugar preciso de un arroyo, no impide que éste sea aurífero. Sucedió a veces que muchas de las propiedades últimas resultaban más ricas que la primera ocupada.

Jim el Negro se abrió paso en medio de la garganta llena de nieve. Después de haber mirado en rededor durante unos instantes, apartó la nieve y descubrió un pozo de unos cinco pies de diámetro.

—Amigos míos—dijo,—en este pozo, la costra rocosa se encuentra a quince pies de profundidad; hemos abierto en el fondo una galería de diez pies. Cuando se haya llegado a la costra rocosa, se puede por término medio recoger un dólar por pie de terreno. Veis, pues, que si la capa tiene un poco de extensión y sigue el curso del río, nos encontramos aquí con un nuevo Bonanza... No, no sé cuál es el lado mejor—añadió en respuesta a las preguntas que le hacían.—Elijan ustedes mismos. Solamente les haré observar que, desde la entrada del río, hemos recorrido por lo menos dos millas, y que ahora el valle va estrechándose. Yo he recorrido este país en todos sentidos durante diez años, y sé por experiencia que el oro se encuentra siempre en el lugar en que el río es menos ancho; de suerte que hay más probabilidades de encontrarle hacia arriba que hacia abajo. El oro descende la garganta y no la sube; y hay más probabilidades para que los obstáculos le detengan en la cumbre que al pie. En Eldorado, los números 27 y 33, alejados varias millas de la entrada del río, son las minas más ricas.—Y ahí tienen el Bonanza, que cuenta veinticinco millas de largo desde el Clondic hasta las Horcas de Camarck: ¿cuántas buenas minas encontrarán ustedes si remontan el río a partir de la Descubierta? Apenas mediã docena por ciento. El valle tiene demasiada anchura, y el oro está dema-

siado diseminado. Allí hay que dragar el suelo o tratarle por el agua, y esto no durará sino unos cuantos años, porque la explotación se haría cada vez más costosa y produciría cada vez menos. Pero, por el contrario, entre la Descubierta y Camark, casi todas las minas son buenas. En el núm. 26 se ha extraído cosa de un millón, y estoy seguro de que hay por ahí terrenos tan ricos, que todavía no han sido tocados. Así, pues, amigos míos yo, en su lugar, tomaría más bien arriba.

Así habló Jim el Negro, generalmente de muy pocas palabras y que se guardaba sus secretos; lo que decía estaba lleno de buen sentido y probaba una larga experiencia de la cuestión. El mozo tosco y casi brutal que había salido de Dawson como un ladrón que se escapa, era ahora un bravo minero, que no retenía sus palabras y hacía que se aprovecharan sus compañeros de sus conocimientos personales. Sin embargo, podía ser muy bien que alguien hubiese descubierto un pozo y alquilado el terreno. Durante estos primeros tiempos del Clondic, producíanse a menudo perturbaciones misteriosas en los alquileres, y la oficina de la comisión era conocida por sus errores, que siempre era difícil, cuando no imposible, reparar.

Pero ahora, la posición de su mina le estaba asegurada, y tenía testigos, Chappelle, Anderson y Skiff, que hubieran sabido protestar en caso de litigio. Felicitaba a los que le habían seguido por su valor y su resistencia; no tenía para ellos sino palabras de aliento, y concluyó diciendo:

—Les deseo a todos que encuentren un terreno mejor que el mío.

Berry y Tollmarche, con las hachas, cortaron arbustos para hacer mojones de cuatro pies de alto y cuatro pulgadas de grueso. Aplanaron la superficie para inscribir su nombre, la fecha de la toma y el número de minas que había sobre la suya y la Descubierta. Después clavaron los mojones en el suelo en las cuatro esquinas del lote que habían elegido. Este lote tenía una extensión de quinientos pies en el sentido del río, y era casi tan ancho como largo; era, por consiguiente, un boni-



to trozo de terreno, si contenía mucho oro. Más adelante, el Gobierno redujo una mitad, y fijó en doscientos cincuenta el número máximo de los pies que se podían tomar.

Cuando cada cual hubo tomado sus disposiciones para atestiguar sus derechos sobre el lote elegido, comenzó una nueva carrera salvaje para volver a Dawson. Todo estaba perdido si no se registraban los lotes en la oficina de la comisión del oro. Los errores eran frecuentes, y los mineros no estaban tranquilos hasta que tenían el documento en el bolsillo, debidamente firmado y sellado por las autoridades.

Los corredores emprendieron, pues la vuelta, a toda prisa. Pero, ¡ay!, todas sus fatigas y todos sus trabajos debían perderse casi. El río no cumplió sus promesas, y los terrenos fueron al Tesoro, al verano siguiente, por no haberse podido pagar los impuestos. Como todas las empresas de este mundo, las «carreras a la mina» no siempre las corona el triunfo. De veinte de que oí hablar durante mis diez y ocho primeros meses de estancia en el Clondic, ninguna dió resultados verdaderamente satisfactorios, salvo para un minero o dos. Pero la incertidumbre y la esperanza atraían siempre mucha gente. Por una «carrera a la mina» se habían jalonado Eldorado y el Bonanza. Así es que cada cual esperaba encontrar por el mismo medio tesoros semejantes a los de esos dos ríos, y pensaba, al emprender una nueva «carrera a la mina», ganar una fortuna que le recompensara de sus esfuerzos.

JEREMÍAS LYNCH

(Continuará.)

## LAS ANTIGUAS TARJETAS DE VISITA

---

Nada más fácil, si así a mi antojo placiese, que hallar en la China, ha ya más de dos mil años, el origen de esas cartulinas unas veces, otras de esos fragmentos en forma rectangular de fino o grueso papel, cuyo uso tan extendido se encuentra hoy, merced a que, como dice Santiago Gelli, por una lira cincuenta céntimos, puede pasar cualquiera por noble, barón, conde o marqués.

Pero, prescindiendo de nebulosidades y de leyendas, a manera de dato curioso relacionado con la historia de la tarjeta de visita, podría consignar el concerniente a que ya los estudiantes alemanes de la Universidad de Padua, desde 1550, depositaban en las casas de sus maestros una tarjeta, como testimonio de consideración y a modo de respetuoso saludo; y en alguna colección, tal como en la de Félix Oppenheim, figura una de aquéllas, de origen italiano, del siglo xvi, con el nombre y apellido de Domingo Soriano.

Mas la primitiva tarjeta de visita, especialmente en Francia, fue el naípe; es decir, una carta de la baraja, sobre la que al dorso se escribía, con lápiz o con tinta, el nombre del portador. En una sátira publicada en 1741 sobre los *Inconvenients du jour de l'an*, se lee:

«Sur le dos d'une carte on fait sa signature, pour rendre sa

visite au dos de la serruse.» Italia, reina del arte, precede a Francia en la tarjeta de visita propiamente dicha; y de los primorosos ejemplares que en el Museo Cívico de Venecia se conservan, publica Aquiles Bertarelli varias reproducciones en su magnífica y curiosa obra sobre esas pequeñas estampas, siendo de las más notables las tarjetas de la princesa de Teano, de Camilla Garenzi y de Giuseppe Ginozi, grabadas, respectivamente, por Antonini, Angeli y Cagnoni.

En 1760 la tarjeta de visita, según escribe Mercier en sus *Tableaux de Paris*, existe en estado de institución. Aquélla ya es una verdadera obra artística, una preciosa joya del grabado: las orlas de estilo *rococo*, el dibujo a la manera de Nancy, las guirnaldas, las flores, los motivos clásicos, los amorcillos, las palomas, los geniecillos, las musas, los frontispicios y las viñetas de Moreau, de Eisen, de Cochin, de Saint-Aubin, de Gravelot, de Choffard, en Francia; de Piranesi, de Barlozzi, de Morgen, de Vascellini y de Canova, en Italia; y en España, las de Manuel Salvador Carmona, de Mariano Brandi, de Muntaner, de Enguidanos, de Alvarez, de Moles y otros, hacen de las tarjetas de visita delicadas obras maestras, encantadoras labores del pequeño arte del grabado.

Atributos militares: banderas, cascos, corazas, cañones; emblemas marítimos: naves, brújulas, timones, anclas; enseñas judiciales y alegorías de la justicia, tales como las tablas de la ley, la balanza, la espada; en otras, como en la perteneciente a un maestro de postas, la biga, el carro griego; en la del abate Malaspina, el mapa del Rosellón; en la del conde Boschetti, un grupo formado por naipes; en la de «Don Juan Lázaro», el interior de una imprenta, en la que unos robustos y desnudos niños son los obreros que se ocupan en retirar los pliegos de la prensa; en la de «D. Antonio Tadei», un magnífico capitel toscano; y en todas ellas, algo, bien sea emblema, bien alegoría, ya enseña o ya divisa, que revele la profesión, destino, cargo o aficiones del poseedor.

¡Qué diferencia, exclamaré con Grand-Carteret, entre la

moderna tarjeta de visita y la del siglo XVIII y comienzos del XIX!

De esas últimas hay verdaderas preciosidades. En mi colección, que en modo alguno intento comparar con la espléndida del Dr. Piccinini, conservo dos de G. E. Le Cannis, con las vistas de Nápoles y de Pouzolles, la una, y la otra con una viñeta de R. Daudet, representando ruinas romanas. Entre las extranjeras que forman parte de mi colección citada, hay la de Mme. la marquesa de Montferrier, la de la condesa de Broves, la de Mr. Campbell, grabada por Choffard en 1777, y la de Javier de Puchoerg, todas de la décimooctava centuria, a la que corresponde también la del Cav. Baccio Franco Bacci, en la cual aparece grabada la plaza Pitti, en Florencia.

Lógico es que en mi dicha colección figuren más españolas que de países extraños; y aun cuando fatigüe la paciencia del cultísimo lector de esta muy ilustrada Revista, voy a permitirme dar una imperfecta idea de algunas de las tarjetas de visita antiguas que poseo. Rodeado por tres pequeños genios que en sus manos sostienen escuadras, teodolitos, reglas, compases y otros instrumentos de ingeniería, encerrados en un óvalo, el nombre y apellido de «Agustín de Betancourt y Molina»; colocado en dos amplias cintas, se lee en la una «Tomás», y en la otra «Iriarte», es decir, que es la tarjeta de visita del gran fabulista, admirablemente grabada y llena de detalles alusivos a la poesía, como el plectro, las flores y la lira; sobre un sarcófago romano, abierto, puesto entre un paisaje y viéndose en el fondo una pirámide, se lee «Manuel Salvador Carmona», tarjeta grabada por el insigne artista, como lo atestiguan las siglas *M. S. C.* que al pie de la misma se observan; al buril de Brandi es debida la de «Mariano Luis de Urquijo», el célebre ministro secretario de Estado de José Bonaparte, tarjeta que por su alegoría (un niño blandiendo un puñal con la diestra mano, y sosteniendo con la siniestra un cetro y una corona) alude sin duda al *Discurso sobre el Teatro español*, que escribió aquél, y a la tragedia de Voltaire, *La muerte de César*, que

tradujo el inmortal introductor de la vacuna en nuestra patria; la del pintor Maella, con los atributos del excelso arte pictórico: la paleta, los pinceles, cartones, dibujos; la de «don Pedro Cabezas, colector de San Isidro», inscripta en un trozo de mármol, exornado con grandes infolios, un viejo tintero de estaño, plumas, pergaminos y pebetero; otra, hermosamente grabada, de «Diego Miguel Bravo de Rivero», con bélicas enseñas, consistentes en un torreón heráldico, una columna estriada, planos, morteros, estandartes y la efigie de Santiago; la de «Ramona Solana de Solana», representando un ara y sobre ella dos corazones unidos, en ignición; otra de «El Baylio Marqués de la Vega», que tiene, en primer término, trofeos guerreros y, en el fondo, el mar surcado por una gran nave. Muy linda es también y delicadamente grabada en Madrid por «Un Hermano de la Religión», la tarjeta de «El General de San Juan de Dios», constituida, en su parte gráfica, por una granada abierta, encima de la que hay una estrella de seis radios y sobre la misma una cruz latina. Bellísima y magistralmente hecha es la que perteneció a «D. Angel de Alevio», teniendo por motivos su composición, una matrona que debe representar la Fe; ante ésta se halla de hinojos un hombre, y a espaldas de la figura femenina, una grande y rica urna cineraria. Al neoclasicismo, a lo que se ha dado en llamar *estilo Imperio*, pertenecen, entre otras, la de «D. Antonio Lucas y Zeldrán»; la de «J. M. de Hervás, marqués de Almenara»; la de «D. Josef López»; la de «D. Vicente Sisternes y Feliú»; la de «D. Saturnino Segovia, con la inscripción en la parte inferior de «Real Casa de Campo»; la de «D. Juan Andrés del Valle», grabada en una lápida rodeada de guirnaldas y flores; todas de correctísimo diseño, de encantador conjunto, y luciendo como elementos decorativos los cupidillos, los caduceos, las cornucopias o cuernos de la abundancia, los pequeños altares, las diademas de rosas, los meandros, las volutas, las flechas, las palomas y cien más estéticos detalles.

Poseo una que recuerda las ilustraciones de Bernardo Pi-

cart, conocido por *le Romain*, a las obras de Fontenelle. La tarjeta a que me refiero, que fue de «D. Antonio García Jurado», está compuesta por tres geniecillos, simbolizando: el uno, la Música; el otro, la Escultura, y el último la Mecánica, y cerca de ellos, fustes de columnas, aparatos de relojería, pequeñas ruedas dentadas, pentagramas y flores. De artista español, aun cuando redactada la inscripción en italiano, es la de «Mr. Arcivo de Sebaste. Nvnzio presso S. M. C.», y en la cual tarjeta se reproduce en perspectiva el puente de *Sant-Angelo*, San Pedro del Vaticano y las orillas del Tíber, percibiéndose a la izquierda del observador un hermoso pedestal sobre el que se apoya una matrona que simboliza la Religión o la Fe.

Si pretendiera describir minuciosamente las tarjetas artísticas que constituyen mi colección, precisaría un folleto de algunas páginas; por eso me concretaré a agregar a las anteriores concisas noticias, sencillamente una especie de índice de algunas que forman parte de aquélla; todas bellísimas, muchas que pertenecieron a celebridades, y también la totalidad correspondiente al siglo XVIII, o a los primeros años del XIX. Entre esas tarjetas están la de «Manuel Salzedo», grabada por Carmona; la de «D. Antonio Moreno de Negrete»; la del «famoso archivero de Simancas», «D. Tomás González»; la de «El Prior de El Escorial», con una hermosa viñeta representando el Monasterio, la obra ciclópea de Herrera; la de «El Conde de Villapaterna»; la de «D. Thomas Pérez Estala», hecha por el buril de Estevez; la de «Benito Monfort», editor de Valencia; la del artillero «Juan de Montenegro», grabada por Molesen en 1779; la de «D. Jenaro Antonio Rubio», trabajo del grabador de cámara de José Napoleón, Peleguer; la de «Mr. Delfino, ambassadeur de Venise», y otras muchas cuya sola enumeración, por su inevitable monotonía, habría de cansar al lector que con extremada bondad me ha seguido hasta aquí.

No pondré, sin embargo, punto a estas cuartillas sin decir que la tarjeta antigua es, en general, una primorosa obra de arte, una filigrana, por su delicadeza, del dibujo, trazada pri-

---

mero en la metálica plancha; una finísima muestra del buen gusto de los Prevost, de los Porporati y de los Carmona; mostrándonos de ello ejemplares magníficos el Gabinete de estampas de la Biblioteca Nacional de París, el Museo Cívico de Venecia, y las colecciones preciosas de Bertarelli y del erudito Henri D'Allemagne.

FEDERICO HERNÁNDEZ Y ALEJANDRO

# REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO: FILOSOFÍA: Literatura de la muerte.—MEDICINA: Las curas extravagantes.—CRÍTICA: La crítica como medio de arribismo.—IMPRESIONES Y NOTAS: Los errores de *Salambó*.—Clasificación de los criminales.—Cálculos simplificados.—Los orígenes humanos.—Nuestro falso concepto de los países polares.

## FILOSOFÍA

LITERATURA DE LA MUERTE.—Puede afirmarse, dice Nicolás Segur en *La Revue*, que nuestra época, como todas las de curiosidad, inquietud intelectual y refinamiento, se vuelve fascinada y atenta hacia el problema insoluble de la muerte. ¿Qué es la muerte? ¿En qué consiste ese paso supremo que tenemos que franquear, y ante el cual todos somos iguales e impotentes? Y después de la muerte, de la última palpitación, del último aliento, cuando ya no hay nada, ¿qué es de nuestra conciencia, de nuestra memoria, de nuestra personalidad, de esa esencia, siempre buscada y nunca encontrada, adivinada e inaprehensible que llamamos alma? ¿Hay oposición absoluta entre la vida y la muerte, y están separadas por una barrera infranqueable? ¿Debe identificarse la muerte en nuestro espíritu con la nada, o puede esperarse que haya, no una inmortalidad, una nueva evolución de la conciencia, sino por lo menos un destino posterior, una supervivencia cualquiera, parcial, incompleta, pero supervivencia en suma de nuestro *yo* después de la muerte?



He ahí las preguntas eternas que nos dirigimos, el problema que siempre ha preocupado al hombre. Ese problema ha creado toda una religión y regido la muerte intelectual y moral de un pueblo entero; el terror de la muerte y la esperanza de la inmortalidad han favorecido y asegurado el éxito de otra religión, el Cristianismo. El fermento activo y esencial del Cristianismo es la buena nueva de que nuestra existencia no acaba en esta tierra, sino de que nos despertaremos algún día después de la muerte en el seno de la felicidad o del dolor, castigados o recompensados por nuestras acciones y por siglos de siglos. Y este misterio de nuestro fin, que ha preocupado a todas las religiones, ha sido objeto de meditación constante de sabios y de filósofos.

Desde la época en que el discípulo de Confucio dirigía tímidamente al maestro la pregunta nunca satisfactoriamente contestada: «¿Qué es la muerte?»; desde que Sócrates hablaba con sus discípulos en la prisión de Atenas, hasta que Schopenhauer escribió todo un tratado sobre esta cuestión, y hasta el mismo Nietzsche, la significación profunda y precisa de la muerte ha sido siempre una de las preocupaciones dominantes de los pensadores; en cuanto a la ciencia, ¿qué es esencialmente sino una investigación eterna de la naturaleza de la vida y, por consiguiente, de la naturaleza de la muerte? Aristóteles e Hipócrates se preocupaban ya de ello, y Claudio Bernard y Metchnikoff han hecho de ella uno de los objetos de su carrera científica. Todo el mundo conoce la teoría atrevida, verdadera en su sentido general, pero discutida en sus detalles, que hacía decir a Claudio Bernard que la vida es una muerte perpetua, y que no se vive sino muriendo. En lugar de preguntarse qué es la muerte, se pregunta qué es la vida, y el problema sigue siendo tan difícil de resolver como antes, pues hoy, desgraciadamente, como ayer, científicamente, no hay otra definición de la vida que la que daba un personaje de Anatolio France: «¿La vida? ¿Queréis que os la defina científicamente? Es lo desconocido que se las guilla.»

Pero el espíritu humano es paciente, tenaz e infatigable, y con motivo del intenso retoño de la filosofía mística, producido en Francia con Bergson, a propósito de la boga creciente del espiritismo y de las cuestiones teosóficas, el problema de la muerte y de la inmortalidad está más que nunca sobre el tapete. En cuanto a la literatura, está, desde hace sesenta años, especialmente obsesionada por ese problema, y pueden contarse por docenas los escritores que se han ocupado de la muerte. Aun dejando a un lado a Leopardi, que le ha consagrado su musa, a Novalis, a Huysmans, a Eduardo Rod y aun a Tolstoï, que le ha dedicado páginas admirables, tenemos todavía a d'Annunzio tan acosado por la muerte, que vuelve a ella sin cesar, ligándola inseparablemente a la voluptuosidad y al amor; a Wagner, el exaltador de la muerte, el cantor enloquecido de la realización del amor en el aniquilamiento, y tenemos a Mauricio Maeterlinck.

Maeterlinck estaba ya desde su juventud hipnotizado por la muerte desde sus primeras obras, *El Intruso*, *Interior*, en que se complace en mostrarnos la llegada de la inesperada y temible visita, llenando la atmósfera y oprimiendo todos los personajes con su influencia oculta y omnipotente. Después la ha mirado con menos espanto, pero no con menos asiduidad. En su anteúltimo libro *La inteligencia de las flores* había publicado ya un ensayo que contenía sus ideas principales sobre la supervivencia, y ahora vuelve a ello con un volumen entero *La muerte*, en el que, con muchísimo buen sentido, profundidad y tacto, toca todos los enigmas relacionados con nuestro fin.

Lo que nos preocupa—dice—no es la inmortalidad de nuestra alma, ni la posibilidad de una existencia nueva, sino la persistencia y la supervivencia de nuestra memoria y nuestros recuerdos. ¿De qué se compone, se pregunta, ese sentimiento del yo, que hace de cada uno de nosotros el centro del universo, el único punto que le importa en el espacio y en el tiempo? Ese yo, tal como lo concebimos cuando pensamos en las conse-

cuencias de su destrucción, no es nuestro espíritu ni nuestro cuerpo, puesto que reconocemos que uno y otro son olas que pasan y se renuevan. ¿Es un punto inmutable que no podría ser la forma ni la substancia siempre en evolución, ni la vida, causa o efecto de la forma y de la substancia?

En verdad, nos es imposible aprehenderlo o definirlo, decir dónde reside. Cuando quiere uno remontarse hasta su última fuente, apenas se encuentra más que una serie de recuerdos, de ideas confusas y variables, relacionadas con el mismo instinto de vivir; un conjunto de hábitos de nuestra sensibilidad, y de reacciones conscientes e inconscientes contra los fenómenos circundantes. En suma, «el punto más fijo de esta nebulosa es nuestra memoria, que parece, por otra parte, una facultad bastante exterior, bastante accesoria; en todo caso, una de las más frágiles de nuestro cerebro, una de las que desaparecen más pronto a la menor perturbación de nuestra salud.»

Cualquier otra inmortalidad que la de nuestra memoria nos deja indiferentes; la ciencia nos ha dado la certidumbre de que nuestro aniquilamiento completo no es imposible, pero eso no nos importa. «Nos es indiferente, dice Maeterlinck, que durante la eternidad nuestro cuerpo o su substancia conozca todas las dichas y todas las glorias, sufra las transformaciones más magníficas y más deliciosas, se convierta en flor, perfume, belleza, claridad, éter, estrella; nos es indiferente que nuestra inteligencia se abra hasta mezclarse a la existencia de los mundos, comprenderla y dominarla. Estamos persuadidos de que nada de eso nos afectará, nos proporcionará ningún placer, nos ocurrirá, a menos de que no nos acompañe la memoria, testigo de esas felicidades inimaginables.» «La muerte, continúa, ha cortado la red de nervios o de recuerdos que los enlazaba a no sé qué centro, donde se encuentra el punto que siento ser todo yo mismo; desligado así, y flotando en el espacio y el tiempo, su suerte me es tan extraña como la de las más lejanas estrellas.»

Lo que nos contentaría sería una inmortalidad tal como

las religiones la han prometido, en que cada alma volvería a su cuerpo con sus alegrías, dolores y sensaciones vívidas. Desgraciadamente, entre todas las hipótesis concebibles, la más insostenible es esa; nuestro yo, formado por el montón de recuerdos del pasado, cambia sin cesar, y esa memoria, ese yo moral e intelectual continuamente cambiado, sér proteico, teñido por los colores de todos los sucesos, muere diariamente y se renueva con las células que le sirven de vehículo. La memoria, como dice Finot, es «un vasto cementerio donde yacen nuestras conciencias consecutivas».

Otra hipótesis que Maeterlinck tiende a eliminar es la supervivencia posible de nuestra conciencia, libre de toda memoria de actos y de sensaciones. Según él, hay en nosotros un sér superior, parte de lo inconsciente, y ese sér superior nos es extraño, aunque sea precisamente nuestro mismo yo el que ha de sobrevivirnos sin que tengamos conciencia de ello. Pero, en ese caso, se pregunta Maeterlinck, ¿dónde está la muerte? Si la conciencia se perfecciona, debe fatalmente llegar algún día a la perfección y permanecer desde entonces perfecta, inmutable, que es tanto como morir. En esto se equivoca Maeterlinck, pues el hecho mismo de ser la conciencia perfectible supone que no puede nunca llegar a ser perfecta, pues si lo fuera, cambiaría radicalmente de naturaleza, se convertiría en Dios, pues sólo Dios es perfecto, y la perfectibilidad supone el perfeccionamiento infinito sin llegar nunca a la perfección.

Queda, por último, la hipótesis final, la más grandiosa y bella de las hipótesis: la de nuestra absorción por la conciencia universal, la de nuestra identificación con el yo universal, y ésta es la que parece seducir más a Maeterlinck. Maeterlinck concibe dos especies de infinito: el infinito perfecto, inmutable, tal como lo concibe el pensamiento abstracto, y el infinito que se busca, que evoluciona y que no está todavía fijo: el que nos ofrecen nuestros sentidos.

Hablando de las investigaciones de la sociedad psíquica de Londres, Maeterlinck las califica de obra maestra de paciencia

y de conciencia científica. «Allí no se admite ningún hecho que no esté corroborado por testimonios irrecusables, pruebas escritas y concordancias convincentes; apenas puede disputarse la veracidad natural de la mayor parte de ellos, a menos de negar de antemano todo valor probatorio a todo testimonio, haciendo imposible toda convicción, toda certeza.» Debe, pues, considerarse seriamente esa vasta ciencia naciente (teosofía, espiritismo, ocultismo), imperfecta todavía, deshonrada por el fraude y la simulación, pero que aporta muchos hechos tan incontestables como inexplicables. No pueden suscribirse sin alguna vacilación todas las afirmaciones de comunicación con los muertos, apariciones y correspondencia de ultratumba; pero ignorarlas porque sean inconcebibles en el estado actual de la ciencia, es imitar el error de nuestros antepasados, que se burlaban del mesmerismo, rechazando un hecho que sus hijos debían aceptar definitivamente, sin conseguir todavía comprenderlo. «Se trata, dice Maeterlinck, de un problema serio, el más grave quizá que hayamos tenido que resolver desde el advenimiento de Cristo, y no basta para desentenderse de él con un alzamiento de hombros o una carcajada.»

La imparcialidad de Maeterlinck le obliga también a declarar lo insuficiente, lo mezquino y lo infantil de todo lo que los espíritus nos han contado del más allá. «¿Para qué morir, dice, si todas las pequeñeces de la vida continúan? ¿Vale verdaderamente la pena de haber pasado por los espantosos desfileros que desembocan en los campos eternos, para acordarnos de que el hermano de nuestra abuela se llamaba Lucas, o de que Pablo, nuestro primo hermano, tenía varices o una enfermedad de estómago? Para eso preferiría la soledad augusta y helada de la nada. Hay mil cosas grandes o pequeñas, y de nosotros ignoradas, que se deben ver cuando la mirada no está detenida por ojos enfermos.»

### MEDICINA

**LAS CURAS EXTRAORDINARIAS.**—El Dr. Laumonnier ha recogido

do en *La Revue* varios curiosos informes de terapéutica popular, caracterizada por lo antiquísimo de los procedimientos y por la preferencia de que goza, no sólo entre la gente inculta, sino hasta entre personas ilustradas, y aun entre verdaderos sabios. La significación real de la mayor parte de estas recetas es obscura, ignorándose, sobre todo, la relación que tienen con las leyes de la Naturaleza. Por eso muchas gentes vacilan entre el médico y el curandero, como el personaje de Flaubert, pues si el médico tiene la ciencia, el curandero puede tener la experiencia, y tiene, desde luego, un secreto que ha producido curaciones, y que, por lo mismo de ser secreto, inspira confianza.

El Dr. Lagneau, una autoridad en antropología, ha observado, que las provincias en que la longevidad es mayor es el Ariège y los Pirineos Orientales; los octogenarios, los nonagenarios y hasta los centenarios, abundan allí más que en ninguna otra parte, sin que se sepa si tal longevidad debe atribuirse a la raza, al clima o al régimen.

El Dr. Laumonnier se hallaba hace algunos años en Aulus con un amigo. Habiendo proyectado visitar el estanque de Lherz, el guía que tenían fue reemplazado por un gran viejo, cuyo aspecto vigoroso hizo recordar a Laumonnier las afirmaciones de Lagneau. El hombre llegaba de Rancié, distante cinco buenas leguas, y pensaba volver por la noche después de acompañarles en su larga y fatigosa excursión. Asombrado Laumonnier de que un viejo pudiera ejecutar tal hazaña, el viejo dijo, sonriendo socarronamente:—Por aquí la montaña conserva.—Vamos a ver, ¿qué edad tiene usted?—Setenta y seis años; pero eso no es nada: mi abuelo murió a los noventa y cinco, y el abuelo de mi mujer ha vivido más de cien años; mi madre tiene noventa y ocho años, pero no ve ya su sombra. Es cosa del país.—Algo más habrá para que los montañeses sean tan robustos y vivan tanto como vosotros.—No toman la sal—replicó el viejo.—¿Qué es eso de tomar la sal?—Es una costumbre nuestra. Todas las mañanas, al despertar-

nos, y antes de beber, tomamos una pizca de sal sobre la que se ha hecho la cruz; eso impide las pituitas y los acaloramientos; cura el mal del riñón, el bocio y el mal de corazón. Y sin todas esas miserias, la vida dura.

Ningún etnógrafo ha hecho mención de semejante costumbre. Y es curioso consignar que recientemente en América las tomas de sal han gozado de momentánea boga. Durante varios meses, las bellas señoras de Chicago y de Filadelfia tomaban, en lugar de bombones, pastillas de cloruro de sodio, con el fin de devolver a su tez todo su esplendor o conservarlo. Pero las mujeres, que tienen tendencia a exagerarlo todo, abusaron pronto de tan extraño bombón, y sufrieron molestias que acabaron con la cura de sal. En el país palúdico del Anis, y en el estuario nantés, la sal es el único remedio; se administra contra la fiebre, la tos, la esquinancia, la podagra y la hidropesía, y, según parece, con tanto éxito por lo menos como las más sabias prescripciones de los médicos. ¿No recomendaban éstos bien recientemente a los niños enflaquecidos, linfáticos o escrofulosos, el uso de las tartinas de manteca salada? Desgraciadamente, hoy sabemos que la sal no puede en ciertos casos franquear la barrera del riñón, acumulando y reteniendo el agua en los tejidos, y produciendo así un aumento de peso ficticio y edemas a veces muy peligrosos. Si en el montañés del Ariège, sobrio y robusto, facilita la eliminación de los residuos del funcionamiento vital, en las personas, numerosas en las ciudades, que tienen un riñón poco permeable, la sal es altamente nociva, pero hay que reconocer que esta nocividad es consecuencia de los abusos del hombre civilizado.

Mucho habría que escribir sobre la terapéutica de las piedras gemmas. Esta antiquísima terapéutica cuenta todavía con numerosos adeptos, y en estos últimos años, ciertos joyeros han realizado fortunas, vendiendo a las mujeres piedras que la vetusta doxología de los cabalistas y los spagiritas hacía corresponder con el mes de su nacimiento.

En 1906 el *Correspondant Médical* señalaba la existencia en

Anjou de una piedra de naturaleza desconocida que, colocada en el pecho del paciente, hacía detener inmediatamente las hemorragias de cualquier clase que fuesen; tan segura era su eficacia, que los médicos mismos, cuando se encontraban con una hemorragia grave, la aplicaban sin vacilar. El Dr. Laumonnier ha visto esa piedra, que había pertenecido a una monja exclaustrada, encarcelada por ejercicio ilegal de la medicina, y muerta en 1883, en reputación de hechicera. Era una *aetita* o piedra de águila (óxido de hierro hidratado), en nódulo hueco, con un núcleo móvil en el interior, y sus propiedades hemostáticas están comprobadas por multitud de testimonios. Evidentemente, el efecto producido era debido al influjo de la sugestión por la acción que los centros nerviosos ejercen en la vaso-constricción.

Otra curación de fundamento menos dudoso, y que goza de antigua reputación, habiendo sido recomendada por médicos tan distinguidos como Secheyron, Thomery y Daunic, es la del empleo del carbón de leña contra los envenenamientos. Sabido es que el polvo de carbón se utiliza en terapéutica para combatir las fermentaciones digestivas anormales y las diarreas fétidas, porque el carbón es un absorbente enérgico de los gases y un fijador de los derivados de la putrefacción, que destruye en parte, gracias a su poder oxidante y catalítico. De aquí, su empleo empírico contra los envenenamientos por setas, hoy científicamente explicables. Laumonnier ha comprobado personalmente el valor de esta terapéutica. Estando en Saint-Chély, unos carboneros habían comido setas que les parecieron buenas; pero, poco después, fueron todos presa de vómitos, cólicos y diarrea; los menos atacados se apresuraron a machacar cuidadosamente carbón, tragando cada uno una buena cantidad en agua; en algunas horas el mal se atenuó, y al día siguiente había desaparecido. Parece, por otra parte, que las propiedades absorbentes y catalíticas del carbón permiten emplearlo en otro género de envenenamientos, como el de la cicuta, para la que el Dr. Favre lo ha prescrito con éxito.



Un guardia del Dr. Raymond cogió con la mano una liebre, que comió asada la misma noche; unas horas después sintió violentos dolores epigástricos, vómitos, sudores viscosos y algidez, amenaza de colapso; la familia le administró gran cantidad de polvo de carbón, y en seguida se calmaron los dolores y los vómitos; pero persistiendo la adinamia, tomó una nueva dosis de carbón, y al cabo de dos o tres días se encontró completamente curado. Aquí no se trataba de fermentaciones secundarias o de putrefacciones intestinales, sino de un verdadero envenenamiento, debido a las toxinas acumuladas en los tejidos de la liebre forzada, y que la cocción no había bastado a destruir. El ejército japonés, en su guerra con Rusia, ha ensayado en grande el polvo de carbón, y gracias a su empleo metódico se ha visto libre del beriberi, el tifus y otras enfermedades tóxico-infecciosas.

Laumonier termina hablando de otra cura popular antiquísima: la cura de perlas. Las cortesanas griegas la practicaban y Cleopatra componía con perlas disueltas en vinagre, aquel maravilloso brebaje gracias al cual sus encantos, a una edad en que debieran ya estar marchitos, excitaban todavía los deseos de Marco Antonio y de César. Ninón de Lenclos usó también el mismo procedimiento que ha conservado fervientes adeptos en todo el Oriente, sobre todo en la China; los ricos celestes atribuyen al polvo de perlas las propiedades del agua de juventud; un viejo que lo toma a propósito, encuentra, según se dice, todo el vigor de los veinte años. El *apropósito* quiere decir que la cura no siempre es eficaz; en la China meridional, los mandarines sólo la usan en plenilunio, y en Europa, las mujeres que se entregan a esa práctica la regulan por la menopausia. ¿Habrá algo de cierto en los efectos atribuidos a la cura de perlas? Difícil es decirlo, pues en estas materias de nada se está seguro.

## CRÍTICA

LA CRÍTICA COMO MEDIO DE ARRIBISMO.—Nunca se admirará bastante—dice en la *Revue Bleue* Pablo Flat—el estado de espíritu de un hombre que se sirve hoy de su pluma para traducir su pensamiento, es decir, su modo de juzgar independiente, fuera de las consideraciones serviles de interés o de camarilla a que generalmente están sometidas las opiniones escritas. Este curioso personaje ha existido y existirá siempre, aun cuando no fuera sino por amor a la originalidad, por deseo de singularizarse, de no ser confundido con el vulgo (¿y por qué no por el simple deseo de obedecer a su conciencia artística, literaria o profesional?). Pero cada vez se ha hecho más raro, y esa rareza aumenta su precio y su valor. Claro es que hay quien se venga, y es preciso oír en qué tono se habla privadamente de quien en público se incienza; es uno de los más curiosos espectáculos y de los que más contribuyen a fortificar en nosotros el saludable desprecio de la naturaleza humana. Va ya más de medio siglo desde que Sainte-Beuve observaba con su maliciosa intuición de las curiosidades psicológicas dos categorías de juicio sobre las obras de espíritu: los que se imprimen destinándolos al público y los que se formulan al lado de la chimenea entre amigos, los únicos sinceros o con alguna probabilidad de serlo por estar exentos de las consideraciones sociales que vienen a deformar la visión. El verdadero crítico, el único digno de este nombre, es el que se atreve a imprimir opiniones de *al lado de la chimenea*. Bien lo sabía el mismo Sainte-Beuve, que tantas veces, a pesar de su maravilloso talento, puso su pluma al servicio de las peores causas y de la peor de las pasiones: la envidia.

Pero los juicios de Sainte-Beuve eran sólo individuales, y sólo le comprometían a él. En su tiempo, la noción de grupo o de sindicato estaba todavía en la infancia, y apenas era conocida en los dominios literarios. ¡A qué perfección se ha llegado desde entonces! Las opiniones que se formulan hoy son *opinio-*

*nes de grupo.* ¿Formáis parte de un grupo ya constituido? Pues ya sabéis a qué ateneros, puesto que conocéis el espíritu y las tendencias de los que lo componen. ¿No pertenecéis a ninguno? Apresuraos a colmar ese vacío, sin lo cual nada haréis valioso, y penetraos ante todo de esta sacrosanta doctrina; cualquiera que sea la flaqueza, la mediocridad, hasta la inepticia que salga de la pluma de cualquiera de sus miembros, habéis contraído de antemano el compromiso de no revelar nada de ello, o más bien—pues el silencio es todavía una opinión—el de exaltar el valor de sus producciones a cambio de igual servicio, pues la reciprocidad es una de las cláusulas de este contrato secreto.

Estos grupos no están reconocidos oficialmente, ni compuestos de determinado número de miembros como los de la política; pero su constitución no es menos poderosa, y basta para edificar reputaciones, que sin ellos no tendrían ninguna consistencia, ni aun pasajera. A su cabeza se ven gentes que, a falta de obras, han tenido la ingeniosidad de hacer su carrera en las lides de los banquetes, y que, partiendo de un extremo de la mesa, han llegado progresivamente al centro y al puesto de honor. Es una francmasonería literaria bastante análoga a la que durante tanto tiempo triunfó en política y contribuyó a edificar las más altas reputaciones. Es también una sociedad de socorros mutuos en que cada miembro aporta su cotización en forma de artículos que le serán devueltos con arreglo a una metódica contabilidad.

La fórmula de Sainte-Beuve aparece aquí confirmada en su máximo de significación. Estar afiliado a tal o cual grupo es asegurarse derechos imprescriptibles a los buenos oficios de cada uno de sus miembros. Pero, ¡a qué costa! De antemano habéis renunciado a toda libertad de juzgar y de expresar vuestro pensamiento; no sois más que el esclavo de una causa común, consagrado por todos los medios a la defensa de un partido, y para quien por encima de una consideración literaria está el argumento decisivo del éxito. El teatro de estos

diez últimos años nos suministra los mejores ejemplos de esas cooperativas de orden espiritual en que los medios adoptados se diferencian poco de los que se usan para la explotación de un privilegio industrial o de una empresa financiera.

Cuanto más avanzamos, más se convierte el crítico—personalidad antes aislada, que no contaba sino consigo mismo—en sér colectivo, anónimo, que tiende a absorberse en el grupo a que está ligado. Hay excepciones afortunadamente, y las habrá siempre; pero ¡qué raras! Aun a veces, semejante al buey de labranza, viene a tender su cuello al yugo. Es una extraña concepción de la dignidad literaria, esa tarea de lacayo que nada tiene que ver con la noble y alta misión de la crítica. Ejemplos tales hacen lamentar la pérdida de aquel Sarcey que, bajo su aparente desenfado, ocultaba una independencia real, declinando el honor de presentar su candidatura para la Academia, por no querer perder su libertad de apreciación para los autores que tenían que ser sus compañeros. ¡Cómo no admirar la nobleza intelectual de un Taine, que jamás escribió sino para responder a los dictados de su conciencia, y antes hubiera roto su pluma mil veces que imprimir una línea que no estuviera en conformidad con ella! Y ¡qué decir de d'Aurevilly, ese paladín de la crítica, siempre pronto a defender a los débiles, y sin otra preocupación que la fe en sus ideas! Con audacia singular se atrevió con la más alta potencia literaria, atacando la gloria de Víctor Hugo, por juzgarla desmesurada, precisando los límites en que debería encerrarse. Júzguese si los turiferarios del poeta y el poeta mismo perdonarían semejante audacia. Replican con todo su enorme poder, le cierran todas las puertas, y d'Aurevilly sigue acometiéndolos desprovisto de todo, salvo de su genio, como caballero sirviente de un ideal ante el que toda consideración debe ceder. En qué profunda estima se tiene hoy al mismo Brunetière, a pesar de lo poco simpático de su personalidad, porque jamás tomó la pluma sino para afirmar ideas y defender convicciones, no importándole nada que se tratara de gentes bien colocadas y en condiciones de perju-

dicarle! Y ¡qué despreciables, en cambio, todos esos tipos sin conciencia, con alma de lacayos, adoradores serviles de quien les compra la pluma por un pedazo de pan o por un elogio mutuo!

### IMPRESIONES Y NOTAS

LOS ERRORES DE SALAMBÓ.—Según Pedro de Trevières, el espíritu científico no existía en Gustavo Flaubert sino excepcionalmente, o más bien, en estado de sugestión entusiasta; Flaubert fue ante todo un gran visionario. Su formación puramente literaria hubiera debido apartarle de ciertos asuntos, en los que no basta la buena voluntad. Conocidas son las respuestas que dió a las críticas de Sainte-Beuve y de Fræhner a propósito de la documentación de *Salambó*; aunque resulta que el gran escritor ha querido más bien dar sensaciones de arte que reconstituir la antigüedad cartaginesa, es seguro que muchos detalles, atributos, ornamentos y descripciones han sido comprobados, y Flaubert ha querido reflejar aquella civilización; pero ante la ciencia moderna fuerza es censurar ciertas afirmaciones aventuradas: así, los mosaicos no han sido conocidos en Roma sino a fines del siglo II, a. d. J. C., mientras que la guerra de los mercenarios data del III.

Flaubert menciona las monedas de Asiria, cuando está bien probado que en Asiria no se ha conocido la moneda. Tampoco puede tratarse de camellos en aquella época, no habiendo aparecido este animal todavía en el Africa del Norte en tiempo de Yugurta. Los hornos «para cocer los grandes féretros de arcilla» son igualmente imaginarios. La topografía de la antigua Cartago no se presta a ciertas estrategias de Flaubert. El personaje de Salambó es completamente imaginario, y ni en lo físico ni en lo moral puede relacionarse con las razas de que lo ha sacado. Gustavo Flaubert ha dotado al país de una flora extraña, pues el cactus no existía en aquella época, ni los bosques de palmeras se dan sino en los oasis del Sur tunecino. En

cuanto a la disposición de las batallas, es pura invención, pues está en contradicción con la configuración del terreno.

¿Quita esto algo al mérito de la obra? Según los panegiristas de Flaubert, no; según nosotros, sí; pues cuando no se sabe escribir una novela histórica, no se escribe, y no se incurre en falta.

\*  
\*  
\*

**CLASIFICACIÓN DE LOS CRIMINALES.**—No todos los criminales son locos o semilocos. Según Raimundo Hesse, hay seis principios que pueden servir de base para clasificar a los criminales: el dinero, el sadismo, el apostolado, la venganza, la mujer y las lecturas.

Según el Dr. Grasset, aparte de que estos móviles se confunden y pueden concurrir varios en un solo crimen, puede decirse que en cada una de esas seis categorías hay siempre enfermos, locos o semilocos. La decisión que precede al crimen es resultado de un conflicto entre dos ideas: 1.º Idea tentadora de lucro, de goce o de venganza. 2.º Idea de moral, natural o religiosa, de ley civil y de castigo social. Puede uno ser sano de espíritu, y optar libremente por la primera de esas dos ideas; entonces esto se paga con la prisión; en los demás casos hay que examinar de cerca el grado de responsabilidad del criminal.

La idea tentadora es morbosa siempre que se convierta en obsesión, en fuente de impulsión; el grado mayor o menor de criminalidad lo da el grado de resistencia mayor o menor a la idea tentadora. Importa, pues, examinar al reo y analizar escrupulosamente su estado de espíritu. Hay tres categorías de enfermos criminales: los que reaccionan demasiado, los que no reaccionan bastante y los que reaccionan al revés. Los primeros son impulsados al crimen por cualquier causa exterior; los segundos no se detienen por nada, por desconocer motivos morales poderosos, tales como las ideas de familia y sociedad; los

terceros son pervertidos que obran contra las leyes naturales y fisiológicas.

\*  
\* \*

CÁLCULOS SIMPLIFICADOS.—Renato Quintón ha explicado en el *Phare* su método para extraer fácil y rapidísimamente las raíces cúbicas y las de 5.º grado. Para extraer la raíz cúbica de un número de seis cifras, basta saber de memoria los cubos de las primeras nueve cifras 1, 8, 27, 64, 125, 216, 343, 512 y 729. Se divide el número dado en dos grupos de tres cifras cada uno: el primero de ellos da la primera cifra de la raíz buscada. Supongamos que se busca la raíz de 185.193; como el primer grupo es 185 y está comprendido entre 125 (raíz 5) y 216 (raíz 6), la primera cifra de la raíz es 5; para obtener la segunda basta saber que cuando la última cifra del cubo es 0, 1, 4, 5, 6, 9, la última cifra de la raíz es la última cifra del cubo; pero cuando ésta tiene por última cifra 2, 3, 7, 8, la última cifra de la raíz es la que se obtiene substrayendo la última cifra del cubo del número 10; en nuestro ejemplo, como el segundo grupo era 193, la segunda cifra de la raíz será 7, obtenida quitando 3 de 10, de modo que la raíz buscada es 57. El procedimiento para la extracción de raíces de quinto grado es semejante.

El método Quintón es maravilloso, pues convierte a cualquier persona en calculador-prodigio; pero se nos ocurre una objeción: Substituyamos el número del ejemplo, 185.193, cuya raíz es 57, por el mayor de 185.196, y, según el método indicado, tendremos que la raíz es 56, menor que la del anterior. ¿Cómo se explica que un número mayor dé una raíz menor?

\*  
\* \*

LOS ORIGENES HUMANOS.—El incansable antropólogo de la Universidad de Roma, G. Sergi, ha publicado en Turín un libro de 200 págs., en el que resume sus ideas sobre los orígenes

del hombre y de las razas; razas que para él no son tales, sino especies pertenecientes a un género, y repartidas en cinco géneros, de los cuales se han extinguido dos, con lo cual la vieja expresión «el género humano» carece de valor científico.

Es de admirar la constancia con que Sergi sostiene, como lo ha hecho en sus obras anteriores *Europa, Orígenes de los pueblos mediterráneos, El hombre, etc.*, sus ideas contra las negaciones de la mayor parte de los antropólogos, para quienes es doctrina inconcusa la evolución humana de una sola estirpe. Para Sergi, el hombre ha nacido por grupos independientes en los diversos continentes, originándose las diversas especies humanas. No se trata sólo de poligenismo, sino también de polifiletismo, siempre fundado en la antigua idea de la pretendida invariabilidad de los tipos craneales humanos. Los adversarios de la evolución no comprenden con qué lógica esa evolución se habría parado del todo, y desde tanto tiempo, en los tipos primitivos, después de haber actuado regularmente en los tiempos anteriores. Por aquí la evolución no se discute ya: hay que forzarla y adaptarla a los hechos que la contradicen. Así sostienen los evolucionistas que los primeros progenitores de los varios grupos comparecieron aisladamente en regiones alejadísimas de las que no podrían emigrar; el tiempo en que eso ocurrió remontaría para algunos grupos al pliocénico; pero sus antecesores, más antiguos aún, procederían de los lemuroides, por lo que convendría fijar de una vez el primer punto de partida.

Todo eso son supuestos muy discutibles, como la edad, pretendida pliocénica y hasta miocénica, de los restos encontrados en América del Sur, sobre los cuales no están de acuerdo los geólogos; pues es bastante dudoso que los terrenos americanos sean coetáneos de los europeos del mismo nombre. Por otra parte, la forma de todos los cráneos aducidos por Sergi, con relación al famoso de Neanderthal mucho más reciente, es capaz de trastornar todos los árboles genealógicos que tanto han hecho sudar a Haeckel, Morselli, Mortillet y toda la escuela



materialista. El desorden en las formas y en su aparición, prueba para nosotros de la nueva evolución y del monogenismo, es para Sergi motivo de convertirlas en otras tantas especies antiquísimas, absolutamente independientes y paralelamente evolucionadas. Tales conclusiones, en pugna con el flamante monismo, son recibidas con desencanto hasta por los materialistas mismos.

\*  
\* \*

NUESTRO FALSO CONCEPTO DE LOS PAÍSES POLARES.— El explorador Stefansson, americano de origen irlandés, que ha pasado varios años entre los esquimales, sostiene que los países polares, tales como los imaginamos, son tan diferentes de la realidad como el Japón de ópera cómica del verdadero Japón.

El clima no es tan cruelmente frío como se supone. A nadie se le ocurre considerar el Manitoba, provincia fértil, con ciudades de varias decenas de miles de habitantes, como país inhabitable; y, sin embargo, la isla Herschel, que está 1.500 kilómetros más cerca del polo, tiene una temperatura invernal media superior al Manitoba. Lo que hay es que, por un lado, se encuentra uno con la impresión de la vida activa, con escuelas, tranvías, etc.; y de otro, con la impresión de las soledades de las regiones polares. Los esquimales están, además, mejor armados contra el frío que los habitantes de Manitoba. En cuanto a los vientos helados de las altas latitudes, son, efectivamente, terribles; pero no lo son más que los blizzards del alto Canadá, que no por eso hacen imposible la vida a los canadienses.

El esquimal no es miserable: su traje de pieles le protege perfectamente del frío, su alimento es abundante; la elegancia del traje y el gusto de los manjares es cuestión de convención; el esquimal se encuentra bien con los suyos, a los que hasta los blancos se acostumbran. La habitación esquimal tiene la reputación de ser caliente, pero mal aireada, sucia y maloliente; pero las casas indígenas están bien ventiladas; pues sean

de nieve o de madera y tierra, la puerta no se cierra nunca, y en el techo tienen un agujero de 0,05 a 0,10 metros de diámetro, abierto día y noche; y como la diferencia de temperatura entre lo interior (25°) y el exterior asegura la renovación constante del aire, la aireación es excelente. En cuanto al mal olor, si hay chozas tan limpias como una granja de Nueva Inglaterra, hay otras, efectivamente, que, sobre todo a la hora de las comidas, apestan a aceite rancio (pues el aceite fresco se reserva para las lámparas) y a carne podrida; pero también hay muchas casas de civilizados infestadas de malos olores cuando se cocinea. Y en materia de limpieza, hay esquimales que se lavan de pies a cabeza muchas veces durante el invierno.

FERNANDO ARAUJO

# LA AMÉRICA MODERNA

---

**SUMARIO:** Las crisis económicas americanas. La crisis en la Argentina. Origen de la misma. Estadística de quiebras. La opinión en Europa.—La crisis del Uruguay. Origen y efectos. La economía europea y su influjo en América.—La situación de Nicaragua. Descripción de la potencialidad económica del país.—La naturalización de los emigrados en América. Doctrina de los estadistas argentinos. Alberdi.—Fauna guatemalteca. El quetzal, ave sagrada.—Méjico monumental. Las huellas de España.

América ha sido un excelente campo de experiencia económica para Europa; puede decirse que figura a la cabeza de los países que en materia de crédito, en la rama monetario-bancaria, mejores ejemplos proporciona. Las grandes crisis económicas en Europa han sido estudiadas como lecciones provechosas para la política económica; pero en América se ofrece una especialidad que, libre de la complicación de las economías nacionales del continente europeo, dan con mayor nitidez el hecho económico.

En la crisis que ahora se ofrece a la observación han jugado principal papel, en primer término, la República Argentina, y en segundo, el Uruguay.

La crisis económica por que atraviesa la Argentina ha sido interpretada en la República de manera harto optimista, y en Europa, tomando la posición en el polo opuesto; muy optimistas allá, demasiado pesimistas aquí.

La Prensa de Buenos Aires atribuye la crisis argentina, a

la que califica de pasajero malestar, al estado financiero mundial conmovido por los amagos de guerra europea, y al conflicto balcánico. Dadas las vinculaciones que la economía nacional argentina tiene en el mercado europeo, no podía substraerse al influjo de la situación financiera europea. Las restricciones del capital europeo tenían que sentirse en la Argentina, puesto que la banca armoniza sus operaciones con los movimientos del dinero de afuera. Esto traía como consecuencia el que las liquidaciones se hiciesen con dificultad. Aun entrando el oro en abundancia y existiendo mucho dinero disponible, no hay que extrañar que falte crédito para las rotaciones normales de los negocios argentinos, porque hay que tener en cuenta que la Argentina no está aislada y que su actividad comercial es solidaria con la de los mercados del dinero, y que, por lo tanto, fatalmente, sus negocios deben seguir la evolución de los grandes centros de Europa, desde los cuales se dirige y se gobierna el giro del capital universal de inversión. No obstante, no puede afirmarse que en la Argentina han faltado recursos y crédito bastante para las labores de la producción y para el sostenimiento del comercio que a ella se vincula. Las estadísticas demuestran que no se ha dejado de sembrar y de cosechar por falta de numerario. La restricción se ha manifestado—se lee en la antedicha Prensa—en las transacciones sobre la propiedad raíz, peculiares de la Argentina, y que con buen fundamento descuenta su porvenir. La parálisis se circunscribe en este orden de operaciones. Tal parálisis y sus consecuencias producen los efectos de la crisis verdadera en cuanto suscitan desconfianzas, despiertan pesimismo y concurren a formar un ambiente de incertidumbre, bajo cuyo influjo el dinero se retrae y abandona el campo de las transacciones. Con esta serie de pequeñas causas se producen, surgen situaciones de artificio comparables a las realmente malas o enfermas que nacen de causas económicas verdaderas.

Durante el primer semestre del año corriente las quiebras en la Argentina han sido las siguientes:

MESES	Activo. — Pesos.	Pasivo. — Pesos.
Enero.....	4.422.868,23	4.445.524,00
Febrero.....	6.370.308,82	6.023.506,77
Marzo.....	8.984.275,41	8.937.596,95
Abril.....	20.761.067,99	18.618.866,40
Mayo.....	11.299.683,23	10.009.553,06
Junio.....	26.902.370,51	23.924.924,00
<b>TOTALES.....</b>	<b>78.740.574,19</b>	<b>71.959.971,18</b>
<i>Superávit del activo.....</i>	<b>6.790.463,01.</b>	

La acentuación de las quiebras en el mes de Junio la interpreta la Prensa de que nos ocupamos, como el principio del fin de una evolución de la crisis económica. En el mes de Junio se acentuó la restricción del crédito personal, pero esto no ha hecho sentir el estremecimiento peculiar de las crisis hondas. El activo total de las quiebras es superior en pesos 6.790.000 al pasivo; ningún país en crisis ofrece tal ejemplo. Si la perturbación procediese de la especulación de tierras, obsérvese que la propiedad, como es evidente, no ha bajado en su precio; hecho constante, por otra parte, en la mayor parte de las ventas. Lo que falta es mercado, o sean compradores. En otros términos: no hace falta dinero; lo que falta es la resolución de los que lo poseen de hacer operaciones sobre la propiedad raíz. En situaciones normales, los quebrados que presentan un activo superior a su pasivo habrían encontrado recursos suficientes para sostenerse y aun para salvar su firma y su fortuna por la venta o realización de sus haberes; pero interrumpida la rotación del crédito, fatalmente han tenido que sufrir las consecuencias de la parálisis momentánea.

Las crisis verdaderas porque ha pasado la Argentina, producto de las grandes inflaciones de la propiedad raíz, envolvieron a las grandes fuentes de la producción a los gobiernos y a la banca; pero la actual no afecta en lo más mínimo a la

producción ni a la industria, ni a la banca, ni a la Hacienda pública.

La Prensa termina sus apreciaciones recomendando a los Bancos serenidad para afrontar la situación, recordando que el total de las quiebras en el primer semestre del año actual alcanza a 75 millones de pesos moneda corriente, en un país cuyo comercio exterior es de 800 millones de pesos oro.

Se explica el que la Prensa nacional interpreta con tales optimismos la crisis argentina; no puede ni debe por precaución, abultar el mal. No obstante, no se puede desconocer la existencia del mismo. No son admisibles la mayor parte de los balances que se presentan como justificativos de la poca importancia de las quiebras, porque tales balances no suelen reflejar la verdad de la situación económica de un país. Las quiebras no tendrían razón de ser declaradas si verdaderamente los balances fuesen como se presentan para aminorar la importancia de las mismas.

El total de las quiebras ocurridas en 1904 importaron 10,68 millones; 12,36 en 1905; las de 1906 fueron 18.94; las de 1907 se elevaron a 49,15 y las del último quinquenio señalaron estas cifras en millares de pesos:

MESES	1908	1909	1910	1911	1912
Enero.....	687	1.153	2.490	4.577	3.132
Febrero.....	3.720	2.064	1.473	10.102	14.307
Marzo.....	4.130	5.111	5.921	11.307	9.460
Abril.....	9.012	2.084	4.206	5.275	8.179
Mayo.....	5.978	2.970	3.196	8.627	7.194
Junio.....	2.271	2.763	4.995	3.313	4.593
Julio.....	2.549	2.856	2.773	3.732	7.520
Agosto.....	2.243	2.185	4.535	3.062	3.444
Setiembre.....	3.085	3.037	3.510	2.462	6.043
Octubre.....	807	3.445	2.247	3.785	7.977
Noviembre.....	1.112	1.320	4.471	4.855	5.215
Diciembre.....	1.811	1.952	5.802	2.212	5.359
<b>TOTALES.....</b>	<b>37.410</b>	<b>31.546</b>	<b>45.624</b>	<b>63.325</b>	<b>82.428</b>

Las quiebras registradas en todo el país, durante el mes de Junio próximo pasado, presentaron un activo de 26.902.370,51 pesos y un pasivo de 23.924.924 pesos, con «supéravit» de 2.977:446,51 pesos.

Clasificadas por provincias, las quiebras arrojan las siguientes cifras en su activo:

Capital federal, 22.644.723,65 de pesos; Buenos Aires, 1.713.976,03; Córdoba, 908.625,18; Santa Fe, 714.059,80; San Luis, 513.043,05; Mendoza, 237.203,93; Tucumán, 77.655,70; Pampa Central, 52.870,55; Entre Ríos, 40.210,52 pesos; total, 26.902.370,51 pesos.

El mes de Julio, con relación al de Mayo, arroja los siguientes aumentos: en el activo, 15.602.687 pesos; en el pasivo, 13.915.370,94 pesos.

Comparado con Abril, Junio marca un aumento de pesos 5.141.302,59 en el activo y de 5.306.057,60 en el pasivo.

Según los últimos datos, en el mes de Julio último los capitales de las casas quebradas en toda la República alcanzan a la importante suma de 17 millones de pesos. Contra este pasivo se presenta un activo que supera a aquél en algo más de un millón, y de este hecho los optimistas hacen su argumento.

La Caja de conversión ha visto mermadas sus existencias de oro en la suma de 7 millones de pesos, pues el 30 de Junio representaban dichas existencias 266 millones y el 31 de Julio se redujeron a 259. Se esperaban nuevas extracciones de importancia para cubrir los saldos que generalmente se cobran todos los años en esa época por liquidación de cuentas en el comercio, pagos de intereses y dividendos y operaciones de distinto orden. Los embarques de oro en este año se suponía que alcanzarían mayores proporciones por la escasez de letras de cambio, debido a que la especulación en los cambios, a comienzos de la exportación, prefirió importar el oro que ahora ha de salir. No obstante esta situación, las cifras del comercio exterior, durante el primer semestre del corriente año, acusan aumentos de consideración. La importación está cifrada en 209

millones de pesos oro y la exportación en 293 millones; es decir, que el saldo comercial favorable es de 84 millones de pesos oro, habiendo superado las importaciones en un 14 por 100 a las de igual período del año anterior, y las exportaciones en un 19 por 100. En Julio quedaba bastante cantidad de cereales por exportar, y como había disminuído la llegada de trasatlánticos, se produjo un alza en los precios en el mercado de fletes, pagándose hasta 20 chelines por tonelada para San Vicente a órdenes.

\*  
\* \*

En el Uruguay se ha producido una crisis económica que no deja de tener sus puntos de contacto con la perturbación europea y la situación particular de la Argentina. El Gobierno del Uruguay se ha visto hace poco en serios apuros para atender a un vencimiento de letras de Tesorería por valor de 20 millones de francos, y ha tenido que recurrir al crédito en condiciones muy onerosas, cuyos efectos han sido funestos en la opinión, pues los intereses abonados por la renovación—dice una Revista financiera—representaron el 7 1/2 por 100 anual.

Esta operación resultaba un descrédito para la Hacienda uruguaya; a la misma ha seguido la crisis bancaria, que ha tenido repercusiones en el comercio de alguna trascendencia.

El Banco de la República, que es Banco del Estado, suscitó la alarma al dirigir a su clientela una circular que decía así:

«Por razones generales conocidas, y como medida transitoria, manifestamos a usted que queda en suspenso el crédito que le fue otorgado por este Banco. Para el caso en que usted sea deudor, tenga a bien, dentro de lo posible, reducir el importe de su deuda.»

El ministro de Hacienda, llamado a explicar dicha medida, ha dicho que el Banco de la República, hace algún tiempo que, en previsión de la situación del mercado monetario, no sólo nacional, sino mundial, se había preparado para afrontar las dificultades consiguientes a la situación que establece siempre



el curso de los cambios, cuando es necesario apelar a las exportaciones de oro para satisfacer los compromisos del comercio en el exterior.

Ese punto, en el cual se resuelve el pago al exterior por embarque de oro, llegó a establecerse no sólo para dicho país, sino para el Río de la Plata, en general, desde los primeros días del pasado mes, y de esa manera se han visto grandes embarques de oro desde Buenos Aires y desde Montevideo.

Para responder a esos embarques de oro, el comercio que recibe billetes apela a la conversión, y el Banco responde a ella regularmente; pero responde siempre que las operaciones se desarrollen dentro del orden natural, es decir, normalmente. Pero cuando ese movimiento de extracción de oro alcanza proporciones extraordinarias, amenazando quebrantar el equilibrio de la situación del encaje con respecto a la emisión, entonces el directorio de un Banco se ve obligado a tomar medidas extraordinarias. El Banco de la República, habiéndose visto en situación parecida, ante una extracción de oro, que en pocos días llegaba a tres millones de pesos, suprimió todo crédito, como único medio para que la emisión circulante volviese a las cajas del Banco y normalizase la proporción del encaje en oro, que iba a descender del límite establecido por los estatutos.

Explican los banqueros la mayor conversión de billetes en esta forma: la disminución de los negocios y la restricción de crédito operada en el último mes, influida a su vez por las exportaciones de metálico, ha dado lugar a que entraran a los Bancos capitales que se juzgó prudente no colocar de nuevo. Esas entradas se hacían en billetes que los Bancos no pudieron conservar, so pena de constituir un tesoro de papel.

A la gestión financiera del Gobierno se atribuye, en general, la desconfianza que ha inducido al público a dar una corrida al Banco oficial, pues desde hace meses se viene experimentando una progresiva escasez de numerario, y después de

la operación financiera realizada a principios de mes por el ministro de Hacienda, el desasosiego aumentó considerablemente. Ya no sólo había una reconocida escasez de dinero, y no sólo encontrábase restringido el crédito y altísimo el interés, sino que se disipaba la esperanza de que esa difícil situación se modificara favorablemente, desde que, para cumplir compromisos, se habían hecho operaciones que afectaban al crédito del Estado.

En esas circunstancias llegaron noticias de que el ex-ministro de Hacienda, Sr. Serrato, no podía realizar el empréstito que negociaba en Europa, y de una interpelación en el Parlamento francés reclamándose del ministro de Hacienda de esa nación que expusiera las medidas adoptadas para impedir la emisión de un empréstito uruguayo en París.

Al mismo tiempo circularon rumores de que el Gobierno no pagaría el presupuesto de gastos; que algunas letras no habían sido satisfechas por determinadas reparticiones públicas; que la Caja de jubilaciones había hecho un anticipo de dinero que no le había sido reintegrado, y que el Gobierno luchaba con graves dificultades para cumplir sus compromisos.

Esta serie de circunstancias, y la circular del Banco, han determinado la alarma que hizo retirar a los depositantes sus fondos. Los demás Bancos de la plaza han hecho demostraciones de solidaridad y confianza respecto del Banco de la República, y esto ha evitado un desastre. Lo mismo puede decirse del Banco de la nación Argentina, el cual tenía depositados en el Banco de la República 200.000 pesos oro, y en vez de retirar esta suma, la aumentó, dando así una prueba de confianza, cuyos efectos en el público no han podido ser más satisfactorios.

\*  
\* \*

La situación en Nicaragua es de importante actualidad. Plumas como la de Rubén Darío hace la siguiente descripción:

«Nicaragua acaba de pasar por una de las crisis más tre-

mendas de su vida política. La sangre y la muerte han puesto espanto en los ciudadanos una vez más; han revivido antiguos odios inmotivados; la miseria y el hambre han esparcido sus horrores en el país debilitado. ¡Y cuán buena y generosa tierra para el trabajo, para las iniciativas industriales! No entraré en el liso y pantanoso terreno político. Pensadores y viajeros de juicio creen en que la penetración pacífica del vecino potente concluirá con la nacionalidad. Entretanto véase, en extracto, su vida histórica. Los famosos hermanos Contreras hablaron los primeros de libertad, en el siglo décimosexto, y, cabezas de la sublevación, fueron, vencidos, a perder la vida a Panamá. Fue, pues, allí, donde, en el continente, se quiso primero ser libre de la dominación española. Cuando Centro-América se constituyó en República Federal, después de la Independencia, en 1821, Nicaragua fue un Estado de la Federación. Lo gobernaron Cerda, Herrera y Núñez. República autónoma a su vez, en 1841, tuvo por jefes a Buitrago, Pérez, Sandoval Guerrero, Ramírez, Pineda, Chamorro, que tuvieron el nombre de Directores Supremos. La Presidencia se inicia en 1854 con Frutos Chamorro, y le siguen Martínez, Guzmán, Quadra, P. J. Chamorro, el general Zavala, Cárdenas, Sacasa y Zelaya. Una revolución sonora hizo abandonar el Poder a este último, y fue Presidente por poco tiempo el doctor Madriz, a quien sucedió provisionalmente el general Estrada, substituído por el actual mandatario Dr. Adolfo Díaz.»

Nicaragua tiene como página principal de su historia la segunda Independencia, cuando se vió libre de la ocupación del filibustero yanqui William Walker, con el apoyo de las Repúblicas hermanas, especialmente de Costa Rica.

Nicaragua tiene su nombre de Nicarao, cacique cuya figura podréis apreciar en las historias de Indias. La limitan Honduras, Costa Rica, el Atlántico y el Pacífico. Varios libros hay con datos sobre esa región centro-americana; pero ningún autor os será más útil, si queréis conocerla, con sus recursos y su vitalidad, que Mr. Desire Péctor, francés laborioso y estu-

dioso, Consejero del Comercio Exterior de Francia, y que, durante largos años, ha tenido a su cargo Consulados de Repúblicas de Centro-América, a las cuales ha procurado hacer conocer y valer en numerosos libros, folletos y artículos de periódico. La América Central, y, sobre todo, Nicaragua y Honduras, deben mucho a la diligencia y al buen sentido del distinguido Mr. Péctor.

Los datos que siguen son extraídos de su importante obra *Les richesses de l'Amérique Centrale...*:

«Nicaragua, para su comunicación con el mundo, tiene puertos en ambos Océanos, que pueden llegar a ser de gran desarrollo. El de Cabo de Gracias a Dios—que vieron los ojos de Colón—está señalado para un porvenir brillante. Se llamó algunos meses Puerto Detrick, por concesiones hechas a un especulador de ese nombre.

Bluefields es un hermoso puerto, capital del departamento de Zelaya—ignoro si los rencores políticos hayan hecho cambiar de nombre a esa región,—y da acceso, por su situación en la embocadura del río Escondido, a toda la región, donde se cría la banana del departamento, al distrito de Siquia (Rama) y a las minas de oro del departamento de Jerez.

En la aduana del Bluff está instalado el nuevo faro, de ochenta pies de altura, de cuatro fuegos y alumbrado por acetileno.

El Tempisque es otro puerto, en el Estero Real, que da a la bahía de Fonseca. No es actualmente más que un puerto fluvial, pero su proximidad a El Viejo, Chinandega y León hace esperar que el ferrocarril se extienda hasta allí, y que hagan entonces escalas los vapores del Pacífico. Corinto es uno de los más bellos puertos de ese Océano, a 732 millas de Panamá, por mar. Es punto terminal de la vía férrea que sirve a Chinandega, León, Managua y Granada. Desde 1907 está abierto al comercio el nuevo muelle, por el cual todos los navíos deben obligatoriamente realizar sus operaciones. Una Sociedad norteamericana, dueña de tal empresa, se encarga de todo. San

Juan del Sur es puerto que utilizan Rivas y las ciudades y pueblos del Gran Lago, del Valle Menier, etc. Hay allí una oficina de cable submarino inglés.

Ved ahora la tierra de los lagos. El de Nicaragua y el de Managua, situados a unos treinta metros sobre el nivel del mar, se comunican entre sí por el pequeño río Tipitapa. Barcos de vapor pertenecientes al Estado sirven las varias localidades de los Lagos. El de Managua, el más pequeño, tiene una superficie de 650 millas cuadradas, y el de Nicaragua 4.827 kilómetros. Es el mayor de la América latina. Este lago tuvo una importancia internacional como centro, base, recipiente natural de la alimentación del proyectado canal interoceánico, antes de que se adoptase el de Panamá.

Matagalpa es un centro agrícola y minero considerable. El clima es fresco y muy saludable. Hay una colonia alemana, aunque poco numerosa. Se produce allí café y trigo muy reputado, y hay una irrigación natural digna de mención. León es la primera ciudad de Nicaragua, no solamente por la población, sino por la cultura literaria y científica. Buen mercado comercial. Entre las anticuadas construcciones coloniales hay algunos edificios modernos, muchas iglesias, algunas deterioradas por terremotos. Hay un hospital y casas de salud clínicas, cuyo brillante iniciador fue el Dr. Debayle. Ferrocarril nacional que une a León con Corinto, Managua, Masaya y Granada. Recientemente, con lo que se llama Los Pueblos. Granada es una ciudad de gran importancia, a las orillas del lago de Nicaragua, final de la vía férrea que empieza en Corinto; embarcadero de los vapores de cabotaje en el gran lago. Ciudad la más civilizada socialmente; centro de fuertes transacciones comerciales y agrícolas, ganado, cereales, café del volcán Mombacho o Masaya, llamada «Ciudad de las flores», ciudad central nicaragüense, de posición muy pintoresca, clima grato y sano, centro cafetero, comercio de granos, máquina elevadora de las aguas del lago, alumbrado de acetileno. Se distingue también Masaya por sus talentos musicales. Ri-

vas es ciudad interesante, y particularmente rica por su producción de cacao.»

Rubén Darío describe muy bien. Toda esa riqueza es verdad, no sueño de leyenda americana; pero tales riquezas son amontonamientos sin valor para un pueblo, mientras éste no haya logrado hundir la raigambre moral del progreso ético, nacional, cívico, hasta lo más hondo de las capas de la conciencia del país. Es el caso de la mayor parte de los países americanos. El potencial de energías naturales es inmenso; pero el otro término de la ecuación del progreso, el potencial moral, está en formación. La inestabilidad política por que atraviesan muchas Repúblicas americanas, no tiene más explicación que ésta. Los americanos, como los europeos, han de recorrer el camino espinoso de luchas y sinsabores para alcanzar un cierto grado de formación política, y también como los europeos, verán desaparecer alguna nacionalidad o mermado su territorio como efecto de luchas interiores e internacionales. El proceso europeo se repetirá en gran parte en América; pero los americanos deben saber aprovechar las lecciones de la historia europea.

\*  
\* \*

El problema de la naturalización de los extranjeros en la Argentina sigue siendo tema de actualidad y de importancia innegable para los inmigrados.

Al acuerdo del Congreso de Confederación Española celebrado en Buenos Aires, relativo a la naturalización de los españoles inmigrados en la Argentina, y después de conocida la opinión de resistencia del Presidente Sáenz Peña, sigue la propaganda y el examen de la idea por los argentinos. Un tratadista de reputación como el Dr. Zeballos ha hecho un estudio histórico de la cuestión, dando a conocer la opinión de los estadistas argentinos sobre el problema.

La investigación institucional—ha dicho en una conferen-

ciá el Dr. Zeballos—a través de las épocas de la revolución de Mayo, de la Independencia y de la Anarquía, deja establecidos tres principios fundamentales:

El primero de ellos es la afirmación del «jus soli», que hace argentinos a todos los naturales del país. El segundo, el reconocimiento, para naturales y extranjeros, del derecho de libre expatriación. El tercero, consiste en afirmar que los domiciliados son nacionales, pues tienen voto y la obligación de tomar las armas en defensa del país, carácter y deberes que llegan hasta sus hijos.

Estos principios, sostenidos por Rozas contra Inglaterra y contra Francia, promovieron grandes disturbios, y sin embargo, ya informaban el espíritu de la revolución. En la carta Constitucional hay un artículo que incorpora definitivamente al extranjero a la vida política. El Dr. Zeballos dice que esas son las teorías a las cuales ha consagrado su vida entera. Los extranjeros con arraigo en la Argentina deben tener los mismos derechos que los argentinos. Ese extranjero—dice—abandona su patria para no retornar a ella en la mayor parte de los casos; se encariña con la nuestra, trabaja a nuestro lado, contribuye a nuestro progreso; es uno de los factores más útiles, y a pesar de todo ello, nosotros no sabemos darle una patria a cambio de lo que ha perdido.

Es necesario—añade—destruir la leyenda de que Rozas era un déspota; Rozas hacía honor a los principios de la revolución de Mayo. La Constitución del año 15 decía que el extranjero estaba obligado a defender con las armas la nacionalidad argentina. La famosa campana con que en Buenos Aires se llamaba a combatir por la independencia del territorio; esa campana que debía ser tan sagrada para nosotros como para los americanos del Norte de la libertad de Filadelfia, y que hemos dejado perderse, no fue muda para los extranjeros que aquí vivían.

Según la doctrina de nuestros estadistas, a los cuatro años de residencia, el extranjero tiene el derecho de sufragio; según

las tradiciones constitucionales y políticas, a los diez puede serlo todo, menos Presidente de la República.

Pero sigue otra época, que tiene también su exponente personal: Alberdi, a quien se encargaron las bases para la reorganización del territorio. En estas bases, el Dr. Alberdi procedió con arreglo a un criterio exclusivamente económico. Alberdi pensaba bien; pensaba que la obra de poblar estos desiertos y de hacerlos producir, sólo podría lograrse atrayendo los brazos y los capitales extranjeros.

Pero Alberdi, aunque hombre de profundo talento, era un tanto versátil. Escribía música con la misma facilidad que informes jurídicos. Era un hombre de imaginación y no pudo ser un estadista. Le faltaba la condición esencial a los hombres de Estado: le faltaba el carácter; era débil como un niño.

Para ilustrar sus afirmaciones, el Dr. Zeballos recuerda una visita que, siendo estudiante, hizo a Alberdi. Habla de su emoción; le parecía que se acercaba a algo sobrenatural. Y al verle sufrió un doloroso desencanto. El Dr. Alberdi le preguntaba: «¿Cree usted que me perseguirá el general Mitre?»

Yo comprendí—dice el Dr. Zeballos—que aquel hombre estaba aún en 1853; que no se había dado cuenta de la evolución del país; que el mismo general Mitre había sido arrastrado por las corrientes de esa evolución, y que ya en la República Argentina no se perseguía a nadie, y mucho menos a un Alberdi.

Alberdi, por el prestigio y por la aureola de que el país le rodeaba, fue, repito, el exponente verdadero de su época, a pesar de Sarmiento, de Mitre y de todos los ilustres emigrados que desde Chile y el Uruguay tanto influían en el desenvolvimiento del país.

Propagó la atracción del emigrante; pero cometió un grave error: el de considerarle como un factor económico y no como un factor social y político. «Démosle—decía—la nacionalidad siempre que la quiera; pero dejémosle abiertas las puertas del país, a fin de que salga cuando le acomode y le sirva esto de



incentivo para venir. El Banco, el muelle, la mina, el ferrocarril que ha fundado el extranjero, no se los lleva a su patria.»

En las ideas de Alberdi—agrega el conferenciante—no hay la menor preocupación por el extranjero, que no se marchará, que vivirá siempre entre nosotros, que en este suelo ha fundado su casa y familia a la par del muelle y el ferrocarril. Este extranjero no le merece consideración alguna. Para Alberdi, la emigración es apenas un fenómeno flotante, del cual sólo se deben recoger los productos. Esto le separa de los tratadistas anteriores; de aquellos que, ante todo, deseaban incorporar al extranjero a la vida nacional.

Y respecto a la nacionalidad—pregunta el Dr. Zeballos,—¿cuál es el criterio de Alberdi? En sus bases de reorganización no lo consigna. ¿Es el *jus soli*? ¿Es el *jus sanguinis*? ¿Es el suelo donde ha nacido o la patria de sus antecesores lo que debe dar al hombre la nacionalidad? Alberdi no resuelve el problema.

La convención de Santa Fe, inspirándose en sus teorías, concede al Congreso la facultad de legislar sobre materias que debían ser objeto de un estudio preferente, en país destinado a vivir por obra de la emigración. En 1854 marcha Alberdi a Europa para hacer allí, en síntesis, la guerra al Estado de Buenos Aires. ¿Y qué era el Estado de Buenos Aires? La parte más culta del país, la que tenía la verdadera orientación, la que había dicho: «Todo el que nazca en el Estado es del Estado; la que nunca hubiera llevado al país a empresas descabelladas, como la guerra del Paraguay «que pudo—añade el doctor Zeballos—conducirnos al fracaso y hacer de nosotros un pueblo guarany».

El resto del país deja a la ley, a la ley que se deroga caprichosamente, que sigue las oscilaciones de las épocas, el resolver los más importantes de sus problemas. Y por eso el Estado de Buenos Aires, consciente como ningún otro, acaudilla la oposición a las ideas de Alberdi, sosteniendo que todo lo concerniente a la nacionalidad es la Constitución, seria e inmovible, quien debe tratarlo.

La verdadera misión de Alberdi ante las cortes europeas consistía en conseguir que los Gobiernos no reconociesen la independencia del Estado de Buenos Aires, prolongando la guerra civil. Llegó a España en 1854, y poco después aparece el coronel Albistur, diciendo a Urquiza que España reconocía la República con estas condiciones: el pago de las deudas, cosa—según el Dr. Zeballos—onerosa para un país tan pobre como la Argentina entonces, pero justa, y el que los hijos de españoles, nacidos en la Argentina, sean declarados españoles. El Gobierno de Paraná rechazó las pretensiones: la primera, por no tener dinero; y la segunda, para dejar a Alberdi (como consta en una carta particular) ocasión de negociar directamente el asunto.

En 1857 celebró Alberdi su primer tratado, en el cual se declara que los hijos de españoles nacidos en la República Argentina pertenecen a la nacionalidad de sus padres. Y cuando le dicen que, con tales teorías, convertirá el país en un mosaico, responde: «Estoy haciendo reconocer la federación contra el Estado rebelde de Buenos Aires, y hay que dar gajes a Europa».

Alberdi, uno de los talentos más grandes de la Argentina, y quizás de América, se ha esterilizado por no saber vencerse, por no saber renunciar al triunfo de las personales ambiciones, sacrificándolas ante el bienestar de la patria. Alberdi todo lo posponía al renombre personal; pero llega Mitre y desaprueba todos sus tratados, le destituye y le entrega a la execración pública. Queda, sin embargo, vigente la ley por virtud de la cual se declara que los hijos de españoles nacidos en la Argentina son españoles. Surgen después nuevos hombres, nuevas doctrinas: se defiende el criterio del *jus soli*, y esta época tiene también su exponente: Sarmiento, el argentino más altruísta que hubo, el que vivió odiado porque jamás le ha faltado valor para defender sus convicciones, aun cuando se opusiesen a todo lo que generalmente se creía.

Estas manifestaciones y cuidadosas investigaciones del doc-

tor Zeballos, encontrarán seguramente un obstáculo en la orientación decididamente nacionalista de la política argentina. La Argentina quiere ser Argentina, no incoloro aglomeramiento cosmopolita. Se deja penetrar por el elemento inmigratorio, pero no cree que el camino de la asimilación por medio del otorgamiento de la ciudadanía sea el más seguro para formar sobre firmes bases la nacionalidad. La argentinización se persigue en la escuela, no en el registro. Otras Repúblicas americanas, Chile, por ejemplo, se abre demasiado a los elementos extranjeros más opuestos a la raza nacional predominante; alemanes e ingleses se extienden de manera alarmante, y la República favorece en la enseñanza la anglosajonización de los chilenos. Esto es peligroso. En el caso de la naturalización de los españoles, el problema pierde casi toda su importancia, pues se trata de la misma raza y de la misma cultura y costumbres, lo que se incorpore a la nacionalidad.

No obstante estas salvedades, el problema de la naturalización de elementos extranjeros en países de fuerte inmigración es de los más trascendentales que se puedan dar, y merece, por lo tanto, preferente atención.

\* \* \*

En las apartadas soledades de los bosques de Guatemala, siempre posado en los árboles más gigantescos, se encuentra el ave que hace mucho tiempo que el pueblo de dicha República considera sagrada, el quetzal, nombre derivado de un dialecto indio, en el cual significa «esmeralda», color que predomina en su bello plumaje.

Dícese que las glorias de los bosques no consisten solamente en la grandiosidad de los árboles o la belleza del follaje, sino también en el canto de los pájaros. Todos los países tienen sus aves que atraviesan el aire, pero pocos pueden jactarse de tener una más hermosa que el quetzal, cuyo brillante plumaje constituye el encanto de todos los viajeros que pueden contem-

plarle. Es de tamaño relativamente pequeño; pero su cola, de un color verde brillante, algunas veces tiene tres o más pies de longitud, en tanto que el pecho es de color encarnado. El brillo de estos colores se apaga gradualmente, hasta formar un conjunto de tintes que rara vez puede superarse.

Hace algunos años que el Gobierno de Guatemala adoptó esta bellísima ave como su emblema de libertad nacional, y su forma adorna hoy la bandera del país, así como en los antiguos tiempos, cuando los guerreros indios iban al combate, llevaban y ostentaban los colores del quetzal. Un famoso caudillo, en el fragor del combate, con una tribu hostil, vió que sus compañeros estaban expuestos a ser derrotados, y era tan grande el amor que le inspiraban las plumas de la citada ave—que constituían una parte de su traje—que, según cuenta la leyenda, imploró al dios de la guerra como sigue: «¡Oh, Dios, conserva mis tesoros, mis esmeraldas y mis plumas de quetzal!»

Por desgracia, este hermoso pájaro no canta. Se posa en solitaria meditación, y cuando no, se ocupa en buscar alimento o volar a través del aire, permanece silencioso y al parecer sumiso, prefiriendo las partes más densas de los bosques, donde casi nada le perturba o molesta. Si busca el ejercicio en el vuelo, viaja solo y llega a grandes alturas.

Una de las peculiaridades del quetzal, es que no puede vivir cautivo. Cuando lo apresan, pelea mientras le dura la vida, y haciendo uso de su aguzado pico y de sus garras, pica y araña a su apresador.

Según una antigua leyenda, el origen de esta ave sagrada, descrito magistralmente por Joaquín Méndez, ministro de Guatemala, es el siguiente:

Voy a haceros su psicología, y a presentaros a nuestro símbolo nacional a través de la naturaleza y de la historia.

La imaginación del aborígen americano nada encuentra más merecedor de estima ni más bello que el quetzal. Le tiene como a un ente misterioso, le admira y le venera. Es para ella

un ave celeste, y explica su origen con un mito pintoresco. Según la narración quiché, de los despojos de unas mariposas azules brotó un árbol excelso, en cuya rama más atrevida apareció el quetzal radiante de hermosura, en señal de dominación y poderío. Su nombre entre los indios significa esmeralda. Sus plumas son el mejor tributo para Moctezuma. El emperador y los altos dignatarios revisten en las grandes solemnidades el manto hecho con el plumaje de la que tienen por esmeralda que vuela. Cubiertos así van los reyes a las batallas. Huemac, sintiendo su trono amenazado, dirige a Tlaloc esta plegaria: «¡Oh Dios, consérvame mis tesoros, mis esmeraldas y mis plumas de quetzal!» La leyenda tolteca hace la apoteosis de Quetcalcolhuatl, el legislador divino, quemando su cuerpo en la cima del Orizaba, para que ascienda su alma a los cielos transformada en el ave deslumbradora y sin par. La tradición cachiquel no da por consumada la conquista de Guatemala, sino con el duelo de Alvarado y Tecum en la llanura de Olinstepeque, convertido al monarca autóctono en un quetzal esplendoroso que el guerrero hispano atraviesa con su lanza y arroja su jauría.

Pero el ave es inmortal. Atraviesa luego los aires y va, sublime y grande, a guarecerse en las montañas. Y entonces comienza su nueva etapa, signo de protesta en medio de la naturaleza.

Hosco y sombrío como un corazón despedazado; grave y meditabundo como un filósofo que no acierta a resolver el problema de su alma; inmóvil y silencioso como un héroe rebelde después de la derrota, el quetzal deja de aparecer en los combates: símbolo ya del abatido poder indiano. Se refugia en el misterio de las selvas, y busca los árboles más altos de las sierras más altivas. Sólo le ha dejado el conquistador la libertad del bosque, y el consuelo de la naturaleza abrupta a este sublime confinado en sus propios dominios. Y allí parece vegetar indiferente, en las ramas que se pierden entre las nubes, desdénando al tigre que celebra en los claroscuros del bosque sus

idilios de fiera, y al boa que, no encontrando a quién abrazar con la frialdad de sus anillos, se retuerce en los troncos cual si quisiera derribarlos.

El indio es carne del arcabuz sediento de sangre, sustento de las minas codiciadas, medio de transporte de la riqueza que él produce y no disfruta. El nombre de hombre está negado para el indio. Se discute si pertenece a nuestra especie, y el más benévolo le encuentra un ligero punto de contacto en el rictus de los labios; le tiene por susceptible de sonreirse tristemente. El indio es el organismo aprisionado de la raza vencida. Pero el quetzal es el alma de nuestra nacionalidad borrada, mas no muerta; es lo que aún queda de patria americana; es el espíritu que animará algún día la soberanía resumida, la libertad recobrada, la independendencia que se halla latente entre su plumaje del color de la esperanza.

El quetzal permaneció prácticamente desconocido para los ornitólogos hasta 1825, fecha en que los naturalistas consiguieron algunos huevos, de color verde pálido, y de entonces acá se han hecho otros estudios e investigaciones acerca de esta bellísima ave y sus hábitos. El macho tiene un bonito pico amarillo; la cabeza ostenta una cresta redondeada, y muchos creen que, considerado en conjunto, ésta es una de las aves más bellas que existen. La hembra no tiene la cola larga, y sus colores y plumas no son tan lindos como los del macho.

\*  
\* \*

En el *Architectural Record* ha publicado Montgomery Schuyler un artículo bajo el siguiente título: «La arquitectura de la ciudad de Méjico» (Setiembre de 1912), en el cual se estudia el orden monumental de la antedicha ciudad en sus iglesias y catedrales. Los siguientes párrafos dan una idea del valor que el escritor aludido reconoce a la antigua Nueva España:

«Para el estudiante de arquitectura americana que ha tenido la oportunidad de ver por primera vez a Méjico, la conclusión

de que todo arquitecto americano que principia debe hacer lo mismo, mientras es tiempo todavía, es casi irresistible. No es aventurado decir—en todo caso no es demasiado—que un patriota panamericano haría un gran servicio instituyendo un «Premio de Méjico», equivalente y en oposición al de Roma, por la razón de que un estudiante puede sacar más prontamente de libros accesibles lo que una estadía en Roma puede proporcionarle, en tanto que respecto a Méjico no sucede lo mismo, y por otra razón, hasta más importante, que es la de que el medio ambiente que rodea a la arquitectura de Méjico tiene más campo a ofrecerle, adecuado a sus propios problemas, que el que rodea a la arquitectura italiana.

Principiar con Méjico es principiar de este lado del Atlántico. Este es también el Nuevo Mundo que somos tan amigos de señalar con referencia a las crudezas artísticas y deficiencias de nuestro propio país. Verdaderamente, las colonias mejicanas son de hecho más antiguas que cualquiera de las de Norte América. Jamestown en sí es de ayer, comparada con las escenas de la conquista de Cortés. Donde nuestras antigüedades coloniales son de fines del siglo xvi, los monumentos mejicanos del siglo xvi abundan. Pero ésta no es de ninguna manera la cuestión total. Es necesario suplir las fechas explicando que los colonos mejicanos empezaron a construir monumentos antes de que nuestros antecesores de Nueva Inglaterra tuvieran más noción que la de construir simples tiendas de campaña para su propio resguardo. La idea comunal fue para los colonos mejicanos lo que la individual para los de origen inglés o danés. El «centro cívico» es la última novedad en las municipalidades americanas. Aún es imposible encontrar una colonia española que no principiara con esa noción, nueva para nosotros, como parte esencial de su existencia y desarrollo. El trazado más primerizo de un lugar era un triunfo de colectividad. Dentro de los límites actuales de los Estados Unidos, Nueva Orleáns todavía muestra las ventajas de haber sido trazada y fundada por gente para quien el antiguo pre-

cepto anglosajón de «cada cual para sí, y que el diablo se lleve al resto», no tuvo valor ninguno. En las colonias españolas se encuentra en todas partes el centro cívico o la plaza central, y por dondequiera la Alameda o jardín público y el lugar de recreo. Todo esto debe enseñarnos mientras nos avergüenza. Y esto no es lo peor de todo. Desde las primeras colonias hasta hoy, las españolas dan pruebas inmensamente mayores de gusto artístico que las inglesas.

El autor del artículo dedica alguna atención a las ruinas de la arquitectura tolteca y azteca, así como a muchas de Uxmal y Palenque, pero encuentra muy poca huella de su influencia en la arquitectura mejicana moderna que ha sido colonial y española. Al continuar su comparación de la arquitectura de Méjico con la de las épocas coloniales de Norte-América, dice lo siguiente:

«Pero las condiciones en Nueva España fueron mucho más favorables bajo el tipo notable de arquitectura que las de Nueva Inglaterra, incluyendo la extensión total de las colonias inglesas. Por espacio de tres siglos de los cuatro de la conquista, Méjico estuvo bajo el régimen de virreyes españoles—62 por todos.—Casi todos ellos desearon singularizar su virreinato con algún monumento. Todo obispo tuvo la misma ambición con respecto a su diócesis, y casi todo sacerdote acarició la idea con respecto a su parroquia. Con la firme producción de metales preciosos, la posesión de los cuales era el solo objeto con excepción de la propagación de la fe, en los planes españoles de conquista y colonización hubo más riqueza en Méjico que en las colonias inglesas del Norte. La separación de la Iglesia y el Estado fue teóricamente completa en Nueva Inglaterra, aunque en realidad no hubo nunca en alguna parte una teocracia más estricta que la de Massachusets o de New Haven. Como dice Rufus Choate, los peregrinos fundaron a toda costa «una iglesia sin obispo y un Estado sin rey». Pero la unión de la Iglesia y el Estado en las colonias españolas fue completa y manifiesta. La construcción y decoración



de las iglesias estaba al cuidado del Gobierno. ¿Qué maravilla que los monumentos de arquitectura eclesiástica de Méjico de esos tres siglos en que estuvo bajo el dominio español, hayan sido cien veces más interesantes y notables en lo que es ahora la República de Méjico que los de igual época en lo que es hoy los Estados Unidos? De todas maneras, ese es el caso. En el camino de la frontera del Norte a la capital, ninguna población deja de exhibir, por lo menos, una iglesia notable por su magnitud, solidez y cualidades artísticas.»

El autor trata también sobre las diferentes escuelas de arquitectura que predominaron en España durante los tres siglos de referencia, y muestra cómo se reprodujeron en la arquitectura de las colonias. Además, describe muy interesantemente la catedral de Méjico, el Sagrario Metropolitano, la antigua iglesia de San Francisco, el Pozo Divino de Guadalupe Hidalgo, la iglesia de San Hipólito y otros edificios importantes, concluyendo con el terminal del antiguo acueducto, que fue terminado en 1779.

No es posible encontrar, después de Roma, un pueblo que haya dejado mayores huellas de actividad que el pueblo español.

VICENTE GAY,

Profesor en la Universidad de Valladolid.

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

*L'uomo: Storia naturale e preistoria*, per Maurizio Hoernes, professore di Archeologia nell'Università di Vienna.—Versione italiana del Dott. Vello Zanolli.—Società Editrice Libreria, 1910 a 1913.—Dos grandes volúmenes, de XVI-614 págs., con 218 grabados y tablas, el primero, y de VIII-655 págs. y 261 grabados y tablas, el segundo.—44 liras los dos tomos.

La simple inspección externa de esta obra es ya, de por sí, un indicio muy favorable en pro de su importancia. La cual, en efecto, queda confirmada con la lectura de la misma.

Todas las cuestiones que la antropología, la arqueología, la paleontología y la sociología etnológica estudian se hallan magistralmente tratadas y desenvueltas en este libro, con multitud de grabados y cuadros que ilustran su comprensión a los lectores, y con abundantes referencias y citas bibliográficas.

Para encarecer el valor de la obra y dar noticia de su índole, lo mejor de todo me parece reproducir algunos párrafos del breve prólogo que a la misma pone el profesor de Antropología de la Universidad de Padua, Enrique Tedeschi:

«Esta notable y bella obra de Maurizio Hoernes, nombre grato y estimado para los estudiosos de todo el mundo, y brillante ejemplo de alta mentalidad alemana, en que la paciente indagación no es fin de sí misma, sino un mero grado para síntesis vigorosas, eleva a su autor al nivel de los mejores paletnólogos de nuestro tiempo.

»Para Hoernes, el estudio de la civilización humana se halla tan estrechamente ligado a las leyes de la evolución, que no encuentra solución de continuidad en el edificio que, partiendo de las características físicas, rigurosamente antropológicas, del individuo, se eleva, al través de la anatomía comparada de las razas, a buscar las leyes físicas y mentales que han determinado los varios tipos de civilización.

»En su indagación, el estudio del hombre es estrictamente naturalista, tanto en su organización social como en sus caracteres físicos, y con nuevo y feliz ejemplo sabe adaptar las leyes evolutivas que le fueron reveladas por el carácter de la civilización aun a aquellas investigaciones que pertenecen más especialmente al campo de la antropología física.

»No todas sus conclusiones en este campo pueden ser interpretadas como verdades adquiridas, y ni aun como verdades irrevocablemente conocidas; pero todas representan las corrientes dominantes y la tentativa de una genial síntesis del estado actual de la ciencia del hombre, que no lo es sólo de caracteres físicos, mentales y sociales, sino de los unos y los otros sólidamente fundidos.»

La obra se divide en dos partes: *Historia natural del hombre*, y *Prehistoria de la civilización*, de extensión desigual, mayor la de esta última que la de la primera, y distribuídas en capítulos, del siguiente modo:

PRIMERA PARTE.—Capítulo primero, *Introducción histórica. Evolución y concepto de la antropología física*; cap. II, *Indicaciones de antropología física, con especial referencia al origen y al desarrollo de la humanidad*; cap. III, *El hombre y el mundo animal. Puesto del hombre en la Naturaleza*; cap. IV, *La descendencia del hombre. Formas, edad y patria primitiva de la humanidad*; cap. V, *Periodo antiguo de la evolución humana. El hombre durante la época cuaternaria*; cap. VI, *Desarrollo reciente de la humanidad. La época geológica actual.*

SEGUNDA PARTE.—Capítulo primero, *Introducción histórica. Evolución de la arqueología prehistórica y de la etnología de los*

*pueblos naturales*; cap. II, *Las bases de la civilización. La civilización como fin. Diferencias, y sus causas*; cap. III, *La nutrición. Las formas económicas y su significado*; cap. IV, *La necesidad de reposo y de seguridad. El fuego y la cocina. Refugios y estaciones primitivos*; cap. V, *Instrumentos y armas. Vestidos y ornamentos*; cap. VI, *La vida asociada. Familia y Estado. Moral y derecho. Medios de comunicación y comercio*; capítulo VII, *Lengua, escritura y arte. Religión y ciencia.*

\*  
\* \*

*Mamma benedetta* (Romanzo per Giovinetti), di Lino Ferriani. Licinio Cappelli, editore. Rocca S. Casciano, 1913.

La formación, sobre todo moral, y la salvación de la infancia y la juventud ha constituido siempre la preocupación de Lino Ferriani, antiguo magistrado. En contribuir a este objetivo ha gastado buena parte de su vida de funcionario y de escritor.

Casi ninguna de sus obras, y son muchas, tiene otra finalidad. La cual le atrae y subyuga de tal manera, que, aun proponiéndoselo, no sabe abandonarla. Jubilado ya, después de mucho tiempo de trabajo compartido entre los deberes de su cargo público y los esfuerzos filantrópicos en beneficio de la infancia y la juventud desamparadas y menesterosas de ayuda, siguió publicando libros y otras obras análogas, de contenido tan piadoso como científico, o mejor aún, en que lo científico se pone al servicio de lo piadoso. Y cuando, poco ha, nos había anunciado que la publicación últimamente dada a la estampa sería probablemente su testamento de escritor, he aquí que vuelve de nuevo al campo de la brega con esta *Mamma benedetta*, donde, sirviéndose de una forma algo diferente de la adoptada para casi todos sus libros anteriores, la forma novelesca, persiste, sin embargo, en la misma labor humanitaria de siempre.

---

Los llamados a juzgar dicho trabajo por el respecto literario tendrán probablemente que ponerle bastantes reparos, y le encontrarán muchos lunares. Yo en esto no me meto. Acaso, para los fines que el autor busca, sea hasta menos eficaz que las otras publicaciones que le han precedido. Lo principal de todo será probablemente el espíritu que circula al través de sus páginas, a menudo bien simples e ingenuas, pero siempre sentidas y tocadas de anhelos piadosos y educativos, es decir, de ansias por el mejoramiento social. Y esto sólo es ya bastante, aunque no lo sea todo.

P. DORADO

# ÍNDICE

---

	<u>Págs.</u>
<i>Crónicas del tiempo de Isabel II</i> , por Carlos Cambroneró.....	5
<i>La catedral de Granada y Diego de Siloe</i> , por Carlos Justi.....	54
<i>Padre e hijo</i> (novela), por Edmundo Gosse. ....	79
<i>El Clondic y la vida de los buscadores de oro</i> , por Jeremías Lynch.	110
<i>Las antiguas tarjetas de visita</i> , por Federico Hernández y Alejandro.....	156
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	162
<i>La América Moderna</i> , por Vicente Gay. ....	181
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado.....	204